

ERRANCIAS

ROBERTO SEBASTIÁN PINCHAO HUERTAS

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2015**

ERRANCIAS

ROBERTO SEBASTIÁN PINCHAO HUERTAS

Trabajo de Grado para optar el título de Licenciado en Filosofía y Letras

Asesor:

Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2015**

“Las ideas y conclusiones aportadas en el Trabajo de Grado son responsabilidad exclusiva del autor.”

Artículo 1° del Acuerdo 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

NOTA DE ACEPTACIÓN

Firma del jurado

Firma del jurado

San Juan de Pasto, abril ____ de 2015

A mi familia

AGRADECIMIENTOS

El autor expresa sus agradecimientos a:

Todo el mundo, con el que celebro un juego de di:(e)stancia:

Mis amigos, los que insisten en el infértil abrazo.

El profesor Gonzalo Jiménez Mahecha, por su lectura y preci(o)so consejo.

José Pérez Tello, quien da abrigo al texto con sus ilustraciones.

Quienes, principalmente, desvelo con este riesgo de escritura, mis padres; por su absoluta e incondicional esencia.

CONTENIDO

	Pág.
1. PRESENTACIÓN	11
1.1 CREACIÓN-INVESTIGACIÓN	11
1.2 APERTURA (EN FUGA) Y EDUCACIÓN	17
1.3 ESCRITURA Y EDUCACIÓN	20
1.4 EDUCAR EN TORNO A LA TRADUCCIÓN/CREACIÓN	24
1.5 EN EL PROCESO DE CREACIÓN, SE MANIFIESTA UNA DIFERENCIA EDUCATIVA. (DOC)ENTES ERRANTES QUE ESCRIBEN EL MUNDO	28
1.6 POSIBILIDAD Y ERRANCIA(S)	31
BIBLIOGRAFÍA	36
2. ERRANCIAS	38

LISTA DE FIGURAS

+++++

	Pág.
Figura 1.	45
Figura 2.	59
Figura 3.	69
Figura 4.	83
Figura 5.	99
Figura 6.	109

RESUMEN

Errancias es un ejercicio de producción literaria narrativa, en el que, a través de una exploración-investigación, se pretende crear Universos posibles constituidos en relatos que, en su devenir multiplicidad, le proponen al lector diversas imaginaciones que inauguran disímiles perspectivas de la realidad y el mundo.

La creación de relatos experimenta un juego de la diferencia: un atractivo acontecimiento que posibilita, desde un planteamiento educativo, la proyección de unos individuos escritores íntimamente relacionados con la libertad del lenguaje y el conocimiento. De este modo, esta escritura permite, además, el pensar y el accionar en el presente, desde contextos artísticos, educativos, literarios y filosóficos.

Palabras claves:

- Creación literaria
- Educación
- Errancia
- Literatura
- Relato

ABSTRACT

Errancias is an exercise in literary narrative, in which, through an exploration-research is intended to create possible Universes constituted stories that, in its becoming multiplicity, suggest the reader various imaginations inaugurating dissimilar perspectives of reality and the world.

Creating stories experienced a game of difference: an attractive event enables, from an educational approach, the projection of writers-readers individuals closely related to freedom of speech and knowledge. Thus, this script also allows thinking and acting in the present, from artistic, educational, literary and philosophical contexts.

Keywords:

- Education
- Errancia
- Literary creations
- Literature
- Story

1. PRESENTACIÓN

¿Lo que más admiro de un escritor? Que maneje fuerzas que lo arrebaten, que parezcan que van a destruirlo. Que se apodere de ese reto y disuelva la resistencia. Que destruya el lenguaje y que cree el lenguaje. Que durante el día no tenga pasado y por la noche sea milenario.

José Lezama Lima¹

Este no es un esbozo sobre la Historia de la literatura, la narración o el relato; sólo se escribe el argumento necesario y fundamental, que se dispuso de manera violenta para que este texto de relatos se encontrase (*solo*) *ahora*. Esta presentación es, de forma inconclusa, la oportunidad para decir que se puede originar al docente que baila al son de una palabra escrita.

En *El discurso del relato*, Gérard Genette realiza una distinción entre historia, relato y narración: la historia comprende los elementos constitutivos y los acontecimientos que contienen el espacio textual; el relato, por su parte, corresponde a la organización de tales eventualidades según una estructura de tiempos y espacios; y la narración (voz narrativa), implica la enunciación, el acto narrativo que posibilita el conocimiento de la historia y el relato.² En este trabajo, se pretende abordar el relato, al formular un *todo en potencia* entre las tres nociones de Genette; sin embargo, el proyecto principal desea constituir un concepto de relato que, en lo fundamental, emergiese desde el espacio de la *diferencia*.

1.1 CREACIÓN-INVESTIGACIÓN

A través de los estatutos que el lenguaje dona en la cotidianidad, el ser humano es capaz de configurarlos a su disposición para moldear un universo; en él, cada planteamiento sonoro se muestra como un desprendimiento creativo que logra hacer de la vida un acontecimiento imaginado y simbólico. De ahí *la narración*, taller del encuentro con experiencias.

Diversas formas de narrar moran en este tejido social y dinámico, algunas ancladas a un *inconsciente colectivo* que les permite el *ser* de forma cotidiana y automática; en este caso: el *relato* se constituye la posibilidad de generar universos alternos en que, en su inauguración de diferencias y torsiones de la palabra, se accede a una relación fundamental con procesos educativos, investigativos y estéticos.

¹ José Lezama Lima. *Esfera imagen*. Barcelona: Tusquets, 1970, p. 20.

² Gérard Genette. *El discurso del relato*, en: *Figuras III*. [París: Éditions du Seuil, 1972]. [En línea].

Y aunque la distancia entre los fines estéticos y extra-estéticos no se encuentra delimitada, *el relato* supone una libertad, en cuanto los márgenes que rigen la verdad se separan de su juicio. Al respecto, Jan Mukarovsky dice:

Sin embargo, el arte moderno —que desde el naturalismo no excluye ninguna esfera de la realidad en la escogencia de sus temas y desde el cubismo y corrientes afines en otras artes no se impone límites en la elección del material o de la técnica— así como la estética moderna —que hace gran énfasis en la amplitud del campo de lo estético (J. M. Guyau, M. Dessoir y su escuela, y otros)—, han aportado suficientes pruebas de que incluso aquellas cosas a las cuales no atribuiríamos, según la concepción tradicional, validez estética, pueden convertirse en hechos estéticos

Un fenómeno que fue portador privilegiado de la función estética en cierta época, cierto país, etc., puede ser incapaz de esta función en otra época, otro país, etc.³

En esta línea, perfilada entre la esfera estética y la extra-estética, ciertamente no existe una veracidad esquemática por la tesis de cada una, pero es posible detenerse en el borde de esta definición al decir que *el relato de ficción* parte de una posibilidad del lenguaje, donde los imaginarios exceden a las estructuras racionales y dejan sin fundamento las búsquedas ilusorias de una verdad. Entonces, la preocupación principal de la narración literaria, y en especial del *relato*, se halla en las *diferencias* creativas que del mundo se tejen, por lo que, aunque el *relato de ficción* tuviera como objeto de estudio fundamental el relato a crearse, la obra, la escritura o el lenguaje, son imprescindibles los legados literarios y su *memoria* (incluso *Grandes relatos*⁴) para la elaboración de un complejo académico que sustentase una transformación de la existencia y la creación.

Sin embargo, evocar al despliegue de *la escritura* en la mano, el pulso, el dedo, (tras)toca un sin límite de singularidades en que, en la presurosa ventura de lo que se da, o se dona, acontece más que solo la univocidad del texto, plano y negro, agujereado por los vórtices blancos de la página. Este toque infinito, comunicador de distancias, hace de la escritura un evento performático desmedido, lleno de paradigmas y oscilaciones que ponen en juego el estatuto como tal del texto presente, así como las marcas, las limitaciones e ilimitaciones de toda la literatura. Entonces, un *acto de escritura* podría aparecer no solo como un acto que marca y teje, sino, también, como *algo* que desteje y borra, que, al caminar, anda y desanda.

Escribir se afirma como una creación que excede el acontecimiento de lectura y aborda una categoría que se origina en tanto se está *errando*, en un impaciente nomadismo

³ Jan Mukarovsky. *Signo, función y valor*. Bogotá: Plaza & Janés, 2000, p. 128.

⁴ Por metarrelato, o gran relato, se entienden precisamente las narraciones que tienen función legitimante o legitimadora; su decadencia no impide que existieran millares de historias pequeñas, o no tan pequeñas, que continuasen tramando el tejido en la vida cotidiana. En: Jean-François Lyotard. *La posmodernidad (explicada a los niños)*. Barcelona: Editorial Gedisa, 1987, p. 31.

destructor y una falla inevitable del andador perpetuo. Se lee y se escribe, se es *Escrelector*⁵; la palabra es un temblor de imagen: primera y última.

Así, se tiene que el *escribir* asevera y crea la ineludible presencia —que suele aparecer inaudita— de una *lectura innombrable*, en que el lenguaje reside fragmentado, como el mundo, dispuesto a alterar un océano de posibilidades inciertas. En esa ondulación que (a)parece como un abismo, el texto se convierte en el lienzo de una elección de azares. Así, Barthes señala:

El texto redistribuye la lengua (es el campo de esa redistribución). Una de las vías de esa deconstrucción-reconstrucción consiste en *permutar* textos, jirones de textos que han existido o existen en torno al texto considerado y, finalmente, en él: todo texto es un *intertexto*; otros textos están presentes en él, en niveles variables, con formas más o menos reconocibles; los textos de la cultura anterior y los de la cultura circundante; todo texto es un tejido nuevo de citas pasadas. Pasan al interior del texto, redistribuidos en él, trozos de códigos, fórmulas, modelos rítmicos, fragmentos de lenguajes sociales, etc., pues siempre hay lenguaje antes del texto y su alrededor. La intertextualidad, condición de todo texto, sea cual sea, no se reduce evidentemente a un problema de fuentes o de influencias; el intertexto es un campo general de fórmulas anónimas, cuyo origen rara vez es identificable, de citas inconscientes o automáticas, mencionadas sin comillas.⁶

Entonces, esta elección resulta, en gran parte, colmada de una desapropiación del *yo consciente que escribe*; *el tejido* es una muestra de otras escrituras, las que tienen y subvierten la *creación* de un texto presente. Esta lectura es el desborde de escrituras y, a su, vez el texto *escrito* adviene y deviene una lectura *imposible*, sacudida por la multiplicidad, en el rostro físico del trazo en la materia. Se concuerda en afirmar las poli-dimensiones a las que somete un texto, en cuanto es un texto siempre inacabado, por escribirse y destruirse, pero si bien es cierto afirmar que la escritura y la creación literaria son una búsqueda de pulsiones que encuentran un posible sentido en el trazo, se debe concebir, también, que, en ella, es imposible dejar de lado las exigencias investigativas en el campo literario, educativo y filosófico.

La palabra *escritura* o, más aún, la palabra *creación*, resulta todavía plagada de un sentimiento enfermizo, cuando se establece una relación con los parámetros investigativos de la Literatura; no obstante, el lenguaje *creador*, o *creativo*, resulta de un trabajo consciente que se construye a partir de una política del deber con la palabra. El *relato de ficción*, que es también multiplicidad de otros relatos, comprende una oscilación de bloques que lo moran, no para repetirlo y construirlo, sino para saturarlo, tal como Gilles Deleuze perfila a la obra de arte:

⁵ Sandra Mara Corazza. Canto al escrelector, en: *Los Cantos de Fouror: Escrelectura en Filosofía-Educación*. Versión Gonzalo Jiménez Mahecha. Porto Alegre: Sulina, 2008, p. 8.

⁶ Roland Barthes. *Variaciones sobre la escritura*. Barcelona: Paidós, 2002, p. 146.

Lo que se conserva, la cosa o la obra de arte, es un *bloque de sensaciones, es decir un compuesto de perceptos y de afectos...* Bien es verdad que toda obra de arte es un *monumento*, pero el monumento no es, en este caso, lo que conmemora un pasado, sino un bloque de sensaciones presentes que sólo a ellas mismas deben su propia conservación, y otorgan al acontecimiento el compuesto que lo conmemora. El acto del monumento no es la memoria, sino la fabulación. No se escribe con recuerdos de la infancia, sino por bloques de infancia que son devenires-niño del presente.⁷

Así, esta constitución de devenires no solo dispone un espacio de reflexión, sino de intempestividades,⁸ que hacen del acto de escribir un acontecimiento de fuerza, de lectura y de perpetua emancipación. El deber con la palabra no radica únicamente en resignificarla; mucho del deber del escritor se halla, también, en la escritura desde y del presente, que aborda, a partir de una condición política, el ejercicio de prácticas singulares, donde el pasado y la memoria de la literatura son puntos críticos imprescindibles, pero no delimitantes.

¿En qué espacio-tiempo de la escritura aparece el investigador literario? Momento sutil, que, si se lo debiera definir e incluso estratificar, aparece cuando el investigador/lector/escritor asume la totalidad de sus sentidos como una etnografía vital, capaz de registrar las lecturas, tanto bibliográficas como vivenciales, en una singular organización descriptiva e interpretativa, idónea para *crear* de nuevo desde la escritura, pues la investigación no existe si no se escribe. *El texto* es el producto de una etnografía que, en la medida en que insiste en *ser*, esculpe e interpreta su figura anómala, para dejar que brotara de ella otro texto, o un caminar en los sin límites del sentido; esta etnografía permite que un *relato de ficción* pudiera someterse a distintas lecturas, así como, también, a diversos análisis y reescrituras.

El texto, que viene del mundo, no se establece a partir de un estatuto evolutivo, ni tampoco viene de pre-textos ancestrales; mejor, *deviene* un intertexto plural, que implica que el análisis debe ser, también, un *análisis textual pluralista*, al que Julia Kristeva denomina *semanálisis*:

El Semanálisis abandona la obligación de un solo punto de vista —central, el de una estructura a *describir*—, y se da una posibilidad de signos combinatorios que le restituye la producción a *engendrar*.⁹

La emergencia del estudio de un cuerpo de texto o, mejor, de un *texto-cuerpo*, no tiene márgenes que lo estratifiquen, no tiene significaciones estructuradas: su surgimiento

⁷ Gilles Deleuze. *¿Qué es la filosofía?* Barcelona: Anagrama, 1993, p. 164 y 169.

⁸ No se sabría definir qué sentido puede tener la filología clásica ahora, sino el de proceder de manera *intempestiva*; es decir, de proceder en un sentido contrario al espíritu contemporáneo y, con ello, surtir un efecto sobre éste y los tiempos futuros. Friedrich Nietzsche. *Segunda consideración intempestiva*. Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2006, p. 12.

⁹ Julia Kristeva. *Semiótica 2*. Madrid: Fundamentos, 1981, p. 97.

incluye un bloque perenne de origen, germen inaugural que pervive en la esencia de la lectura. Entonces, la investigación literaria no puede concebirse sin el acaecimiento de la escritura, y la escritura, la narración, *el relato de ficción*, son mucho más que productos, o resultados, son surgimientos fragmentales del mundo: *relatar el mundo es observarlo*.

Con tales alusiones al esquema investigativo como *etnografía vital*, probablemente se entendiera al acto de investigación literaria como un proceso de indagación, que no contiene los elementos suficientes para constituirse como una investigación científica; entonces, se debe hacer la pregunta por la literatura. Para ejemplificar, dos cortas nociones: los formalistas rusos la precisan como una “especie de violencia lingüística: la literatura era una clase *especial* de lenguaje que contrasta con el lenguaje ordinario que generalmente empleamos”¹⁰; los pragmáticos puntualizaron que “Las obras literarias son discursos en los que están suspendidas las reglas ilocutivas usuales. Si se prefiere, son actos sin las consecuencias normales, formas de decir liberadas del peso usual de los vínculos y responsabilidades sociales”¹¹. Este ligero ejemplo lleva a reflexionar sobre cómo la literatura conlleva un exceso ontológico que la precisa como un objeto amplio y cambiante, donde los métodos para esbozarla como ciencia son dinámicos y singulares; cada grupo define a la literatura del modo en que sus oscilaciones le correspondan.

De todas formas, el investigador/escritor literario surge en un contexto socio-cultural que ha tejido una serie de redes estéticas, acompañadas de juicios categóricos y normas exclusivas de sectores y segmentos espacio-temporales. En *signo, función y valor*, nuevamente, Mukarovsky apunta:

Sólo se puede hablar de verdadera norma cuando se trata de objetivos generalmente reconocidos, con respecto a los cuales el valor es percibido como existente con independencia de la voluntad del individuo y de sus actos de decisión subjetivos; en otras palabras, como un hecho de la llamada conciencia colectiva. Aquí se incluye, entre otras cosas, el valor estético, que determina el grado del placer estético. En tales casos, el valor es estabilizado por la norma, una regla general que debe ser aplicada a cada caso concreto que entra en su dominio. El individuo puede estar en desacuerdo con la norma, puede incluso intentar cambiarla, pero no puede negar su existencia y su obligatoriedad colectiva a la hora de valorar, aunque valore en contradicción con la norma.¹²

Entonces, la obra se lanza a un conjunto de juicios de investigación que, de una u otra forma, la inscriben en un parámetro de cánones textuales y contextuales que, a su vez, deciden si puede o no considerarse literatura. El escritor deberá ocuparse de tales asuntos, en la investigación literaria, para que su obra desafíase o comulgase con las estructuras radicadas en su contexto, que no necesariamente presenta límites: puede ser el mundo

¹⁰ Terry Eagleton. *Una introducción a la teoría literaria*. [Buenos Aires: FCE, 1998], p. 4. [En línea].

¹¹ Richard Ohmann. El habla, la literatura y el espacio que media entre ambas, en: José Antonio Mayoral. *Pragmática de la comunicación literaria*. Madrid: Arco, 1987, p. 44.

¹² Mukarovsky, *Op. cit.*, p. 147.

entero en determinada época, o una pequeña *región* en un lapso de varios siglos. Esta imprecisión obedece a una existencia múltiple de la literatura, en la que el riesgo del *texto* asume, cada vez, más compromisos con la palabra y con sus funciones estéticas, políticas y educativas.

La acción del *relato de ficción*, también, implica una urgencia por la máscara que aborda caras y contracaras de representaciones sociales, o ambigüedades colectivas, donde el ser humano confluye en la acumulación de saberes y goza del cuerpo desfigurado de los *otros*; supone el acopio de pensamiento colectivo, de sus imaginarios, la lucha por la búsqueda de una *identidad* —en algunos casos, latinoamericanos—, o el deber con las reflexiones en torno al *ser* y su íntima responsabilidad con los cambios mundiales.

La escritura y su permanente investigación posibilitan la apertura a las dimensiones del *otro*, en un proceso que se podría denominar *analéctico*,¹³ siempre dispuesto a guardar el silencio prudente de la escucha y del tiempo para la palabra del ajeno, un encuentro interminable de la diferencia y un momento para la construcción de estructuras policromáticas en el seno de un texto infinito y cambiante; el *más allá de la logia* en las constituciones anacrónicas que el *otro* presenta, el sentir *más allá* de una igualdad, incluso de una comprensión tolerante del *otro*, es el gesto de la acción que existe como diferencia impura de la investigación y la obra: *la escritura* (ficción/investigación), implícita en la densidad nunca total, pero siempre dilatada, de la distancia.

El complejo investigativo de la literatura, y en especial el de la narrativa, comprende espacios intertextuales, dispuestos a generar nuevos texto-cuerpos que varían la forma de estudiar una obra literaria. La génesis de un texto de estudio se encuentra emparentada con la génesis del texto que se escribe y, aunque una distancia se tejiera entre las dos, *el movimiento* es el lazo comunicador que forma un híbrido investigativo, donde la lectura es una escritura más y el dibujo de línea emerge lectura singular del mundo: *alteridades lecto-escritoras enlazadas*.

La práctica de una escritura textual es la verdadera asunción de la teoría del texto: por lo tanto, antes que a los críticos, investigadores y estudiantes, está destinada a los sujetos-productores de escritura.¹⁴

El tacto que produce escritura es ya una rebelión kinésica frente a la comunicación; fuerte sutileza de letras, signos y figuras, singularidades secretas que, más allá del decir y el aparecer, silencian y desaparecen; revientan invisibles en el perímetro de las honduras

¹³ Enrique Dussel. *Introducción a la filosofía de la liberación*. Bogotá: Nueva América, 1991, p. 196.

¹⁴ Barthes, *Op. cit.*, p. 153.

hermenéuticas, respecto a lo que es precisa el parecer de Maurice Blanchot, en *La desaparición de la literatura*:

La esencia de la literatura es sustraerse a toda determinación esencial, a toda afirmación que la estabilice o que incluso la realice: la literatura nunca está ahí ya, siempre está por encontrar o por reinventar... No hay, por tanto, que decir que cualquier libro depende únicamente de la literatura, sino que cada libro decide absolutamente sobre ella.¹⁵

Escritura sin historia, texto colmado de sentido y, por tanto, lectura posible por lo imposible. La norma se amplía a las únicas instancias de la misma obra, que determinan los movimientos irregulares de la literatura.

Una obra de relatos abraza la discontinuidad de discursos que se perfilan desde lugares asonantes, en la que se revelan, a su manera, rostros de voces dislocadas, sociedades desmedidas, espíritus confusos. En ese afán tartamudo de la polifonía, el texto inventa una metodología de lectura y, por tanto, un método de investigación. ¿Es la escritura de un relato de ficción investigación literaria? Lo es, en tanto comprende la reivindicación, para el ejercicio del pensamiento (y de la escritura sabia), del estatuto de un texto literario y, a la inversa, la reivindicación, para la práctica de escritura, del estatuto de un discurso de conocimiento.¹⁶

1.2 APERTURA (EN FUGA) Y EDUCACIÓN

Al comprender el carácter fundamental y filosófico de la creación de relatos, es necesario recurrir a esta alternativa como una polifonía, imprescindible en la escuela y en las instituciones, pues no solo es la escritura un elemento producto de una investigación literaria, sino también el resultado invisible de ejercicios diarios, de acciones de labor, donde los individuos en acción recurren a una cierta cantidad de códigos que los condicionan a su misma historia y a su naturaleza de seres que relatan, narran. Aún se hace más necesaria la escritura cuando es la herramienta de trabajo de los docentes, en este caso de filosofía o de literatura.

Los archivos narrativos, ya sean ficcionales o documentales, forman un nuevo híbrido de investigación cualitativa estupendo que, en sí mismo, constituye una estrategia interpretativa maravillosa para la búsqueda y el estudio de procesos pedagógicos; en las edificaciones de la educación colombiana, y conforme a lo explicitado en la Ley, las diferentes formas de ahondar, en el manejo de un cuerpo diverso y heterogéneo en la enseñanza de la literatura, son legales, fundamentales y necesarias. En el Artículo 22, Sección tercera de la Ley 115 de 1994 (Objetivos específicos de la educación básica en el ciclo de secundaria), los dos primeros literales señalan:

¹⁵ Maurice Blanchot. *El libro por venir*. Madrid: Trotta, 2005, p. 237.

¹⁶ Jorge Larrosa. La locura en el lenguaje. Foucault, en: *La experiencia de la lectura*. Barcelona: Laertes, 1998, p. 145.

- a. El desarrollo de la capacidad para comprender textos y expresar correctamente mensajes complejos, orales y escritos en lengua castellana, así como para entender, mediante un estudio sistemático, los diferentes elementos constitutivos de la lengua;
- b. La valoración y utilización de la lengua castellana como medio de expresión literaria y el estudio de la creación literaria en el país y en el mundo.¹⁷

Estos literales no solo comprenden las áreas de humanidades y lengua castellana, sino, en su amplitud, por el manejo de una lengua, deberían incluirse en todas las ciencias, y mucho más si en el desarrollo de las asignaturas se piensa en el *ser siendo* de una región, con unas condiciones y unas problemáticas, con angustias y reflexiones existenciales. El estudio de la creación literaria se encuentra apartado del arraigo de saberes, pero elabora alternativas de pensamiento, respecto a su contexto, y las complejiza en la relación de ese estudio con el estudio del mundo. En ese caso, los procesos narrativos, y la forma de narrar la propia existencia, se ilimita, para lo que los educadores deben manifestar un vasto interés y una astuta lectura de los paradigmas literarios, narrativos y filosóficos del mundo entero, para que, con esta *voluntad*, pudieran convertirse en una ventana para el estudiante, un emergente afán por el aire y el *afuera*, muy alejado de la simple visión difusora de ideas y de lecturas.

Aunque se sabe que la educación contemporánea colombiana plantea un trasfondo utilitario y nada dinámico a partir de los procesos educativos que se pueden generar con base en una conciencia del presente, y del presente del estudiante, es posible encontrar atractivos artículos que sustentan la labor de un docente libre, capaz de hallar, en su escena educativa, la posibilidad de emancipar a ese estudiante, como puede verse en algunos casos:

Nos referimos, entonces, al estudio de la literatura no como acumulación de información general: períodos, movimientos, datos biográficos, etcétera, sino como experiencia de lectura y de desarrollo de la argumentación crítica.¹⁸

Así, el campo literario, es una urgencia activa que, camina de la mano con acciones en búsqueda de libertades del pensamiento. En el mismo documento encontramos las definiciones de lectura, y escritura, vitales para la elaboración de un currículo, o la justificación del qué hacer de un docente.

En este sentido, el acto de leer se entenderá como un proceso significativo y semiótico, cultural e históricamente situado, complejo, que va más allá de la búsqueda del significado y que, en última instancia, configura al sujeto lector. Esta orientación tiene grandes implicaciones a nivel pedagógico ya que las prácticas de lectura que la escuela privilegia deben dar cuenta de esta complejidad de variables, de lo contrario estaremos formando decodificadores que desconocen los elementos que circulan más allá del texto.¹⁹

¹⁷ Ley 115 de 1994 (febrero 8). Ley general de educación, p. 7 [en línea].

¹⁸ Mauricio Pérez Abril. *Lengua Castellana. Lineamientos curriculares*. [Bogotá: MEN/Magisterio, 1998]. p. 27 [en línea].

¹⁹ *Ibid.*

Se entiende, con este aparte, que los órdenes de lectura no presentan un perfil atado o contundente, ni tampoco se esquematizan en relaciones de jerarquía, de dominio o mayoría; más bien, se diría que juegan un papel pragmático y, a su vez, una labor paradigmática, hacedora de conflictos subjetivos y universales, de inestables lecturas que incluyen en la comunicación otra lúdica extraña. Cada letra, como símbolo, si bien representa un arquetipo colectivo, también se construye desde su singularidad, en la distancia más infinita, o en el inconsciente individual más oscuro e inaccesible; por tanto, la lectura no podrá someterse a experiencias mecánicas, o a viejos patrones de memorización y conductismo; el giro lector precisa de una desterritorialización de la lectura, en el sentido en que abre sus posibilidades al tiempo del *ahora*. En la definición de escritura, escribe:

No se trata solamente de una codificación de significados a través de reglas lingüísticas. Se trata de un proceso que a la vez es social e individual en el que se configura un mundo y se ponen en juego saberes, competencias, intereses, y que a la vez está determinado por un contexto socio-cultural y pragmático que determina el acto de escribir: escribir es producir el mundo.²⁰

Este ordenamiento del mundo representa un arsenal de circunstancias, en las que los universos se construyen y se desconstruyen. Cada palabra representa una metamorfosis pluridimensional, en la que confluyen presencias y ausencias de un contexto, de un saber, de un docente. Así, también, se contempla el plano de la multiplicidad cultural, donde los saberes no existen independientes de la vida, sino son la vida misma, incluidos en su plenitud con la naturaleza.

... La Etnoeducación abre un nuevo horizonte como el proceso social permanente de reflexión y construcción colectiva, mediante el cual los pueblos indígenas y afrocolombianos fortalecen su autonomía en el marco de la interculturalidad, posibilitando la interiorización y producción de valores, de conocimientos, y el desarrollo de habilidades y destrezas conforme a su realidad cultural, expresada en su proyecto global de vida²¹.

Se encuentra establecido el horizonte de la etnoeducación, la etnoliteratura, los pensamientos andinos, y la multiculturalidad, que, a través de un proceso pedagógico-colectivo, dan lugar a estatutos de heterogeneidad que fortalecen los espacios ancestrales (espacios, de por sí, propios), y las amplitudes del saber: relaciones perdidas con sentires y pensares que acontecen en el centro de las comunidades. Ante esta perspectiva, habrá que decir que la educación colombiana ha fortalecido poco a poco las relaciones con este contexto ancestral y multiétnico, que caracteriza filialmente la pluri-identidad del país; sin embargo, a nivel cultural, existe una alta estigmatización e intolerancia paralizadores de la validez universal de estos saberes.

²⁰ *Ibid.*

²¹ *Ibid.*, p. 60.

Así entonces, lo más importante no son los contenidos en sí mismos, como ocurría en los antiguos programas curriculares, sino el efecto de ciertos contenidos y conceptos en el desempeño vital de estudiantes y profesores, en su identidad con la lectura, la escritura y la apropiación de los saberes.²²

A estos efectos no se los pretende tratar desde un perfil psicológico, pues son resultado de un *compartir* de alteridades, que construyen individuos *diferentes* y únicos, capaces de materializar creaciones orales, literarias y artísticas, en general, que, en el proceso de su estudio, relectura y compromiso con el compartir, componen el espacio de escucha y aprendizaje, denominado *educación*.

Como es posible observar, en el caso de la Ley colombiana, existen *líneas de fuga*²³, singulares aperturas de fuga, por donde es posible reinventar el papel educativo y la labor de un docente que fuese capaz de *errar*, en la prolongación de un camino interminable y en el valor irremplazable del error y la falla. Por lo demás, se debe apostar a un desafío hacia los textos de norma educativa, pues en ellos, aunque se establezcan grandes proyectos, son pocas realidades las visibles. Ante todo, desafíos de crítica, de álgida lectura y de honda escucha, en respuesta a regímenes policivos, que van en contra de la palabra y de la creación.

1.3 ESCRITURA Y EDUCACIÓN

Ahora, se tratará de ver cómo el acto de creación literaria, en este caso el del relato, es una fuerza performática educativa.

En el texto *La universidad sin condición*, Jacques Derrida escribe:

He aquí lo que podríamos, por apelar a ella, llamar la universidad sin condición, el derecho primordial a decirlo todo, aunque sea como ficción y experimentación del saber, y el derecho a decirlo públicamente, a publicarlo.²⁴

Este aparte no solo obedece a una serie de consideraciones sobre una apreciación respecto a la *Universidad diferente* (educación de diferencias), sino postula, en profundidad, un raciocinio esencial en todo el *escenario educativo*: para que una educación sea posible, se debe dar un tiempo para la palabra —creativa— que le habla al público, que le dice (algo) al otro. En este primer sentido, se tiene que la creación literaria —entendida como un hecho individual y colectivo— es un buen medio para constituir encuentros pluridisciplinarios, donde cada individuo de acción encarna una figura educativa (no necesariamente que enseña) y permite, a su vez, que *el otro* configurese, a partir de ese cruce, una diversidad de alternativas de aprendizaje.

²² *Ibid.*, p. 52.

²³ Gilles Deleuze. *Diálogos*. Valencia: Pre-textos, 1997, p. 14.

²⁴ Jacques Derrida. *La universidad sin condición*. Madrid: Trotta, 2002, p. 14.

Se sabe que a la educación se la ha entendido como una transmisión de un saber, a través de la labor docente, que funciona como el puente mediático para el alumno, quien recibe la teoría a la manera de bloques informativos, suspendidos en el mundo ideológico, sin la alternativa de una hondura existencial, o de acciones que lo sumergieran en el potencial presente. Sin embargo, dentro de este complejo informativo, la búsqueda debería perfilar hacia la posibilidad de un docente multiplicado que caminase por *líneas de fuga*²⁵, en las que el saber no ejerciera un mandato debido a un juego de poder, sino se desarticulaba en medio de movimientos indomables, donadores de escucha y transformadores del presente. Una de ellas es la *escritura del relato*, una posibilidad, tanto para el docente como para el estudiante, que admite encarnar figuras extrañas a sí mismos y desde las cuales se promueve como un bloque de sensaciones, actante y activo en la actualización de un presente colectivo e individual.

El aula de clases, lugar(es) repetido(s) en la escuela, actualmente, no solo representa un espacio de pequeñas reclusiones, o una arquitectura de costumbre confinada al enclaustramiento; además, parece, también, que representara, para las nuevas generaciones, una curiosa especie de edificación de dogmas disfrazada, pseudo-religión en la que el saber es un poder soberano, al que solo accede el docente y, por tanto, el estudiante, o *alumno*, comprende el ámbito educativo como una zona excluida de sus figuraciones cotidianas: es el espacio de enunciados fantasmas de orden, igualdad o disciplina, que redimensiona los límites imaginarios de las poéticas del cuerpo y sus múltiples expresiones en que se abstienen, frustrados en el límite de un enclaustramiento agresor de libertades infantiles, adolescentes, adultas; unas instalaciones educativas oscurantistas, sin muros de laberintos, o torres de Babel, más bien construcciones *panópticas* y cárceles atontadoras, que explican la verdad, territorios mecánicos, industrias informativas.

Con ese panorama, el docente se encuentra expuesto a una serie de definiciones y perspectivas para su construcción y su quehacer en el tiempo. Se dirá que la experiencia educativa, en cualquiera de sus áreas, parte de una práctica profunda de la ciencia que se enseñe; en este caso, se podría plantear un convivir y, a la vez, un *existir-con*, o un *existir-en la filosofía*, *existir-en la literatura*, en saturaciones de vida que fortalecen los lazos que se construyen con las ciencias y las artes, presupuestos fundamentales para que, después de haber establecido una fraternal relación con el saber, la cotidianidad y los aspectos diarios de la vida fuesen una habitación intermitente y, a la vez, total de aconteceres arte con el mundo. De esta forma, la *escritura* es una forma de existencia a través de la palabra: *vivir-en la palabra*, al *ser palabra*. No por ello el acto de escritura vendrá cifrado por los

²⁵ “Las multiplicidades se definen por el afuera: por la línea abstracta, línea de fuga o de desterritorialización según la cual cambian de naturaleza al conectarse con otras”. Gilles Deleuze y Félix Guattari. *Mil mesetas*. Valencia: Pre-textos, 2002, p. 14.

paradigmas sociales o la cotidianidad de la oralidad; al contrario, el *existir-en* la escritura viene de un proceso ante todo de urgencia por el dibujo de letra, por el ícono a digitarse, por la urgencia de texto. En el viaje diario con *la escritura*, y el conocimiento por la violencia de su *imagen*, se crea una experiencia educativa; el naufragio en la literatura somete al que escribe a una condición de búsqueda interminable de aprendizaje y, a su vez, de su destrucción, como el náufrago ahogado en el intento de auxilio, sin salvaciones. La literatura no tiene salvaciones.

Este ejercicio de escritura no radica en la comprensión del conocimiento de la ciencia completa de un profesor; paradójicamente, el docente, o profesor, podría transfigurarse en un acto mudo, que comparte la obra vacía de la literatura, contagiada de sentido. El complejo educativo no trata de la entrega de un cúmulo de conocimientos; de repente, consiste en un cierto ejercicio de la docencia, en la que un educador, a través de sus encuentros con los libros y la lectura de la vida en general, posibilita la *creación* de una nueva experiencia, pero ahora relacionada con el aprendizaje del otro y la lectura que éste efectúa de sí mismo y del mundo que lo rodea, para lo que no todas las manifestaciones de aula, donde se desarrolla una clase, pueden representar un acto educativo.

En el budismo zen, por ejemplo, existe un acuerdo directo entre maestro y discípulo, llamado *kōan*, fundamentalmente un juego de pregunta/respuesta, en el que el diálogo se aborda desde un medio místico o secreto, pensado para que el alumno pudiera llegar a la iluminación a partir de sus propias búsquedas de solución; tanto las preguntas como las respuestas llevan una carga de sabiduría que, desde una concepción occidental de la educación, suelen parecer absurdas. Se cita unas palabras de Lao Tsé, para ilustrar una metáfora de la educación: “El que sabe, no habla. Y el que habla, no sabe”²⁶. Tal vez el mejor esfuerzo por enseñar fuese el de guardar silencios duraderos, que llegasen a la distancia del otro para que lograra comprender, desde esa ausencia, la naturaleza de un lenguaje deshabitado²⁷.

En prácticas como las del *kōan*, la esfera educativa alcanza nuevas dimensiones, al hacer del cuerpo de enseñanza un advenimiento indirecto, en el que su construcción va más allá de complejidades dialécticas (maestro/alumno), como en estos ejemplos:

Si el aplaudir es el sonido de dos manos, ¿cuál es el sonido de una?;
Si devuelves tus huesos a tu padre y tu carne a tu madre, ¿dónde estarás tú, entonces?;
— Maestro, siempre que te pedimos una enseñanza nos cuentas un cuento, pero nunca nos explicas el significado de ninguno. El maestro contestó: — Si yo un día os ofreciese una manzana, ¿os gustaría que os la masticase antes de entregarla?²⁸

²⁶ Francisco Lerín. ¿A qué sabe tu koán? [*Revista Dharma*, No. 5]. [En línea].

²⁷ Jorge Larrosa. La Dificultad de lo propio. Hölderlin y Heidegger. La lengua des-habitada, en: *La experiencia de la lectura*, *Op. cit.*, p. 361.

²⁸ Lerín, *op. cit.*

Estas alternativas filosóficas llevan a reflexionar metafóricamente en que la educación implica también, al modo del *zen*, olvidar el pensamiento, transformar el *logos* en *poiesis*, en el sentido platónico: procesos creativos de aprendizaje, amplitudes de invenciones inconscientes y estéticas de rostros multiplicados. El proyecto educativo trata sobre singularidades, autenticidades, invención perenne de sentidos inconcretos; el pensamiento es un diseño de nunca acabar. No es la educación, sino: *las educaciones*. Maurice Blanchot, que cita a Starobinski, ilustra el asunto de *la palabra auténtica*, en el pensador y educador Rousseau:

La palabra auténtica es una palabra que no se limita a imitar un dato preexistente: es libre de deformar y de inventar, a condición de permanecer fiel a su propia ley. Ahora bien, esta ley interna escapa a cualquier control y a cualquier discusión. La ley de la autenticidad no prohíbe nada, pero jamás se da por satisfecha. No exige que la palabra *reproduzca* una realidad previa, sino que *produzca* su verdad en un desarrollo libre e ininterrumpido.²⁹

La ley propia de la palabra que educa, que escribe, que crea, es, para sí misma, una renovación constante, una verdad que se busca en el infinito del presente, pero ¿qué importancias trae para la educación, la creación, y, a la vez, una estética del relato? La mayoría del tiempo, *el ser humano narra, y se narra*; en este acceso inconsciente a la narración, una serie de elementos brotan en el centro y la periferia de las historias; son aquellas piezas que, agrupadas, conforman comunidades, ciudades, países e individuos políticamente reflexivos y activos. La palabra del relato, en su acontecer, es una determinación de lo estético por parte de la colectividad, situación que lo emparenta con incontables redes de imaginarios sociales, pero, a su vez, que narra al individuo y a su relación entrañable con la realidad posible (realidad cambiante: escrita y leída).

Muchos han estudiado a la narración como un proceso necesario y vital en la existencia del ser humano. Véase lo que dice Paul Ricoeur acerca de ello:

... La ficción narrativa, es una dimensión irreducible de la *comprensión de sí*. Si es cierto que la ficción sólo se completa en la vida y que la vida sólo se comprende a través de las historias que contamos sobre ella, entonces, podemos decir que una vida examinada, en el sentido de la palabra que tomamos prestada al principio a Sócrates, es una vida *narrada*.³⁰

Naturalmente, Ricoeur adentra en el panorama de una vida narrada que, después de un análisis crítico, concluye la emergencia con una teoría del relato como un texto que permite el encuentro con la búsqueda de una identidad del individuo a partir de historias y relatos, que no otorgan por completo una identidad, sino brindan una voz narrativa. La

²⁹ Maurice Blanchot. *El libro por venir*. Madrid: Trotta, 2005, p. 69.

³⁰ “La palabra de Sócrates tomada prestada al principio dice: Una vida no examinada no es digna de ser vivida”. (p. 9). Paul Ricoeur. *La vida: un relato en busca de narrador*. [Ágora. *Papeles de Filosofía*, 2006, 25/2], p. 20. [En línea].

vida es, más que una historia, un relato. Para Ricoeur, y desde el punto de vista hermenéutico, la obra literaria tiene tres mediaciones fundamentales:

1. *Referencialidad*: mediación entre el ser humano y el mundo;
2. *Comunicabilidad*: mediación entre el ser humano y el ser humano;
3. *Comprensión de sí*: mediación entre el ser humano y sí mismo³¹.

Por tanto, y según el francés, la escritura de un relato de ficción estrecha el roce de las experiencias individuales con la manifestación entera del mundo; la comunicación a engendrarse es de carácter universal, la alteridad es apertura sin condición, y la comunicación con, y de sí mismo, expone la variación de educaciones versátiles, listas para la máscara y la enseñanza/aprendizaje en universo dinámico e inquieto.

Además de estas conexiones con el mundo, se propone un estatuto de historias sin tener todavía acervos sociales, que se podrían llamar de orden subjetivo o *secreto*, que demarcan una parte esencial en el desarrollo de la identidad narrativa; son las *estructuras prenarrativas de la experiencia*³², definidas como *historias aún no narradas*, que desean ser relatadas, se lanzasen al campo experiencial de la materia. Dice el filósofo:

Narrar, seguir, comprender las historias no es más que la continuación de estas historias no narradas.³³

Entonces, con esta perspectiva, se podría afirmar el carácter arquetípico del relato y de la literatura en general. La narración de relatos representa un nacimiento profundo de emergencias universales, por lo que el acto de narrar se convierte en un elemento de denuncia social, pero también de denuncia de uno mismo; narrar implica aseverar la propia existencia sin arraigarla; se narra para confirmar la alteridad de lo humano y, en esta característica, el grito educador debe una emergencia vital: la narración de las experiencias que, en el devenir de la educación, se presentan, para *nombrar* el mundo como un territorio plagado de *diferencia(s)*.

Así, ¿cómo no denunciar el orden anoréxico de un cosmos superviviente?

1.4 EDUCAR EN TORNO A LA TRADUCCIÓN/CREACIÓN

¿En qué límite se distingue el escribir del enseñar? En las relaciones pedagógicas, un material escrito, y de una singularidad propia, es un herramienta incondicional para el

³¹ *Ibid.*, p. 16.

³² *Ibid.*, p. 19.

³³ *Ibid.*, p. 20.

docente, pues implica, para el evento educativo, la particularidad de que el profesor ha pasado por la experiencia de la escritura, ha desfallecido y ha crecido de “alguna forma” con los procesos de construcción literaria —condición que no lo acredita como un docente de literatura, o como un literato, y ni siquiera como un escritor, sino lo ubica frente al abismo irremediable de haber sido objeto del lenguaje, material vivo que, en función de un azar, fue medio imprescindible para la escritura—. La creación de relatos, aún más, posibilita que el docente hubiera pactado encuentros con varios tipos de narraciones, donde el desborde de experiencias presentará al *ser* como un complejo de diferentes lenguas, que no siempre necesitan comprenderse; más bien, necesitan, y se lo verá después, traducirse. Esta aproximación a distintas narraciones implica la visión de distintas vidas y existencias, imprescindible noción en la escena educativa.

¿De qué forma una creación literaria desarrolla el potencial de un profesor de literatura? No hay forma. Hay experiencia, acontecimiento y diferencia. Ya dice Ricardo Piglia:

La pregunta “¿qué es un lector?” es, en definitiva, la pregunta de la literatura. Esa pregunta lo constituye, no es externa a sí misma, es su condición de existencia. Y su respuesta —para beneficio de todos nosotros, lectores imperfectos pero reales— es un relato: inquietante, singular y siempre diferente.³⁴

El placer del texto es tripartita: lectura/escritura/enseñanza, acumulación heterogénea e intempestiva de síncopas disfónicas.

Se cree que la educación pretende, únicamente, la memorización de saberes a través de una puesta docente en la pantalla del aula de clases, pero cuando la escena pedagógica se da a la luz, se conoce que la educación es, de por sí, un arte efímero, invisible e indefinible. Supóngase al docente como un riesgo de *acto poético*, que le permite establecer una relación íntima con el estudiante, pero únicamente en ese acontecer mismo de su *aparecer estético*; sus cuerpos en choque, emplazamientos movedizos, canónicas y atópicas posturas, vibraciones fractales, son, en su emergencia, un devenir en fenómeno educativo *impronunciable*; sismo inadvertido que, principalmente, acercaría a una experiencia erótica vital:

Pero cómo dejar de advertir, en tal caso, que no deseamos comprender simplemente para conocer, sino para sentir el placer de conocer —conocemos para gozar del conocimiento, para gozar del acto de conocer, por lo tanto, finalmente, para gozar de nosotros mismos a través del proceso de conocer³⁵.

Por cierto, el deseo de conocer se dirige a lo conocido o a lo cognoscible —pero, en primer y último término, en beneficio del que conoce. En éste, más esencial que el deseo de conocer, se revela el deseo de salvaguardarse, es decir, gozar de sí mismo³⁶.

³⁴ Ricardo Piglia. ¿Qué es un lector? [en línea].

³⁵ Jean-Luc Marion. *El fenómeno erótico*. Buenos Aires: El cuenco de plata, 2005, p. 19.

³⁶ *Ibid.*, p. 20.

Jean Luc Marion invita a concebir la experiencia del conocimiento y, en especial, de la *Filosofía*, como una invocación al aparecer erótico, *amador del saber*, mucho antes que la teoría sobre un cuerpo erótico, o sobre un concepto erotizado. Entonces, la escenificación de una fuerza del placer por conocer o enseñar posee al cuerpo del docente, y una torsión se ejerce, en el habitar pasión impura (por el divino aparecer animal) de cara sin rostro, o rostro con mil ojos, ¡calcinados por ver y decir!

Al parecer, y ya se sabe que, cada evento educativo cree ser un magma implosivo de la entrega, amañado a la condensación estafalaria de un saber cierto, verdadero, concreto, basado en esquemas arquitectónicos que jerarquizan el poder de una noción; sin embargo, la escritura, en su plano educativo, y en especial la escritura de relatos *errantes*, sospecha y propone una característica insana —tal vez— de una pedagogía: la de generar un acercamiento que presentase al saber como un compuesto creativo no dado, invisible, ni siquiera sugerido al estudiante, sino allí, en el goce de sí mismo por la búsqueda, se encuentre el motivo de la errancia; nada de seguridades, nada de absolutismos o ideologías totalitarias; una educación originada en el germen de la inseguridad, de la multiplicidad diferida, apta para hacer del relato la habitancia de ese temblor; gestos educativos desubicados en que, en el margen sempiterno de la creación, anidasen sujetos extraños, existentes en la búsqueda de una, según su misma territorialización y desterritorialización. De esta forma, el acontecimiento educativo acaece en una confluencia que genera, principalmente, actos de emancipación, en un movimiento de aprendizaje y de olvido a la vez.

¿Podrán comunicarse creaciones invisibles? ¿Qué es la errancia, si toda obra literaria es secreta y oculta? ¿Es comunicable un gesto creativo errante con objetivos educativos? Tal vez, no existe una solución aparente para el concepto que en juego se propone como *errancia*; más adelante, se dará curso a este interrogante; sin embargo, es preciso citar las palabras de Décio Pignatari, que alude Sandra Mara Corazza:

Recuerde que, para que existiese comunicación: (a) “se precisa que existan diferencias”; (b) las diferencias “son lo incomunicable, en diversos niveles”; (c) sin “lo incomunicable, no existe comunicación” (Pignatari, 1971, p. 9)³⁷

Es necesaria la distancia y el corte de sentido para que se diese lugar a una comunicación. Ese espacio de lo incomunicado representa el valor del silencio, y la economía del dar, el fundamento invisible de la creación. La errancia es ausencia; ausencia de exceso —que existe—, pero que lo es, en el modo en que la soledad de la palabra es una imagen y ésta,

³⁷ Sandra Mara Corazza. *Para pesquisar um currículo-nômade: múltiplos nomes em 51 fragmentos y XXV critérios de avaliação*. Conferencia Especialización en pedagogía de la creatividad, Facultad de Artes. Universidad de Nariño, San Juan de Pasto, Colombia, 24 de abril de 2009. Versión Gonzalo Jiménez Mahecha. 13 p. (Material en CD-Rom).

como fenómeno discursivo y trazado, comprende un sinfín de posibilidades. Ausencia de quietud. Jacques Rancière ilustra su noción de comunicación:

Queda que el pensamiento debe decirse, manifestarse a través de las obras, comunicarse a otros seres pensantes. Y debe hacerlo a través de lenguajes con significaciones arbitrarias. Eso solamente lo ven los perezosos, los que se asustan ante la idea de esa arbitrariedad y ven en ella la tumba de la razón.³⁸

Joseph Jacotot, personaje y protagonista de la obra de Rancière, ha decidido educar desde un método, donde no es la razón el centro del evento pedagógico. Se propone la lectura de una obra, cuya lengua de escritura ni él ni sus estudiantes conocen; partir de una experiencia de voluntad por el aprendizaje, las dos partes (estudiante/docente) desarrollan una libertad exorbitante por el acceso directo al libro, ruptura con inteligencias de imposición; sin embargo, cercano en el afán imperioso de la proximidad a la escucha de una lengua, además de generar, en ese encuentro, una nueva *creación*, la dificultad de asumir la lectura como una traducción y como una interpretación. Leer es crear.

Heidegger afirma tajantemente que solo traducir es un interpretar (*Auslegen*) y que toda interpretación (*Auslegung*) es un traducir (*Überstzen*), y eso, independientemente de que la traducción-interpretación se haga entre dos lenguas o en el interior de una sola lengua.³⁹

Evidentemente, la traducción, a la que los estudiantes de Jacotot se ven expuestos, representa, para la educación, una ruptura con la transmisión y la herencia. La hondura de asumir a la lectura como un proceso de conocimiento de distintas lenguas y, a la vez, como un olvido de la lengua propia, figura un despojo que ilimita la noción de conocimiento. Recuérdense las palabras de Juan Duchesne Winter: “La invención literaria se realiza, desde su primer acto, como traducción y traición de una lengua materna”⁴⁰, perfidia e imposibilidad de un habla regional, en el sentido en que “no existe una lengua propia, pero todas las lenguas son la propia”⁴¹: existencia paradójica que acerca al planteamiento de la errancia como *escritura* posible por lo imposible. En este orden de ideas, hablar de una literatura universal provocaría un despropósito; mejor, pretender que dentro de los campos educativos se consiguiera una fuerza para el porvenir de una literatura, o de una filosofía amplificada, donde los sentidos hablaran desde, y de la infinitud.

Esta noción de pérdida y encuentro con otras lenguas e identidades, que se pretende en la educación, podría resultar nociva si, en ese afán de *distancia*, el olvido se asume como espacio *sin historia*. Por tanto, la *errancia* procura un andador de diferencias que no destruye las raíces, sino que *las transforma creadoramente en una relación, en una*

³⁸ Jacques Rancière. *El maestro ignorante*. Barcelona: Laertes, 2003, p. 37.

³⁹ Larrosa, La dificultad de lo propio. Hölderlin y Heidegger. Leer lo que no comprendemos, en *La experiencia de la lectura, Op. cit.*, p. 366.

⁴⁰ Juan Duchesne-Winter. El mundo será Tlön, en: *Ciudadano insano*. San Juan, Puerto Rico: Ediciones Callejón, 2001, p. 59.

⁴¹ *Ibid.*

totalidad abierta.⁴² Unos saberes imperceptibles donadores de *raíz*, buscadores de lo impalpable en el plano de un mundo en el que todo se *da*. El docente, como prestidigitador elemental, objeto del educar, y cosa sin logia, que no solo traduce, también invierte y espera, violenta todo el tiempo en una oscilación de mudez pura. Recuérdese la definición de olvido que Michel Foucault ofrece en *El pensamiento del afuera*:

Este olvido, sin embargo, no hay que confundirlo ni con la disipación de la distracción, ni con el sueño en que se adormecía la vigilancia; está hecho de una vigilia tan despierta, tan lúcida, tan madrugadora, que es más bien holganza de la noche y pura abertura a un día que no ha llegado todavía.⁴³

La creación estética le confiere al poder educativo un rol de enmascaramiento y juego, la emergencia de las transformaciones como catalizadora de un saber viajero que se dispone a la entrega desplazada de una identidad; *errante* subversión de la totalidad y del arraigo que, a partir de su inestabilidad, probablemente *es* plaga propagada, hallazgo y extravío, exceso y, a su vez, desaparición inevitable de sentido, pero en el abismo desorbitado de la palabra que educa (palabra escrita, palabra canto) la creación implica donación ininterrumpida de escritura, pues mientras la genealogía y el trazo de un cuerpo literario es una invención multiforme, se está colmando al lector, es el material invisible que deviene visible y simplemente se da, adviene donación infinita.

1.5 EN EL PROCESO DE CREACIÓN, SE MANIFIESTA UNA DIFERENCIA EDUCATIVA. (DOC)ENTES ERRANTES QUE ESCRIBEN EL MUNDO

Sandra Mara Corazza escribe: “Para investigar un currículo-nómade: Múltiples nombres en 51 fragmentos y XXV criterios de evaluación”⁴⁴, consejo sagrado que invita a la profanación de la(s) pedagogía(s), voluptuosa propuesta de silencios, susurros educadores, mal educadores aullidos: salto insospechado. Vinculada al ejercicio de una pedagogía de la diferencia y desde la diferencia, la educación es una *torsión*, que difiere incluso de sí misma. *El conocimiento* de los procesos creativos incorpora la consideración de una pluralidad discursiva, que representaría la estrategia (no ideal) fractal, para la (a)ventura con el cuerpo estudiantil. Basado en la lectura del contexto, el currículo nómade no es pasado, es irremediable ahora, insoportable presente y actualización vital. Canto más que discurso, saltos más que pasos. En tanto se proyecta como el ejercicio de creación, la experiencia de *errar* deviene homonimia: dispone el tacto de camino, andanza perpetua y nomadismo en pérdida, pero también, y este como indispensable elemento de una imagen del *educar*, se encuentra el *error*, falla indiscutible: prolegómeno y posparto de la existencia. Por tanto, *Errancias* es un ejercicio creativo, educativo, literario, filosófico,

⁴² *Ibid.*, p. 69.

⁴³ Michel Foucault. *El pensamiento del afuera*. Valencia: Luis Santángel, 1993, p. 78.

⁴⁴ Corazza, *Para pesquisar...*, *Op. cit.*

pero, también, un extraordinario ejemplo del *error*, material didáctico para el trazo equívoco y el absurdo.

En ese andar histriónico del relato, una mala educación parece hallarse a lo lejos en el borde de lo que comienza: el tiempo de las apariciones y el espacio de la educación sin casa. Tiempo sin tiempo, todo el acontecimiento lleno de fobia por sí mismo, lanzado siempre hacia sí mismo, que es lo mismo que lanzarse hacia el afuera. Educaciones filosóficas, que aman, o mal aman antes de *saber*; saberes gozados, escrileídos, tocados por *la lengua*; polífida lengua de baba cósmica. Educación(es), literatura(s), filosofía(s), errancia(s) sin historia, mil pies andariegos, transmutados; rostros nuevos vestidos del ropaje que se ríe sin cara, como un dios-demonio que posee y luego se va, en danza al compás de las canciones (a)letradas y los ritmos analfabetas. Experiencia en trocha de “trans-formación, alter-ación, meta-morfosis”.⁴⁵ Cambios apátridas, naufragantes. Experiencia educativa de novedades y éxtasis.

Sin embargo, si tomamos en serio la idea de experiencia como algo que (te) pasa y, al pasar(te) (te) modifica, siempre hay ahí latente, amenazadora, pero cargada también de promesas, una dimensión de pérdida, de pérdida de sí, de ex-propiación.⁴⁶

¿Cuánto se le interrogará a esta letra, el aceite educativo que la persiste? Pues le insiste y subsiste, juego puro es la creación, pedagogía que calla mientras grita. Es el tacto-cuerpo, del cuerpo-fragmento que escribe, des-escribe, en ese límite que lo suspende entre lo plano y lo oblicuo, pedagogía de lo chueco y lo transversal. Caminos sin suelo, “Polimorfo y difuso, bifurcado y fibrilado, este *Currículo-Estratega* corre suelto en una atmósfera de errancias”.⁴⁷

No se equilibra la creación, va disuelta en un torrente de energías sin logia, desproporcionadas por lo voluntariosas, imprudentes muestreos de aguerridos entes y estatutos esco-*lares* que no poseen *topos*. Viene con la creación, ese indescifrable agujero del aullido que perturba, errabundo histérico y silencioso; no cree la creación en bipolaridades, pues, inconsciente de su anclaje al caos indeterminado de mundo, se manifiesta sin polos, acaece giro y espectro del punto y la raya, en fuga ambos; la escritura es naturalmente *éxodo*. Los relatos se emancipan, no pertenecen a la esfera del libro ni a la mano que escribe, huérfanos incondicionales o sátiros enfermos singularmente felices.

Currículo-Hiper-Activo, funciona como una máquina vagabunda, social y colectiva, cuyas disposiciones, en un momento determinado y volátil, definen su racionalidad curricular y su nivel de comprensión, los usos y el despliegue de sus contenidos, las pasiones y los deseos de sus emociones de *Currículo-Eros*, que promueven descargas de afectos múltiples,

⁴⁵ Larrosa, Jorge. La crisis de las humanidades y la lectura, La destitución del lector, en: *La experiencia de la lectura*, *Op. cit.*, p. 453.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 455.

⁴⁷ Corazza, *Para pesquisar... Op. cit.*, p. 21.

opuestos a los pesados conocimientos estables, bagajes culturales, valores eternos, sujetos idénticos, esencias constantes, verdades en verdad verdaderas.⁴⁸

Exorbitante propuesta de creaciones muertas, allí la emancipación de la lectura *mira, toca, palpa y aprende a morir*. Una educación de *otra muerte*, contraria a la decadencia: *muerte arcano XIII, sin nombre*: “Soy tu sombra interior, la que ríe detrás de la ilusión que llamas realidad”⁴⁹. Escritura(s) mística(s), residente(s) de las honduras de una (e)le(c)tura, que atesora un secreto no único, sino desarticulado. Suerte de *huaca-rizomática*, tesoro multiplicado, *singularizado*. La errancia es un secreto de piedras noctámbulas, siempre despellejado por la magia hiriente de una supra-lectura.

Aguja herida e hiriente es la escritura, surgida como *contra*, un nuevo sistema de relatos que se inauguran en cuanto desfallecen. Tres energías dispuestas como un sacrificio multiforme: acontecer escritura/lectura/aprendizaje. Transmutaciones musicales; el cuerpo que escribe es un cuerpo que canta y, por eso, y más, enseña, *contra-educación*. Creaciones en respuesta a algo y libres de ella, y de ello: “Y quien ha de ser un creador, ya del bien, ya del mal, debe antes descubrir y quebrar valores”⁵⁰.

Educaciones caminantes de patas arriba, conscientes de su papel de bailarinas de la palabra y la música del mundo; hasta indiferentes ideas tienen el deseo de bailar a cualquier son, todo el tiempo se ha hecho para leerlo, y más aún para soñarlo; es decir, para crearlo: “Al encontrarse relacionado con fuerzas y velocidades infinitas del caos, es un *Currículo-que-aprende-a-la-vez-que-enseña*, a partir de la pregunta *¿Qué es pensar?* — que sólo se genera en la inmanencia absoluta, en la creación de novedades y en la vida activa.”⁵¹ Lleva el texto una prontitud singular, presta a las extra-dimensiones de la vida; un relato que cuenta el mundo, desde un nivel extraño y libre, autónomo de sus ataduras a los hemisferios de la realidad, pero que genera, dentro y fuera de sí, un impacto violento, por los vaticinios y visiones que de la realidad ofrece.

No existe rango limitante en la creación. No hay moral o ciencia que la injustifique, pues sus elementos de composición fundamentales son la vida y la muerte mismas que, todo humano (*ser*) tiene -¡y *habita!*—; por tanto, tiene derecho a crearlas y recrearlas a su manera. La creación de relatos apenas se define por el ahora; es escritura que acece en el presente; yerra por las articulaciones que se tejen del indetenible acontecimiento. La diferencia educativa de individuos errantes considera importante la ausencia de saber y no

⁴⁸ *Ibid.*, p 22-23.

⁴⁹ Alejandro Jodorowsky. XIII, El arcano sin nombre, Transformación profunda, renovación, en: *La vía del tarot*. Bogotá: Siruela, 2010, p. 229.

⁵⁰ Friedrich Nietzsche. Del vencimiento de sí mismo, en: *Así hablaba Zaratustra*. Bogotá: Editorial Panamericana, 1990, p. 124.

⁵¹ Corazza, *Para pesquisar...*, *Op. cit.*, p. 24.

derrocha la ignorancia, sino, a través de un proceso inventivo e intempestivo, la transforma para generar fábulas de libertad auténticas.

Esta errancia procura la evasión de la mimesis, pero se reconoce como múltiple identidad, construida esencialmente por acciones de robo y pérdida⁵², que huyen de la imitación y apuestan por un desborde acumulado de imagen; le huye al concepto fascista de la “inclusión” y, más bien, invita y reúne; es anfitriona atemporal del encuentro con la palabra. El relato huye, también, de la pulcritud semiótica a la que se encuentran esclavizados los conceptos, así como de su dibujo y la sintaxis, por lo que invoca espectros del lenguaje y hace tangible una desintegración-creación imparables de sentidos. Un relato es transformación y propone transformación; escarba en las educaciones que le impiden *ser* para, con su lenguaje intempestivo, transmutarlas.

La creación pretende una aparecer imperceptible, posible invisibilidad que, en el afán de lo contemporáneo, funcionase como un agente escurridizo y plagal, dispuesto a la interacción/comprensión, pero también a la acción y a la transformación.

1.6 POSIBILIDAD Y ERRANCIA(S)

Además de las incidencias educativas, habrá que preguntarse sobre el devenir literario y filosófico de este trabajo que parece no se detiene, además de que insiste en una poética extraña que camina perdida y se elabora mientras pasea en las lejanías de lo dado. Pensar en la escritura lleva a pensar un *cuerpo textual*: “un cuerpo (o más de un cuerpo, o una masa, o más de una masa) es, pues, también el trazado, el trazamiento y la traza (*aquí, ved, leed, tomad, hoc est enim corpus meum...*). De toda escritura, un cuerpo es la letra, y sin embargo nunca la letra...”⁵³ Esta invitación al *cuerpo* de texto, o al cuerpo escrito (cuerpo por lo escrito), hace de la jornada de la lectura no más que el advenimiento de una *experiencia* que, para el pensador francés Michel Foucault, implica una fuerte reivindicación del surrealismo:

Además, esa experiencia disuelve también la seguridad y la certidumbre de la objetividad (de la realidad del mundo, por decirlo de un modo pretencioso) así como toda distinción entre lo verdadero y lo ficticio, lo real y lo imaginario, lo objetivo y lo subjetivo.⁵⁴

Esta experiencia se incluye dentro de la definición que Foucault ofrece de *Locura*; es decir, la escritura radica una *experiencia surrealista*, según un juego loco: “La locura sería la

⁵² Por tanto, ninguna identidad es propia; toda identidad es robo y pérdida simultánea. Duchesne-Winter, Centuria de Narciso, en: *Ciudadano insano, Op. cit.*, p. 28.

⁵³ Jean-Luc Nancy. Lo que, de una escritura, es para leer, en: *Corpus*. Madrid: Arena Libros, 2003, p. 67.

⁵⁴ Larrosa, La locura en el lenguaje. Foucault, en: *La experiencia de la lectura, Op. cit.*, p. 143-144.

literatura misma, pero no como lenguaje o como obra sino como ese vacío en el que el lenguaje desfallece y la obra se revela como imposible y ausente”⁵⁵.

¿Cuál es el porvenir de la creación literaria? Precisamente, es ese tiempo en el que el autor no representa un peligro como individuo sino porque tiene una *máquina de guerra* (palabra peligrosa) que hace del discurso un lenguaje inquieto, bifurcado hacia una disposición que se centra en la transformación. De este paradigmático discurso, se tendría una creación literaria desmedida, que arriesga su propio lenguaje para autorizar el rito de su desciframiento; una creación donde cada signo representa una resignificación de su lengua, desde la que se establece un nuevo código de valores para generar y acrecentar los sentidos.

Para Foucault, el acto literario conlleva una responsabilidad de resistencia en que el acto de *pensamiento* se liga íntimamente con la *escritura* y la *experiencia*, por lo que es urgente y fundamental —cómo se dijo en el principio— considerar, para el pensamiento, el reparo y la fuerza de un método de texto literario (*relatos*) y, a la vez, para la escritura, un método de discurso de pensamiento. En tanto el hemisferio de la narración pretendiera el espacio de la vida, y *un paso a darse más allá*, la literatura es posible.

Hay ficción cuando el lenguaje abandona su seguridad cotidiana y toma distancia de sí mismo, cuando se desdobla y se repliega para nombrar y hacer aparecer acontecimientos desconocidos, hechos insospechados, asociaciones inéditas, objetos de perfiles nuevos. La ficción, entonces, no es otra cosa que la (difícil) producción de un nuevo sentido a través de la constitución de una nueva manera de nombrar⁵⁶.

Según Foucault, la ficción se elabora debido a la forma en que el discurso se plantea, y busca, desde su política, una estrategia de irrumpir y narrar(se) con tal viveza y extrañeza que desgajase los monumentos pasados, para inaugurar un nuevo modo de contar. Desde esta perspectiva, es posible que la forma de plantear una ficción correspondiera a diversos órdenes del discurso, y no necesariamente a fantasías o invenciones conceptuales. Esta ficción no implicaría la falsedad, o la contrariedad, sino un encuentro o miramiento hacia el desplazamiento del sentido de las palabras: una elaboración de lo impensado; es decir, un lenguaje que ya no se subordina a grandes valores, valores de instituciones que en muchas ocasiones pudieron representar a la verdad, la realidad o la unidad.

Dentro de esta visión de grandes valores, por ejemplo, se encuentra la noción de comunicación: *la escritura como servicio de la comunicación y la transmisión*. En este caso, habrá que decir que no siempre la creación escritural ha tenido este empleo; ha servido, en muchas ocasiones como un aparato para el secreto y el ocultamiento, que ha utilizado en su grafía técnicas ilegibles para esquivar su *precisa lectura* y, sin embargo,

⁵⁵ *Ibid.*, p. 153.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 160.

guarda en ella un valor estético —incluso ontológico— de la noción de arte: “Estamos acostumbrados por el peso de los valores democráticos (y tal vez más lejanamente: cristianos), a considerar de forma espontánea la mayor comunicación como un bien absoluto y la escritura como una adquisición progresista”.⁵⁷ Es posible pensar a la ficción como un discurso ilegible, en el sentido de *donar* una promesa incumplida, pues el curso de la creación representa códigos sutiles por lo indescifrables, por lo complejos, invisibles, además de traer siempre una lectura a la vez que, desproporcionada e inestable, es una lectura desmedida, inoportuna e infiel. Esta expresión no implica la aberración del artista: “son más bien las manifestaciones del reverso —del infierno— de la escritura (la verdad está en el reverso).”⁵⁸ Jacques Derrida agrega:

Cuando escribo lastimo, se arruina la singularidad del otro, niego la unicidad del otro, la escritura es una traición. Un “nosotros” hecho de interrupciones, la posibilidad de comunicación entre dos singularidades es que también sea posible el hecho de que la interrupción siga existiendo. Distancia infinita. *Multiplidad de voces es también invocación de fantasmas*.⁵⁹

En este momento, se puede pensar la escena de lo posible en la proliferación del sentido de una lengua abierta. ¿Dónde se la encuentra? ¿Cuál es el *topos* de esa apertura? Para Gilles Deleuze, la propuesta del acceso al libro, es un riesgo ilimitado, pues lanza al espacio de la multiplicación, movimiento huracanado indiferente por los condicionamientos de las interpretaciones, y enfático problematizador de una creación singular: “Ser como un extranjero en su propia lengua”⁶⁰, transmutar de tal forma *la palabra*, que lograse un vínculo ajeno consigo misma.

En esa distancia de significaciones que toman vuelo, la creación es un devenir polimorfo. La errancia es un relato transformado en cuerpo poético que, al mofarse de su lírica, acrecienta una simultaneidad prosaica. Coexistencia prosa-poesía. En esta orilla, se encuentran los enunciados locos y la perpetua caminata; la ilegibilidad del don que se revela imparabable es, ahora, el núcleo fragmentado de la creación, sin pies ni manos, la cabeza en los cabellos. Se desliza lo que se crea (¡al crear!) en el vientre del devenir: “Los devenires son lo más imperceptible, son actos que solo pueden estar contenidos en una vida y que sólo pueden ser expresados en un estilo”⁶¹, ruta de acontecimiento puro, impalpable e invisible en el borroso *ahora*: “La paradoja de este puro devenir, con su capacidad de esquivar el presente, es la identidad infinita: identidad infinita de los dos

⁵⁷ Barthes, *Variaciones...*, *Op. cit.*, p. 91.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 92.

⁵⁹ Safaa Fathy (dir.). Documental: *Por otra parte, Jacques Derrida* [en línea].

⁶⁰ Deleuze, *Diálogos*, *Op. cit.*, p. 8.

⁶¹ *Ibid.*, p. 7.

sentidos a la vez, del futuro y del pasado, de la víspera y el día siguiente, de lo más y lo menos, de lo excesivo y lo insuficiente, de lo activo y lo pasivo”.⁶²

A través de Deleuze es posible observar que, a la manera de un espíritu, la obra de arte debe, con sus sentidos propios y ajenos (a la vez), buscar la alternativa alquímica de *conservación*⁶³, diferente de una concepción química de duración. *El arte conserva*, un gesto, un arreglo, una atmósfera; es un todo aislado que se filtra a través de uniones intangibles, nuevamente fundidas en la brevedad chirriante de una sensación, o mejor *de un bloque de sensaciones*. El acto creativo plantea el reto de desnudar al ser humano de sí mismo y utilizar, a partir de una libertad del pensamiento, un devenir-escritura paradójico: pureza-impureza, certeza-perfidia, afuera-adentro, todo esto en una aparición que no solo busca salidas, sino que las inventa y evita su desciframiento para saberse él mismo: secreto y fuga, creación esotérica. Esta obra de *sensación* permite vibraciones, abrazos, divisiones, al modo en que Artaud define su *teatro de la crueldad*:

Un espectáculo que no tema perderse en la exploración de nuestra sensibilidad nerviosa con ritmos, sonidos, palabras, resonancias, y baluceos, con una calidad y unas sorprendentes aleaciones nacidas de una técnica que no debe divulgarse⁶⁴.

Energías extrañas que provienen de una lengua que es, a la vez, todas. El escritor se convierte en una multitud que lo habita y lo deshabita en un juego territorial; su forma promulga una lengua inédita, constitución invisible e impalpable que se conserva. A la manera en que Zaratustra danza con los animales, el creador se convierte también en obra y es mucho más que educador, es una transvaloración, con la máscara musical que brota de su errancia. Escritores que vuelan ilegibles, sobre nidos perennes abundantes de sentido; allí la palabra se desintegra en la inconmensurabilidad kinésica: lectura que violenta, hierde, huele, quema: “Haced como el viento cuando se precipita fuera de sus cuevas en la montaña; quiere bailar al son que el mismo toca y los mares se estremecen, y brincan bajo sus pisadas”⁶⁵. Creaciones desmedidas, lejos de toda jerarquía o enunciación de poder; textos energéticos al ritmo de sus ficciones.

En este complejo de pensadores alrededor de la creación literaria, es pertinente citar a Maurice Blanchot que, en *El libro por venir*, dirá que:

Lo que obtengo a través de la ficción, lo tengo pero a condición de serlo, y el ser por medio del cual me aproximo a ello es lo que me aparta de mí y de cualquier ser, del mismo modo que hace del lenguaje no lo que habla, sino lo que es, el lenguaje convertido en la profundidad inoperante del ser, el lugar en el que el nombre se hace ser, pero no significa ni desvela⁶⁶.

⁶² Gilles Deleuze. Del puro devenir, en: *Lógica del sentido*. Medellín: El bote de vela, (s.f.), p. 11.

⁶³ Gilles Deleuze. Percepto, afecto y concepto, en: *¿Qué es la filosofía?* Barcelona: Anagrama, 1993, p. 164.

⁶⁴ Antonin Artaud. *El teatro y su doble*. Barcelona: Edhasa, 2001, p. 98.

⁶⁵ Friedrich Nietzsche. Del vencimiento de sí mismo, en: *Así hablaba Zaratustra*. Bogotá: Panamericana, 1990, p. 313.

⁶⁶ Maurice Blanchot. *El libro por venir*. Madrid: Trotta, 2005, p. 245.

Entonces, se entendería un juego discontinuo en el que la aproximación apartada del individuo permite la *profundidad inoperante del ser del lenguaje*, el vacío incomprensible, imperceptible. Allí, el ser humano deja de significar individuo para convertirse solo en un catalizador interrumpido que va y viene; sus sentidos hacen del centro personal un cúmulo de borrones eclipsados, desapropiados de la voz, para, en su conversión, ser la nada en el borde del todo (la literatura). Seducción por la ausencia; el vacío se abre a la obra y a su donación de sentido(s).

Ese “yo” limitado que escribe es un ente evaporado que, a partir de esa limitación a la letra, se ilimita, en cuanto encuentra en el punto del desapego de la obra —que sucede a cada nada—, el profundo espacio de la destrucción de un sentido y su infinitud. Así, el despliegue del evento que implica un acto de escritura, necesaria y no causalmente, se presenta desde una *di(e)stancia* viajera que oscila entre la caída de la pluma que *escribe* (tecla que digita) y la caída del tacto lector (mirada selvática) *vi(y)endo*. Esta distancia, que (no) muere, posibilita una extrañeza perpetua frente al cuerpo del que escribe, consigo mismo y frente al cuerpo del otro, que se transforma en testigo, espectador, víctima; asesino.

Escribir es, quizás, no-escribir, reescribiendo —borrar (escribiendo por encima) lo que aún no está escrito y que la reescritura no sólo recobra, sino que restaura sosegadamente recobrándolo, obligando a pensar que había algo antes, una primera versión (rodeo) o, peor aún, un texto de origen y lanzándonos, así, en el proceso de la ilusión del desciframiento infinito.⁶⁷

Interludio de silencios, *errancias* es un acto de escritura que, en su posible alteridad, juega con su desaparición y ausencia.

Los relatos *errantes* no promulgan, encarnan y son imagen de su (no) esencia sin rostro, de un cuerpo fractal, libre en cada vestigio que lo construye.

⁶⁷ Maurice Blanchot. *El paso (no) más allá*. Barcelona: Paidós, 1994, p. 77.

BIBLIOGRAFÍA

- ARTAUD, Antonin. *El teatro y su doble*. Barcelona: Edhasa, 2001. 162 p.
- BARTHES, Roland. *Variaciones sobre la escritura*. Barcelona: Paidós, 2002. 193 p.
- BLANCHOT, Maurice. *El libro por venir*. Madrid: Trotta, 2005. 301 p.
- _____. *El paso (no) más allá*. Barcelona: Paidós, 1994. 168 p.
- CORAZZA, Sandra Mara. *Para pesquisar um currículo-nômade: múltiplos nomes em 51 fragmentos y XXV critérios de avaliação*. Conferencia Especialización en pedagogía de la creatividad, Facultad de Artes. Universidad de Nariño, San Juan de Pasto, Colombia, 24 de abril de 2009. Versión Gonzalo Jiménez Mahecha. 36 p. (Material en CD-Rom).
- _____. Canto al escritor, en: *Los Cantos de Fouror: Escritura en Filosofía-Educación*. Versión Gonzalo Jiménez Mahecha. Porto Alegre: Sulina, 2008.
- DELEUZE, Gilles. *¿Qué es la filosofía?* Barcelona: Anagrama, 1993. 221 p.
- _____. *Diálogos*. Valencia: Pre-textos, 1997. 167 p.
- _____. *Lógica del sentido*. Medellín: El bote de vela (...). 430 p.
- DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix. *Mil mesetas*. Valencia: Pre-textos, 2002. 525 p.
- DERRIDA, Jacques. *La universidad sin condición*. Madrid: Trotta, 2002. 77 p.
- DUCHESNE-WINTER, Juan. El mundo será Tlön, en: *Ciudadano insano*. San Juan, Puerto Rico: Ediciones Callejón, 2001. 23 p.
- DUSSEL, Enrique. *Introducción a la filosofía de la liberación*. Bogotá: Nueva América, 1991. 221 p.
- FOUCAULT, Michel. *El pensamiento del afuera*. Valencia: Luis Santángel, 1993. 83 p.
- JODOROWSKY, Alejandro. *La vía del tarot*. Bogotá: Siruela, 2010. 611 p.
- KRISTEVA, Julia. *Semiótica 2*. Madrid: Fundamentos, 1981.
- LARROSA, Jorge. *La locura en el lenguaje de Foucault*, en: *La experiencia de la lectura*, Barcelona: Laertes, 1998. 494 p.
- LEZAMA LIMA, José. *Esfera imagen*. Barcelona: Tusquets, 1970. 79 p.
- LYOTARD, Jean-François. *La posmodernidad (explicada a los niños)*. Barcelona: Gedisa, 1987. 123 p.
- MARION, Jean-Luc. *El fenómeno erótico*. Buenos Aires: El cuenco de plata, 2005. 256 p.
- MAYORAL, José Antonio. *Pragmática de la comunicación literaria*. Madrid: Arco, 1987. 222 p.
- MUKAROVSKY, Jan. *Signo, función y valor*. Bogotá: Plaza & Janés, 2000. 502 p.

NANCY, Jean-Luc. Lo que, de una escritura, es para leer, en: *Corpus*. Madrid: Arena Libros, 2003. 111 p.

NIETZSCHE, Friedrich. Así hablaba Zaratustra. Bogotá: Editorial Panamericana, 1990. 346 p.

_____. *El origen de la tragedia*. Madrid: Espasa Calpe, 2007. 178 p.

_____. *Segunda consideración intempestiva*. Buenos aires: Libros del Zorzal, 2006. 160 p.

OHMANN, Richard. El habla, la literatura y el espacio que media entre ambas, en: José Antonio Mayoral. *Pragmática de la comunicación literaria*. Madrid: Arco, 1987.

RANCIÈRE, Jacques. *El maestro ignorante*. Barcelona: Laertes, 2003. 76 p.

NETGRAFÍA

Documental: *Por otra parte, Jaques Derrida*. En línea: <https://www.youtube.com/watch?v=2dFM1OO315k>

EAGLETON, Terry. *Una introducción a la teoría literaria*. [Buenos Aires: FCE, 1998]. Disponible en: https://docs.google.com/document/d/11E4BJ3yoE7K3vPAvod5qLVn1Zb84iE0--ov032TqwEw/edit?hl=en_US

GENETTE, Gérard. *El discurso del relato. Ensayo de método (orden, duración, frecuencia, modo)*, en: *Figuras III*. [París: Éditions du Seuil, 1972]. Trad. Narciso Costa Ros. Disponible en: <https://cortazarygenette.files.wordpress.com/2010/06/discurso-del-relato.pdf>

JURADO, Fabio. Investigación y escritura en el quehacer de los maestros. Disponible en: http://www.pedagogica.edu.co/storage/ps/articulos/pedysab06_05arti.pdf

LERÍN, Francisco. *¿A qué sabe tu Koan?* Disponible en: <http://www.revistadharmacom/koan5.htm>

Ley 115 de 1994 (febrero 8). Ley general de educación. 50 p. Disponible en: http://www.secretaria.senado.gov.co/senado/basedoc/ley_0115_1994.html

LERÍN, Francisco. *¿A qué sabe tu koán?* [Revista Dharma, No. 5]. Disponible en: <http://www.revistadharmacom/koan5.htm>

PÉREZ ABRIL, Mauricio. *Lengua Castellana. Lineamientos curriculares*. [Bogotá: MEN/Magisterio, 1998]. Disponible en: http://www.mineducacion.gov.co/1621/articles-339975_recurso_6.pdf

PIGLIA, Ricardo. *¿Qué es un lector?* Disponible en: <http://escrituracreativa08.blogspot.com/search/label/TEXTOS%20TE%20C3%93RCOS-%20C2%BFQu%C3%A9%20es%20un%20lector%3F>

RICOEUR, Paul. La vida: un relato en busca de narrador. [Ágora. Papeles de Filosofía, 2006, 25/2, p. 9-22]. Disponible en: <https://minerva.usc.es/bitstream/10347/1316/1/Ricoeur.pdf>

FATHY, Safaa (dir.). Documental: *Por otra parte, Jacques Derrida*. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=2dFM1OO315k>

ERRANCIAS

(DIS)LOCACIONES

I

El camino parecía que suponía suaves piedras, que hacían caso omiso del porvenir de la dificultad. Todo era un furor hospitalario en lo triste de las rosas que, de vez en cuando, aparecían en el trayecto arrugado de una colonia enferma o una llanura implume. El espacio era tan breve que no se contenía en bellos intermedios, sino horriblos como las fosas extraordinarias de las mentes inocuas. A veces, todo el terreno parecía que creciera y el delirio de que gozaban acometía al suponerlos infelices, estos dos sujetos amantes que se interponen como el día y la noche, que hacen de su tiempo el más verboso, el deseo en cadencia que el otro abandona, pero estar lejos, separados en tal caso, sin mirarse las caras ni los cuerpos bañados en cristalino sudor, cuando ambos solicitan una urgencia más que carnal: abismal.

Caminan los personajes vestidos de túnicas férreas. Allí puede perderse cada quien en donde sea, puede hasta encontrarse amamantando a animales de otro tiempo o a bestias de un sueño ajeno. Así caminan vestidos en multicolor y blanco espeso, casi gris, casi lluvioso, lleno de un goteo cromático que enferma. De pronto, encuentran una roca que llora lágrimas como de tonalidades musicales, hace eco de nombres inencontrables a los oídos de los sujetos, nombres como Kuhn, Comte o Dios.

— ¡Ya no llores!, —le dice Roxanne a la roca, en medio de lo que parece ser su manta, que le cubre el rostro—, mira que este paisaje es de rocas reales y ficticias, no tienes por qué llorar lágrimas repulsivas de leche ardiente, ni confundirlas con la musicalidad de la tarde que a veces se regocija con la noche. Mejor yérguete y sigue rodando, que para eso estás ahí. —Sin responder, la roca se agacha y rueda. Ahora el paisaje redonda en ecos de voces lastimeras imposibles de soportar, así que los viajeros sacan de sus morrales dos bolsitas de agua y las ubican detrás de sus tobillos, hacen una oración por la misticidad del alce y luego beben el agua rápido mientras el eco va desapareciendo como si no existiera. Todo el ruido se ha ido. El viaje continúa.

— ¿Por qué caer en los pedazos de rostros mojados, que las anteriores personas dejaron en el paso? —preguntó.

— Pues es muy fácil, —respondió Edgar—, porque no podemos evitarlos como los moscos evitan la muerte; apenas podemos resucitar en las formas que los otros nos han dejado y, por tanto, no solamente nos sucedemos, sino a muchos, y esto suele parecer una nada sabia responsabilidad; creo que hace parte de la ingratitud del hecho de no conocernos mientras aborrecemos el día. Al no conocernos, somos otros. Y sabes más que nadie que siempre es imposible conocerse, así como es imposible afirmar tu estadía frente a mí.

— ¿Cómo así?, —dijo Roxanne, que dio un salto despavorido y húmedo—. ¿Es decir, que no nos encontramos tal y como parece que nos vemos y sentimos?

— Claro; ¿no lo habías pensado?, —le dice Edgar, que se afirma como la autoridad incubada en el camino—. ¿No te has dado cuenta de que las piedras pueden ser todas yo, o todas tú?

— Pues, no lo había contemplado así; siempre me miré mujer, y lo más raro de la historia parecían los trajes, pero...

— Pero... pero jamás pensaste que yo no era yo, ¿verdad?

— Algo así. Mejor olvídate de lo que dije y caminemos, que falta mucho.

Sin embargo, se refugiaron para esperar la noche en el vórtice de un abismo deslucido. Toda esa jornada pensaron en que los tragara el viento y amanecer en una (di)m(e)an(c)si3n nocturna, bañados tal vez por el plástico rocío de gotas ácidas, o acalorados por la lentitud de un reloj suicida. Cualquiera cosa con ese viento que desplomaba gentes e ideas; sin embargo, despertaron en el mismo lugar y con pocas sorpresas. El día se vislumbraba un poco seco, por lo que decidieron humectarse el sexo con saliva de sus manos, pues creían que tal contacto los ayudaría a mantenerse hidratados y vivos.

— ¡Ah!!! ¡Ah!!! ¡Ah!!!, —exclamaba Roxanne mientras Edgar acariciaba su sexo de jengibre dulce y le hacía sentir que todas las aves del mundo estaban en su vientre, prestas a no parir mariposas que picotearan los residuos de piel interna.

El falo de Edgar era normal, pero también era sacro, muy aparte de su condición dependiente de él; cuando lo sacó, Roxanne gimió con más fuerza y provocó el despliegue de un enjambre de abejas que estaba arriba suyo. Los dos se asustaron, pero las abejas danzaron en un océano mórbido que los dejó solos. Todas las piedras oyeron y grabaron los chillidos de la pareja hipnotizante. Al seguir, supieron que los bañaba un magma, creación que les exigió una serenidad plausible que los estremeció y les carcomió tres sesos.

Todas las beatitudes se forzaban a desaparecer de sus mantas exiguas, nada podía desvelarse de las vertientes que los ecos provocaban en los minerales de las alas silvestres. El tiempo parecía que cojera, y esa sensación los llenaba de un alivio extraño depositado en vanos deseos de dar salida a la caricia y al pellejo muerto. Su camino, después del elogio a la carne, tomaba otros colores y otras predaciones. Por ejemplo, Roxanne empezó a sentir cariño por los soles que escupían las flores a medio día, y Edgar a fusionar sus manos para alabar a los dioses extraterrestres del fondo animal que lo habitaba:

—Parecemos de una resequedad lunar, Roxanne; me siento como si hubieras enfriado todos los deseos por conocer a todas las mujeres de este océano llamado mundo; todas las mujeres están en ti, todos los animales están en ti, todas las bestias que salen de las manoplas inmaculadas de las montañas están en ti. ¡Qué bueno es recorrer esta delicia de caminos con la exquisita y frontal suerte de tus pasos que amanecen en mi piel! De pronto, de la nada, puedes sorprenderme con un beso de atmósferas ultradimensionales para saberme humano, dispuesto al roce y a la nueva forma de verter en ti caminos y montañas, y todas las mesetas más amorfas del mundo llamado océano. Esta inmensidad, estas aguas, son todas tuyas en la procreación de los seres que te habitan. Todos los espíritus se encuentran en tu cabeza, todas las lenguas en tu boca, por eso tu beso es babilónico. Llegaremos para engendrar tus espíritus. Esta no es la cosmo-locación.

Roxanne siempre caminaba con los recuerdos sobre el hombro. Decía que es el mejor lugar para olvidar las cosas. Cuando se sentía fatigada por la desolación del sendero, se remontaba a las futuras delicias que encontraría en ese mundo sin mundo, en esa desfachatez que buscaban hacía ya tres años sacramentales; podían, a veces, lucir de las mejores maneras, podía a veces ella confundirlo y hacerle pensar que no comprendía sus ideas, pero la *verdad* del caso era que sus pasos traían vaticinios, y sabían anunciar que

si tal vez encontraran acontecimientos que devorar, habría, de hecho, causas que evitarían que los presenciaran. Sus cuerpos podrían desfallecer si encontraran, por ejemplo, cristos y gente arrodillada, o animales crucificados o universos reales. Con lo sensible que solía ser Edgar, Roxanne parecía que quisiera calmarlo y llevar las dosificaciones lingüísticas únicamente al nivel de sus apariciones (al nivel de las ficciones). Y así, en ese desmedido afán de llegar al fin, caminaban con paso lento y sereno por las oscilaciones del terreno. Si querían, la vida podía caminar, pero querían instalarse en calmo sitio para aprovechar las disyuntivas de la elocuencia cromática de las aureolas; establecerse para generar impávidas fumarolas de seres disueltos, numerosos trucos que los distinguieran como hacedores, donadores y matadores. Siempre un dúo sónico de hipertrofiados que se evanescen sin el tiempo. Establecerse, para ellos, era el estupor profano de maldecir el no-cambio. Ellos querían (pro)*crear*. No ser padres, ellos querían *parir*. Buscar el sitio era buscar la vida y, al mismo tiempo, *la muerte*, el abandono de sí mismos.

II

Un solo paso puede ser ya un eterno viaje; un canto, un aéreo viaje; un trino, un viaje en tren; un sueño, un ultra-viaje. Un eco, remembrante viaje; un signo, *ocularis viatge*. Viajes, viajes, viajes. Un viaje en bote: *un beso*.

La torpeza y el miedo moraban en ellos cuando el contacto con el agua surgía; una gota era incandescencia, siempre fuera del dominio de la conciencia; la humedad era hermosa en la madrugada del día espeso, pero fatalmente concebida en los instantes de ocio u obligación. ¿Cómo caracterizar el viaje? ¿Es una obligación o un ocio? Llegaron con el peso estruendoso de sus cuerpos hasta una vasta chorrera que, según los recuerdos, no existía y, además, era condición del camino a seguir. Roxanne comprendió que el devenir se hacía presente en esta performática visual; no todo el ocaso de la vida puede terminar en muerte; al contrario, vive de nuevo a través de miles de muertes, miles de formas; cinco rubíes, que flotaban sobre sus cabezas, batían las alas y sugerían que la chorrera y el largo río, que la hacía persistir, debían cruzarse a pie.

— Caminemos, Edgar. Al fin, ¿qué tienen mis manos, sino humedad después de tocar tus suspiros? Verás cómo el terror a esta diosa mojada se nos pasa, verás cómo el temor a los chorros en nuestras piernas y pechos se va humedeciendo y terminaremos como sujetos suicidas de líquidos ancestrales y posconcebidos. Por primera vez no seremos efervescentes; nuestras latitudes se anclarán a la suerte de los flujos libidinales del río.

En una espera que no retardó, Edgar hizo de sus piernas el deseo montañoso de Roxanne, al saber escalar la heteroplastia del agua y oscurecer su fobia a dulces pirañas y delfines azules. La presta *atención* dada al círculo atmosférico de las delicias líquidas se centró en diluvios impercederos en el espíritu mitológico de Roxanne. Se borrarían de sus costados las ocasiones en que las sombras verbosas del hombre llegaban hasta los límites sonámbulos del dolor: ella, sin auxilios celestes, él sin auxilios terrestres; los dos nada, rescatados por la nada. Pero, ahora, la dimensión cambiaba en un giro equinoccial, el encuentro de sus rostros no daba a otro lugar sino a ellos mismos y sólo entonces habían comprendido el calor de lo ajeno y la amplitud de la poli-esencia. Por eso, andadura, no se sabe si en contra o a favor del agua, les hacía hervir la sangre incolora de sus arterias; era el río el mismo andar, era el asesinato del vértigo y la tecnología del paso la que emprendía una circunferencia sin retorno, como una pluridesconstrucción de sus seres

antepasados en el desierto de los odios y de las verdades: el cariño de Roxanne hacia Edgar crecía con la sobrecarga acuática de los pasos en la plataforma fluvial de los contra-destinos o hiper-destinos. Caminar sin nado, como los peces en el aire, ¡qué alentadora experiencia para los espíritus removidos de tierra y leche humana! El universo los seguía en detalle en una constelación impar, desdoblada en unas cuantas hojas que jugueteaban en la orilla del río; podía perderse de la vista de todos, menos de los ojos menguados y en celo de las hojas caídas, cada menosprecio de un tiempo agudo que disuena, implica la desaparición de dóxicas armonías, entonces debían concentrarse en todo, incluso en los silbidos de un espacio desespaciado, hecho para los amantes del camino y de búsquedas mitológicas como esta.

Al finalizar la marcha del río — que no es fin y es segmento —, las últimas hojas del borde reparaban en la reubicación de sus sendas improvisadas. Caminaban en son de ventisca, galopadas hacia el vientre del mundo, sopladas por un ruido herido de putrefacciones diminutas. Entonces, el día se puso como verde, amalgamado en los tiempos pequeñísimos de la luz que desaparece; un día que comienza en su descenso, inauguralmente gris: estropeado, acuoso; los seres y personajes vestidos de túnicas escamosas.

Cada ferviente paso sobre la implosión de Neptuno, en la noche que los dos tienen, los deshace, como si les dijera: el agua es un ácido que desfallece, un tartamudeo atrofiado de sus retos de habitancias y feroces proyectos de génesis. Desinstalaciones de sus protuberancias nómades se veían a cada nada, a quienes acudían en tiempos difíciles, como el consejo del *padre monte* o la palabra de la *madre máquina* ya no eran posibles, pues el primero pensaba en cualquier lugar para dar origen, cualquier vestigio de tierra, agua o sitio leñoso; decía que se podía, si se quiere, *generar* en el aire, y las bestialidades nacerían con narices volátiles para respirar sin daño cualquier cosa, incluso el agua, incluso el miedo.

Respecto a la segunda, *la madre máquina*, sufría en demasía de mutaciones — más que las del padre monte —, y señalaba en extremo que el lugar debía hallarse para brotar el germen de la delicia contra-orgánica, pues todo en superabundancia provocaba indigestión y, por lo tanto, algo artificial debía fundarse en la amplitud del césped y la tierra.

Edgar y Roxanne escapaban a estas indeterminaciones, se mantenían en la búsqueda astro-terrestre y prometían de nuevo las poli/andezas después de la desesperada pintura sin rostro de los eco/genes.

III

La vida es una vaca hermafrodita que muge y preña; camina sin constancia veraz, resulta un emparedado anima-vegetal, bebida lactosa con negrura ensimismada. Cuando Edgar la mira y la acaricia, sabe que puede montar la vía láctea y ser monarca sin corona. Ese líquido de color ceguera, después de salir de la vida (la vaca), regala vida, y resbala por los esófagos secos de los caminantes. Roxanne sabe que, si encuentran el lugar, tendrá de ese líquido saliendo por su pecho de lienzo, fondo quieto y apocalíptico que ha servido para la pintura seminal de Edgar. Se imagina que da alimento a la multitud de seres que parece que vivieran en sus adentros, imagina sus bocas fundadas y preparadas: los dientes en forma de araña roja, los ojos como lenguas y ortigas, los labios cuevas nocturnas y todo el acontecimiento en esas grietas: *la palabra, el vómito y el beso*. No se arrepiente de

caminar en busca de su creación; al contrario, camina con entusiasmo equino de águila y respira con fosas félicas sin vergüenza.

Pero las tardes pasan y una comezón de inexistencia empieza a roer sus piernas, nuevamente voces lastimeras que prescinden de las bolsitas de agua y las oraciones al alce. El vagar parece haberse infiltrado en el reloj y en los espacios; todos los seres viajan, los lugares abordan seres insospechados y huyen del bautismo del lugar; tal vez, caminaban en círculos o, más bien, en círculo, montados sobre una gigantesca masa de tiempo sin y con retorno: la esfera del tiempo encarnaba el suelo para encerrarlos en la sugerencia de la posibilidad y lo relativo, idea que aparecía como una ocurrencia en los pensamientos de Edgar; así que lo mejor era avanzar aunque se recorriera la misma nube o se sintiera la misma silla.

En un sueño, Roxanne encontró proyecciones de cuasi respuestas; miraba sobre la luna un enorme escuadrón de sujetos que bebían de la multitud de senos estelares; cada quien esbozaba un rostro disperso convertido en estrella mitigada y de luz; sobre los pies, se abrochaban llantas en forma de alas ligeras que desbordaban humeantes olas de colores insostenibles; vio cómo los rostros eran estrellas desemparentadas con lo fugaz, asumidas como rostros disparejos vertidos en la destrucción del supraespacio. La luna navegaba en oscuridades creadas y asesinadas; nada se sostenía por más de un segundo y los mamíferos que entonces mamaban algún líquido se soportaban con manos de dedos sin huesos, de sonrisas sin labios y miradas sin ojos. Despertó a Edgar, que leía las hojas que el árbol había dejado caer sobre sus cabellos de hombre herido, que le contaban el destino desprovisto de destino de los que paren en el sueño. En esa finitud sin fondo... comprendieron.

Incontable y desmedido, sin segunderos o redes, el tiempo difuminado encarnaba las hidrataciones de los pasajeros y, con una caricia más que sagrada y enemiga, engendraba los alardes propicios de cuando se presienten tempestades o se avistan sosiegos: ¡el fluorescente humor opaco de los muertos que nacen con la danza hirviente de las algas!, ¡la cegadora oscuridad movible de los lagos y la música de los alfileres!, ¡la voz deshecha del ave que nombra a los dioses que mueren mientras copulan!, ¡la creación, la creación! En ese orden marchito y asonante de incompreensión, dado por el magnífico hecho de la existencia arcana, supieron que la beldad del origen procuraba toda su eliminación y acertaba, con acto sublime, la despedida de los lugares-territorios. En gritos milimétricos pero fantasmales, Roxanne sacudía sin perfección la multitud de seres que salían de sus entrañas; cada esencia hecha carne era más pequeña que una gota de sudor. Los genes nacientes medían menos que una luna de uña infantil y fluían desnudos por el cuerpo desnudo de Roxanne; era de noche y podía verse la luz de nuevos espectros dentro de los cuerpos diminutos, que tenían colores invisibles y cada flujo no resultaba ni de un impulso ni de una enseñanza, sino del mismo evento de la existencia. Edgar los miraba, desposeído del habla y embriagado con la fluidez de los saltos animales que se formaban en el vientre y la espalda de Roxanne; podía contar al menos una infinitud de creaciones (no de hijos) que galopaban en sus almas nuevas; no se atrevería a contarlos con nombres o con números, pues eso era asunto del caos. Mientras la sombra de un rostro visto se adelantaba en espera de una respuesta ocular en la visión endémica de ella, iba apareciendo, en sus cerebros mutilados, la carrocería de los saberes viejos, por ocultos.

El lugar para *crear* estaba en *ellos*, el olvido de sí mismos se encontraba en la pared interna de sus pieles. Las creaciones —que en su devenir dejan de serlo— los caminarían hasta el

abandono y, entonces, el lugar siempre sería un espacio desespaciado. En la continuación de ese *sentido*, desentonaban lágrimas en forma de peces que ya empezaban a nadar por sus cuerpos, el de ella radiante al sentirse charco y montaña, abismo y planicie; él de él oculto como los desiertos, pluri-azul y retumbante como los mares.

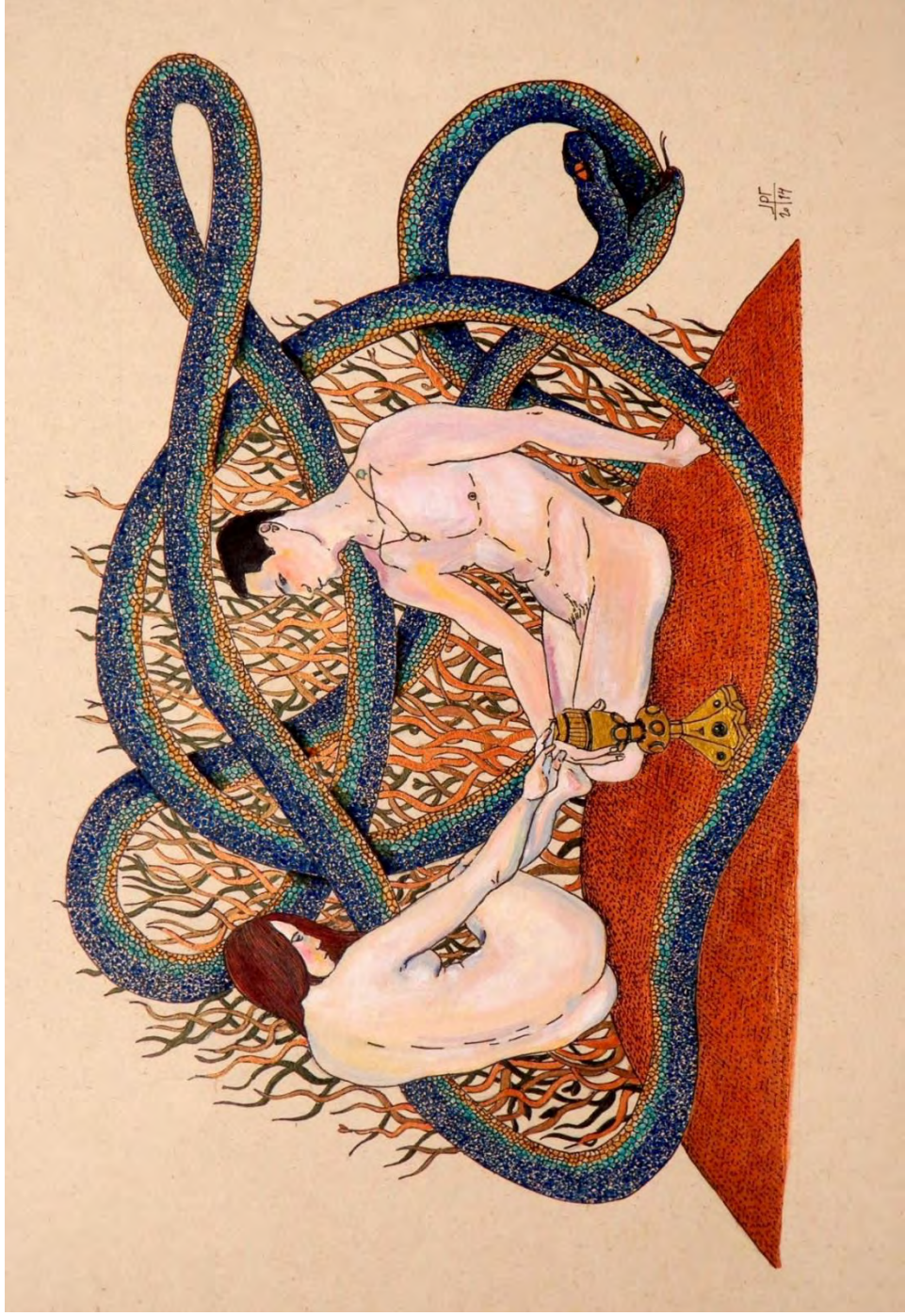


Figura 1. Ilustrador: ©Jose P. Tello.

HELLEN ES HELLENS

Las formas en que llegó esta historia a mi conocimiento fueron muchas y distintas. De hecho, ellas mismas sustentan la idea del relato, pero me limitaré a explicar mis conjeturas, después de un examen, casi detallado y concienzudo, de las evidentes coincidencias que trajeron el núcleo imprescindible de la historia. Era yo, por tales tiempos, un hombre sin grandes ocupaciones que, mantenido por el consentimiento de mis padres, vivía en una residencia en el centro de la ciudad; el lugar era cómodo y desprovisto de comodidades extravagantes o innecesarias. Yo escribía, de manera inconforme, una literatura vendible, para revistas nada importantes; un hombre frustrado, sin sueldo, que sobrevivía a la par de miles de hombres en el mundo. Así fue como, al revisar la publicación de mi mala historia en la última edición del mes, encontré un breve poema que servía de epígrafe a una breve nota en la sección de noticias. El poema decía así:

*Todo el humano, el uno, el vario
Una dotación informe de creces
Un poro y una fosa, un tiempo y todos
La carne en los espejos, es la sombra que se extiende
Muchos y uno, el humano
Todo el humano, el uno, el vario.*

No se precisaba el autor del texto, pero la nota la escribía José Verás, sujeto que empezaba la dura labor de escritor frustrado. En ella, se hablaba sobre la extrañeza ante las repetidas apariciones de un sujeto en el estacionamiento de un edificio comercial; aparentemente, según la tecnología de las cámaras, el hombre aparecía al menos unas treinta veces en distintísimos días de la misma manera, con los mismos gestos, el mismo semblante, el mismo estilo (no era igual la vestimenta), el mismo recorrido, la misma calvicie, pero, sencillamente, no era el mismo. No lo era, pues cada tienda recordaba haberlo tratado con diferentes identidades, que, de hecho, se corroboraron con las artimañas de la policía. Era, al parecer, un raro caso de semejanza inusitada que, según los antropólogos, suele presentarse en diferentes generaciones con tiempos indefinidos. Se reunió a los hombres protagonistas del caso y se concluyó que se apresuraron y fueron misteriosos al provocar tales extrañezas en el público, sin antes haber corroborado y comprobado con expertos, pues el que había caído en cuenta de tal cosa había sido el celador, que no veía a las personas reales, sino a través de la pantalla televisiva. Uno de los periodistas preguntó, sin obtener respuesta: ¿Cuáles son las personas reales? Me pareció, casi en seguida, que debía conocer a José Verás y que, tal vez, aunque no era yo hombre de misterios, podía ayudar a buscar otras alternativas.

Al apropiarme de algunas de las cosas que lo hacían existente, fui llegando hasta su residencia; un lugar nada fuera de lo común, muy similar a cientos de casas que se ven cuando se llega a una ciudad o a un pueblo nuevo; su hogar, en especial, tenía la apariencia de una casa singular, prototipo de los dibujos infantiles. Abrió la puerta, sin dejar que golpeará muchas veces; al conocerlo, me pareció de inmediato que lo había visto antes,

ya hace mucho, en alguno de mis pasatiempos en la Biblioteca municipal, pero creí insultante decirle que su rostro me era familiar; por lo tanto, asumí el encuentro como uno de los eventos más llenos de concreción y profesionalismo. Me dijo que la nota de la revista se movía en el límite de lo real y lo ficcional, sin la presión de considerarse literatura o ciencia, y que algunas de las cosas que dijo podían ser mentira, pero no las recordaba. Añadió, casi sin interés, que ahora buscaba alrededor de tales imágenes la especulación (mas no la resolución) sobre una nueva historia en remotísimos lugares del país, el continente y tal vez del mundo.

— No es una historia, —me dijo, como todos los otros—, son muchas; el problema será reunir las y contarlas como si fueran una. —Sin quererlo, Verás abrió el paradigma de mis días: escribió el problema que no quiero resolver.

El eventual hecho de encontrarme escribiendo esta historia ya me provoca escalofríos, pero haré, con la prontitud de mis manos, la ubicación acertada de las palabras, para no introducir confusión o discordia.

El 11 de agosto de 1988, en la Plaza de la Independencia de la ciudad capital Quito, en Ecuador, un hombre, llamado Ramiro Reveti Reveti, se detuvo en una de las bancas a contemplar el cielo y las gentes que pasaban. Sintió, de pronto, como dicen se siente al ser ya un hombre de edad, las ganas inmensas de entablar conversación con cualquier ente, ya fuese una paloma, un humano o un fantasma. Decían que a Ramiro, en su juventud, lo atrajeron ciencias ocultas, que su tía Esther practicaba sola en la huerta de una casa vieja. Esa mañana, al verse ya en tales enredos verbosos, decidió crear la presencia de alguien; se le ocurrió el nombre de Eliana. Pensó, en un principio, que le era imposible crear la sombra de una y sintió vergüenza dentro de la multitud y el sol, que ya daba fuerte en sus arrugas. Sin embargo, como por reflejo, apreció en su mano izquierda el roce de una frialdad inexpresable, que le paralizó el habla; luego, con un halo de confianza, comprendió que ya había una entidad y, sin reproches, empezó a hablar del día, de los viejos tiempos y de la mala política.

Llevaba ahí unos treinta minutos con esa casi soledad cuando, al lado de su pierna derecha, sintió el verdadero golpe de un peso humano irremediable. Ramiro anuló el sonido y leyó los labios de la nueva aparición *real*:

— ¿Qué hace usted? ¿Habla solo? —De inmediato, Reveti engalanó su rostro con una mueca de sonrisa y vergüenza.

— Claro que no, señorita; sólo pensaba en voz alta, —dijo casi matando a un muerto. Ella sonrió y se presentó como Hellen Llaqta; su rostro era de una familiaridad extraña, muy caucásico; aunque redondo, tenía los rasgos más finos, de una rara exquisitez en cada gesto; los labios delgados, sin armonía con la frente, que se ampliaba a lo horizontal. De colores acanelados, Hellen rimaba con el oscuro y tosco cabello, que no caía, sino que existía a la par de sus hombros y su cuello; a sus movimientos los poseía una leve decadencia, que daba a la imaginación la triste certeza de jamás volver a verlos.

En ese encuentro —que fue el único—, Hellen compartió algunas de sus experiencias y proyectos laborales; hablaron del destino y de la oscuridad de la vejez. Ramiro consideraba de cerca las apreciaciones de la mujer joven; quería comprender esa estancia, ese interés desinteresado por un hombre viejo en el centro de la plaza: ¿qué quería?

Ella contestó que sólo deseaba hablar, pero, en especial, sugerirle que si lo que contemplaba antes de su llegada era la posibilidad de hablar con un fantasma, la olvidara por completo.

— Los fantasmas no dejan mucho para el presente, viven en *sus pasados* —sugirió, se puso de pie y agachó para darle un abrazo al viejo. Por su parte, Reveti contestó con la mayor amabilidad posible y acarició levemente su espalda. Era el mediodía, con diez minutos en su marca tiempo.

Años más tarde, antes de que lo atacara una enfermedad pulmonar, Ramiro escribió esta breve experiencia en una agenda de su nieto Iván Reveti; según él, lo hizo cuando sintió de nuevo la necesidad de crear otra vez a alguien.

La escritura es un arma fatal cuando queremos recordar experiencias; puede albergar los mayores deseos a través de viscosas entidades pintadas. Las letras entran por nuestras cuencas oculares y las inundan de pena y distancia; no son la transparencia, son esa malla cargada de peces venenosos y varados; es la misma paradoja hecha carne. Por ejemplo, y por esta línea, Pedro Tezomoc, el escritor mexicano, narraba, en su obra *Las ocasiones de la nada*, el devenir de un artista de las letras mientras veía dormir a su novia; el personaje del cuento era un sujeto que codiciaba captar la esencia pura de su mujer en el estado onírico: *escribirla mientras sueña*. Lo había intentado ya una serie de veces, pero todas se veían condenadas por la sorpresa de la vigilia. El desencanto que le provocaba tal sensación, después de verla despertar, lo había llevado al extremo de abandonar la escritura; sin embargo, en un golpe despavorido de conciencia, tomó la pluma una mañana y observó con pulcritud divina el cuerpo duro de la mujer; supo que la escritura sería, en tal instante, el vaticinio de un destino imprevisto. Una señal de entrega profana se develaba a sus manos y el dibujo de cada letra era una micro-dama infinita, que respondía a las ondulaciones de las ideas.

— ¡Ojos en los dedos! —se dijo, como si previera la escritura.

Cuando la novia abrió los ojos, yacía frente a su cama el compendio de unas cuantas hojas, escritas con algo más que su nombre, con la fina capa de tinta desdoblada de su alma. Agradeció cordialmente las maromas de su novio y lo besó con normalidad mórbida.

— Debió ser una visión; una visión de otro mundo, la de cómo te presentaste frente a mí escribir.

— No soy eso —respondía ella con serena mueca—. Déjate de giros espaciales o performáticas visiones; esa luz es apenas un corte de tu profesionalismo y creatividad; felicitaciones por eso; te amo un poco más por eso, casi pintaste las letras de mis pesadillas. Y este es el fragmento que llega al caso. Tezomoc afirma, en su cuento, que la escritura de tal texto, por parte de su personaje, se hizo el once de agosto del ochenta y ocho; era el mediodía, cuando Hellen —la novia—, rechazaba el misticismo de su obra en México.

Aunque no nos ofrece muchos detalles sobre la fisonomía de esta última dama, ya podemos observar una pequeña pero singular coincidencia. Y, sin quedarnos en este intento analógico, recurriré a otra circunstancia, con nombre propio, sucedida en el puerto de Marsella.

En el año 1988, la familia Ipse Noum (de descendencia desconocida) decidió tomar las fotografías veraniegas junto al Ródano, sujetos a la libertad desconocida de una

embarcación sucia o un pájaro entrometido; lo habían pensado ya hacía algunos años, pero las inestabilidades laborales de su patria los ataban a aplazar el viaje. Se componía por Rodolf Ipse y Katherine Noum, los padres, quienes llevaban ya una vida añeja y cansada; además, se encontraban Louis y Hellen Ipse Noum, los hijos, de edades perfectas para tener nietos. Tomaron las vestimentas, que hacía tanto preparaban y realizaron el set de fotografías familiares. Los cuadros se planteaban con el azar discreto de una familia serena, sin decoros. Casi al finalizar, se le ocurrió a Franco, el fotógrafo, que, tal vez, una toma de Hellen, con fondo de la Basílica Notre Dame, figuraría tosca y sin belleza. Sugirió, entonces, se atreviese a ubicar únicamente su rostro con la nubosidad del río y constituir, en la pictórica fotográfica, la maravilla de dos profundidades: el agua enferma y su rostro liso; lo hizo para dar gusto a sus padres, quienes confiaban en la gema artista del hombre. Después de unos días, en la observación del revelado, se fijaron en el último fotograma, donde el Ródano protagonizaba el cuadro, pues los gozos faciales de Hellen se habían borrado por completo. Franco no supo explicarlo, pero Hellen advertía ya que tal vez ocurrió un movimiento, o que las cámaras no son perfectas y suelen mimetizar ciertas imágenes primero que otras. El fotógrafo le dio el nombre de Hellen a la imagen, la expuso en el 2000, en París, con la fecha de 11 de agosto de 1988.

Al igual que muchos, recuerdo que José Verás hizo una pausa al terminar de contar esta historia. Además de recordarle a *Narda o el Verano* de Salvador Elizondo, era una de las tres historias que más le gustaban (y esto lo pensaría yo más adelante, también), pues radicaba en ese magnífico misterio de la invisibilidad, que evocaba los trucos de ilusionistas o las desapariciones forzadas de nigromantes presos condenados a muerte. Pensaba que, tal vez, la fotografía era una condena al recuerdo y a la aparición:

— La verdadera libertad es desaparecer, —me decía, al observar en su escritorio los archivos de tal investigación. Sin embargo, con el tiempo nos dábamos cuenta de que no eran historias de gran valor; el problema siempre era el nombre, el fatídico hecho de encontrar a Hellen en todos los casos. Dirán: no pueden amarrar un nombre y decirle que no aparezca en varias historias, pero existía ya otra coincidencia, en la que nos detendremos más adelante, además de una leve relación entre las diversas Hellens. Veamos, pues, el breve argumento de otros relatos que sorprendieron nuestro análisis.

Bogotá, Colombia. Once de agosto del ochenta y ocho. Una mujer, de nombre Hellen, llama a la Policía; dice que han entrado a asaltar su casa, que es enorme, a las afueras de la ciudad; no sabe qué hacer, está escondida en una habitación de huéspedes. En cuanto la ayuda llega, Hellen muere; la necropsia señala que fue a causa de un ataque de nervios. No encuentran que hubieran robado algunos elementos, todo está en orden en la casa.

Ponta Delgada, Portugal. Once de agosto del ochenta y ocho. Hellen Curling, turista canadiense, es víctima de un sueño espantoso en la parte trasera de su auto, durante la medianoche. Quienes escuchan los gritos, tratan de despertarla. Abre los ojos y se dirige a la policía; está segura de que ha sido víctima de violación, por un hombre gigante, de cabello claro y cuerpo oscuro, pero en el examen no se ha encontrado nada. Hellen es virgen; los testigos confirman que fue un sueño. Ella afirma que fue un hombre real.

Alborg, Dinamarca. Once de agosto del ochenta y ocho. Hellen Tortell da un reporte sobre la pérdida de su hija al frente de una casa construida en 1720 —lo afirma, pues estudiaba las políticas internas que hicieron posible su construcción—. Dice que un hombre salió de la edificación, tomó abusivamente a la niña y entró con rapidez. Hellen asevera que es un secuestro, pues observa cómo su hija saca su rostro por la ventana y pide ayuda. La policía, por su parte, entró cientos de veces a la casa, sin encontrar absolutamente nada; la residencia es un lugar abandonado. Hasta el fin de sus días, que fueron pocos después de esto, Hellen iba a ver desde afuera el ocaso del rostro de su hija desde la ventana. Siempre afirmó que se había producido el rapto impune de su hija por un humano.

Talca, Chile. Once de agosto del ochenta y ocho. A Hellen la sorprende la esposa de su amante, mientras paseaban por el río. Había llegado a manos de la esposa una carta en que le informaban de tal paseo. Aunque se hicieron todas las investigaciones, no se logró dar con el anónimo; sin embargo, el amante afirmó sobre la existencia de un fantasma, habitante en esas aguas.

— Eso es ridículo, —dijo Hellen, y abandonó al hombre por mostrar semejante estupidez.

Estos son apenas algunos de los casos en que es visible la mención de este nombre contemporáneo e indispuerto a traducciones. En otras apariciones —tendré que decirlo— ha sido difícil encontrar el nexo para nuestro punto, pero es evidente que de alguna forma existe, y los casos apuntados son los que llevan consigo la muestra casi pura de esta coincidencia fatal. Decir que Hellen es solamente una presencia natural en todo el mundo es casi como afirmar que, en este instante, cientos de hombres escriben sobre una historia de una mujer que se repite. Esto, en todas las medidas, es cierto, innegable de alguna forma, seguro e infinito, imposible de verificación, pero de una suposición indeterminada, pues tenemos en nuestras manos el caso de los granos de arena, incontables, infinitos y que se presentan todos al tiempo.

El señor Verás y yo nos hemos tenido que ver y contra-ver con cientos de argumentos bibliográficos para apostar y defender esta singular historia y, aunque no hemos tenido respaldos que la aseveren, estamos convencidos de que lo principal en el relato no es únicamente la repetición del nombre en casi un mismo instante. Pensamos que se debe prestar atención a la negación del elemento fantástico en todas las ocasiones. Hellen es una mujer que desecha elementos extra-mundanos, en algunas ocasiones con importancia y, en otras, despejada de interés por el hecho, pero en todas, sin excepción, se da la espalda a momentos mágicos, a Musas inspiradoras, a fantasmas y presencias entrometidas en lo real. Pareciera una nueva coincidencia sacada de donde no existe y, aunque no fue esta similitud la que nos ha atado desde el principio, es una condensación clave para este misterio. Queda menos preguntarse sobre la retórica de este personaje adverso que contrapone sus estados ilusorios; es una pena, para algunos niños, la negación de tales circunstancias, pero, a veces, según la ciencia y la ilustración, es mejor hacerlo para no caer en equívocos; alejarse de supersticiones sin forma es el mejor acceso al avance y la verdad, pero ¿qué hacemos con una fabricante de verdad que, en sí misma, aparece repartida topográfica y temporalmente por diferentes estancias?, ¿quién es esta realista que se nos presenta irreal?

Al borde de estas preguntas, en su núcleo infundado por el misterio de la mujer y los silencios que al hablar de ella se presentaban, el razonamiento era lo más infructuoso; no pensamos en las cámaras, ni en los directores del edificio comercial donde apareció el hombre repetidas veces, sino que abrazamos la vista invisible del celador. Este hombre lo había notado sin demasiado asombro, como si fuera algo del otro mundo, pero siempre acontecido sin excesivas complicaciones. El esoterismo de Hellen yacía en su poca notoriedad, casi en su desaparición espontánea del mundo. Pasar desapercibida era un juego que se pretendía en cada una, al dignificarse siempre y pasar sin sospecha por los años y los lugares, hasta el encuentro involuntario de nuestro amigo el celador y el ojo preciso de Verás. El sin límite de su transparencia se había quebrantado en estas dos ocasiones y, el hasta ahora operable ocultamiento de su nombre y su imagen, se veía borrado por nuestras múltiples observaciones a textos e iconos inciertos. Sólo tendríamos, en este caso, la infame peripecia de la contemplación y la fijación extra-mundana de un cuerpo posible por lo imposible; anidarnos en el tumulto del desespero por la sola emergencia de su coexistir indistinto. No había más qué hacer, aparte de mostrarle al mundo tales evidencias, pero ¿para qué?, ¿qué investigaciones adelantáramos para develar a esta Hellen?, ¿la estudiaría la ciencia? El secreto de esta historia sería expuesto con recelo y angustia, o tal vez con risa y jerga; pero se *mostraría* y, entonces, nuestros cadáveres de Hellen se desenterrarían para revelarla ingenuamente coincidental. Toda la prensa, al verificarla o desacertarla, siempre creaba un hueco periférico para herirla y herirnos, en un distanciamiento que no promete mismidades cronotópicas.

Tal vez por esa razón, José y yo decidimos obrar de la manera en que obró nuestra protagonista. Desechamos cada indicio y recurso que nos conducía a la historia y devolvimos ordenadamente las copias de los archivos a los lugares que nos las proporcionaron. Borrarnos la escritura del informe para la revista y desmentimos nuestras ya sonrientes conversaciones cercanas al caso. La fama se deshizo en el borde de una cima imaginaria, pues sólo en nuestras cabezas crecía el hecho de figurar como los periodistas del año, o como los descubridores del mes; nada o nadie fuera de nosotros, sabía con seguridad sobre Hellen; siempre estuvo de forma remota e invista, como una niña que se ahorra el río de la adolescencia, existir sin existir, al ser sin ser su leve apariencia. Las cosas que se borraron fueron para evitar el descubrimiento ocasional de su posible verdad, por si acaso a alguien, en un futuro, se le ocurriese hablar de este nombre, o nombrar a alguien así; sería mejor no dejar huellas y tratar sobre el camino como se encontraba antes: oscuro y oculto. A pesar de que habíamos decidido dejar todo así, me interrogué sobre la primera nota de Verás en la revista, cuando él me dijo que algunas de las cosas podían ser mentira, pero que no las recordaba; también allí está otro misterio. Trato de imaginar a José, que inventa y crea todas las pruebas para argumentar a Hellen; él solo, les da toques para que luzcan pasados, amarilla las hojas y me muestra fotografías: una ficción completa, *una dotación informe de creces*, Hellen inventada por Verás, que logra mi adentramiento en la historia y en la multiplicación. No puedo borrar esa posibilidad tampoco, pero, entonces, ¿las otras formas en que llegó esta historia hasta mí? ¿Fueron todas un complot de Verás para mi caída?, o ¿son sólo una plena coincidencia sobre la repetición? No hablo de ellas, por su pobre consistencia científica; llegaron a mí únicamente por comunicación oral.

Aunque todo quedó así de lejano, no dejo de nombrar a Reveti, a Ipse Noum, a Curling. *Muchos y uno, el humano*. Me he resignado a seguir recibiendo la asignación mensual de mis padres, por lo menos, hasta que logre borrar de mi cabeza ese nombre. Esas traducciones, que he dado a los apellidos: *la repetición, el sí mismo del nombre*, la búsqueda de un punto cero donde todo hubiera comenzado o finalizado. Todavía corre por mi pobre imaginación la figura espesa del rostro femenino, quisiera traerla aguada y lograr que poco a poco fuera secándose, como se secan algunos recuerdos vergonzosos. He pensado que, con el tiempo, no todo desaparece, pero al menos se esconde y Hellen se ha escondido de todo, menos de mí. Hellen, todas las Hellens, de seguro se encuentran en alguna parte e invocan su presencia en este personaje enfermo; ellas, o ella, han aparecido en el muro imaginario fabricado por horas y horas de insomnio, por esta vigilia enterrada que me trae como una sombra, el periférico y volátil concepto de su carne. Verás continuó otras investigaciones sobre literatura política; no sé si lo hizo por alejarse también de este ocurrente misterio, pero sé que todo marcha bien por las columnas semanales publicadas en la revista (que ya no llevan epígrafes anónimos).

Seguiré, mientras mi ánimo fantástico lo permita, con las lecturas universitarias de literatos, en el borde del parasitismo; seguiré revisando hojas y libros alrededor de un televisor estridente, caja patrocinada también por mis padres. Y continuaré en el rededor de los indicios antiguos: obras que sustentan la idea de sujetos iguales a mí. Al fin, *es la sombra que se extiende*; son el uno y lo vario. Seguiré, mientras dure, con esta posesión de ese nombre estrecho; tumor imperecedero lleno de calambres agrios. Ya escucho, dentro de mi habitación, la mirada amable y humana de su esencia; va llegando secreta y alarmante, con un paso seguro que la desnuda real. Pero no caeré como los otros en el sueño. ¿Seré yo un espejismo para Hellen? Es más que palpable esta realidad y ya siento que, como humana, empieza a dictarme el inicio hiriente de esta historia: *Un tiempo y todos*.

11 de agosto de 1988.

NECRO-CAMA

Para Ángela

Las miro allí, en una cadencia que estalla en miles de noches. Esta ventana, que nos recibe, cumple su papel de escenografía (im/des/in)perfecta. La luna está empezando el creciente, y los edificios se ocultan en esa infiltrada luz que los revienta, en especial el que se encuentra a nuestra derecha, que nos muestra su parte industrial. Las miro, las trato de imaginar en cientos de noches perversas, pervertidas; ellas enloquecen con la desencriptada música flameante de un incoloro sabor a lluvia y sol, a claridad desvelada de iluminaciones milenariamente presentes. Las quiero imaginar en el extravío de lo asonante, a partir de la figura de los días crepitantes, hasta la destrucción de sí mismas. Las dos me muestran esa heterogénea interposición de una pausa coja, que danza en medio de gigantescas ojeras de cartón. Es un fleco abismal y no sé qué mostrar de una miserable vida superpuesta que se ha ido condensando con apenas reflujos de un hombre advertido, sugerido, prestidigitado.

Hasta ahora, el vino ha bajado lentamente por las corporalidades estrechas, las de ellas tan fragantes, personitas despeinadas entretejidas en vahos latinos-erguidos-sentidos; en mí, ha producido una frívola risa de gota impresa, corrida en el desmeche perpendicular de las abiertas y recientes palabras que pronuncia *una*, mientras mira la bestialidad de su filo izquierdo en derecha impotente. Yo puedo agregarle algo, puedo decirle que es apenas una sombra advenida por el viento, en paso adyacente y recurrida como un pájaro a su madre. Nos ha resucitado el vino con el pretexto de matarnos.

Veo aparecer las sombras en la sala que habitamos. Por ahora, sólo son dos: la de ella, que reajusta un abrazo en mi cuello espacial, y la mía, que improvisa un tanteo lineal en su remota cintura. Esa luz que las provoca es de un amarillo fatigante, que lleva consigo mezcladas energía artificial y noche azul. Un movimiento de su dedo índice le describe la imagen ósea que tiene de mi espalda, y yo le respondo con amalgamadas señas que me brindan un vórtice descubierto. Viajo hacia esa mentira que veo en ella, me aprovecho de las circunstanciales líneas finas de su boca y, en el perímetro temporal que nos separa, infrinjo su cadena de recuerdos ocres bañados en una pelea discreta; entonces, disfrutamos del creciente, los edificios y las sombras.

La ventana que se tambalea en repiques asimétricos, se descarga sobre nuestra beldad secreta y nos llenamos de lágrimas enfermas que revientan en el filo del otro. Un mosco cruza y vulnera el océano que hemos creado y, sin risa, lo obviamos, pues lo sabemos sacramento inútil. Mientras tanto, las paredes se ahuecan, titilan en su construcción masiva de borde de río, los sonidos de los autos entremezclados con su desborde y la virginal visita de mi escapulario infiel. Nos damos cuenta de que tratamos de soplarnos la carne, el uno hacia el otro, en un espacio que convida al gesto y, desde ya, a la muerte; acabamos como la ruta inexistente de los besos mecánicos o los sueños simples.

— No hay sueños simples, —ha dicho la mujer que nos acompaña y destroza el luto en el que nos sumergíamos hirientes y verbosos, pero la respeto y la intercalo en una nueva seducción del silencio, que se propaga en mañanas efervescentes, proyectada hasta los

rincones de cada esquirla y cada playa. Las siluetas de los tres, que en principio poblaban la sala, van quedando en dos, solas, se tiñen de impaciencia aérea, precisadas en una cadena abierta e infinita de manoseos en zigzag. Observo cómo se va volviendo un espejismo dialéctico que remeda mis actos y siento, por una marea de cosquilleos acumulados, la soledad casi pura del polvo que ama los suelos, del frío que respeta la calle, de nosotros y ese encontrón de luz nocturna que se empecina en hacernos caer. Ella se pasea por todo el espacio despejado de muebles y adornos; yo la invito a que retarde el baile y lo convierta en sombras cuadrículadas que se mojan en el emplume del paso, la invito a que ceda a mi espacio entretejido por la dictadura del in/exceso. Y cedemos juntos; la precisión no viene al caso, mis palabras no vienen al caso. Llego a los insectos del río que quisiéramos escuchar, hallazgo de pataletas en nuestra mente. La mente no es nadie.

De pronto, su soberbia llega hasta la disposición que tengo de soportar las pieles que la demarcan y la esgrimen, puedo encubrir toda la amarilla veta que regala la sombra de sábado que disfrutamos, pero no puedo apoderarme del callejeo eterno que me promete su cuerpo. Es casi como amontonar las mareas, incluso ya sobrepuestas que existen y se me han producido con el tiempo, por lo que decido convertirme en faceta mudable, muda y habitable, mentirosa fiebre de hombres inconstantes; es mejor que ella devore al pseudodescerebrado, a que recorra al inefable sujeto de caras anexadas e indispuetas. Vendrá quien nos cure con plagas, que apuesto será una enfermera genocida.

— ¡Vamos! Soporta ese escalofrío llamado 8 de febrero, copula con el vértigo que produce la desaparición de una hora exacta de beso imperfecto; arrójate a la desequilibrada zona de todos los hechos débiles y delicados, que te esperan las córneas dispuestas a no ver en un tiempo, pero obstinadas en vaticinar en este.

Ella decide que tales palabras se disculpan y corrigen y toma un taxi hacia mi casa.

Y en mi casa, que no es tan mía como lo es del miedo, todos los azares acuden para que la bola, llamada tiempo, se desenvuelva en un límite inseguro de cadenas *fati*: la fatalidad es mi destino, siempre ha estado como poseedora de un canto verde o una mano aérea, por lo que dejo que sola se quite sus acontecimientos, es decir sus ropas, y dejo que sólo yo haga alarde de todo lo que no tengo y me ría en esa suplantación de una cámara ocular en mí, encima de la nariz, que le apuesta a que esa noche no es del dios cuerpo, sino de la diosa necro-cama, pues son muertos los que aman y son huesos las velas que entran y salen en el modo mariposario, a la manera *hot-chip*, cálidos circuitos integrados que realizamos diversas y numerosas funciones en ordenadores y aparatos de dispositivos electrónicos. ¿Qué más electrónico que su corazón que humea palabras fritas? Por eso quedo en la suplantación de los paradigmas que ella me va explicando con sus manos metálicas.

Voy llenando sus orificios sin necesidad de esgrimir ciencias, voy escalando sus angustias sin la necesidad de subir: es la forma metonímica de su presencia; sin embargo, necesito la pausa eterna de las congojas, pues siento animales más que milimétricos que recorren mi pierna azul, siento más que condenas desencadenadas que ascienden por la escala de mis recuerdos, abandonan el eco mísero de tiempos equidistantes, de momentos extraterrenales que, en la ampliación de las huellas, prometía regulaciones en el porvenir de todos los instantes anejos al herbario de la noche y los animagos de la tarde. Cualquier infante, hecho de muerte y azar, cubriría mis manos ahora desprovistas del misterio de ese

eco, pero vuelvo mi rostro destripado a sus ojos ígneos, y ofrezco una disculpa a la inflación del *devenir*, que parece que se rebota y se vuelve virtualidad estrecha, por las consideraciones de nuestros cuerpos extra-gigantes, más pequeños que un ojo de la supermosca tópica.

De todos los climas que llegan a nuestro cuerpo, prefiero el que huele a incienso de orines púrpura, bañado por un frío escalocálido, ensimismado en el develamiento de nuestras carnes y el fortalecimiento de las gotas de sangre, salpicadas adentro como en fuentes entrecruzadas, llenas del gozoso evento de la finitud y el asco; una sola gota ya revela la empresa supra-onírica de la realidad que nos asecha. El complejo ontológico —que hasta entonces solo yo lo he pensado—, se ha saturado de sí, en mí, acumulado desde sus caderas huesudas, celoso por la ganancia nebulosa que alcanza la lengua. Ninguna pronunciación de un concepto le gana al placer de dar un beso, la viscosidad del *ser* tiene mucho más de lengua que de alma; entonces, creo que recojo su cuerpo mientras va borrando los conceptos de mi boca y de mi espíritu; creo que existe más en mí que en ella y creo, también, que la veo aparecer como esencia rota, recortada, con sus intenciones de mutilarme; va a existir en cuanto más me dañe; ya somos uno dentro del otro, que resuenan en músicas invertebradas, sobrecargados de conceptos muertos, abrochados en el empalme indirecto de las neuronas ilusorias, navegantes imprecisos en el borde de la nave llamada lago, que se crea mientras humedecemos los restos de nuestros cuerpos, el lago de nuestra memoria y sus entrometidas implicaciones que nos sugieren el olvido del todo. Siento como las sombras nocturnas entran por el sobrante de la puerta y comprendo que vienen a ofrecer sus vivos reflejos (el reflejo de un muerto es un vivo); les decimos que ya existe mucha vida muerta por aquí y que nos importan las puertas apocalípticas de que nos dotaron la evolución y el magno espíritu que no tiene nombre; por tanto, pueden quedarse, pero sin nuestra alimentación hiper-seminal. Aceptan con una venia, por el trato que ofrecemos en la incandescencia pausada de la pelvis; por algunos segundos dejo que mis oídos oigan los aullidos del perro afuera, que tal vez mira a un gato que marcha hacia atrás, o a una araña que crece, o a una mujer sin rostro; dejo de hacerlo con un abandono total de sus actos y me concentro, sin pensamiento, en los acontecimientos tóxicos de un paseo disimulado por los cuerpos sin membranas.

Un vaciamiento de lo plástico de nuestros sueños empieza a resonar en las pieles, ya nada proyectamos fuera de lo borroso de ese instante, cada figura empieza a desdibujarse con una invisibilidad furtiva y sintética; es decir, somos poco a poco en la medida en que desaparecemos de nuestras primeras vinculaciones con el inicio de la noche; ya no nos reconocemos como cuerpos absolutos —¡menos mal!—, ni siquiera comprendemos el significado de reconocerse; solo sé, creo, que baja por la nocturnidad un sonámbulo llamado *síncopa* y nos posee sin apuro, abrevia las distancias que las almas tienen como broquel o armadura: *el aura*; entonces, ya hechos cargo de un ritmo extranjero para ella y para mí, vamos quitándole importancia a las higienes aurales y le agregamos toques vinotinto de estigmas carnales.

Y la habitación suena, suena, suena, no precisamente por la música; con imprecisión, cardiograma fétido exquisito, hecho de buenos olores asonantes que gritan ritmologías chuecas y, de vez en cuando, *postres*, *puertos*, *naves griegas*, *hechos diminutos de enanos ciegos*. Los agujeros grises, que se encuentran en muy distintos lugares de su cuerpo, cosechan mililitros de espejos temblorosos, dudosos de ofrecer reflejos equívocos, o

máscaras (como siempre) de doliente gesto, como si el hombrecito que se encuentra en medio de la realidad y el espejo se equivocara en cierta pincelada dada para dibujar o pintar las caras, las cosas, la habitación, el mundo. Entonces, la cosecha se dispersa y deja que los espejismos de presencia hueca —por salir de unos agujeros grises— se vayan derritiendo en las acuarelas que se le proponían al lienzo del reflejo; es decir, todas las imágenes se proyectaban mal en su piel, en sus sentires, apenas una aproximación de lo que puede retomarse. Y sabe que ese pseudo-descerebrado tiene una gratitud con las cosas que brinda; le salen y, pudiera jurar, casi con la promesa, que van a regresar, aunque convertidas en tortuga alada o en escarabajo emplumado, por lo que la humedad, que anda rasgando las pieles, tiene un carácter tóxico en cuanto destruye lo que está o va *siendo*, es y no es a la vez; así, no hay posibilidad alguna de aferramiento o capricho engullido, todo surge como si surgiera de la nada, y se va de la misma forma, atraca en balsas con nombres de peces raros y tormentas infantiles.

El gran océano del misterio es una aguja con pasta dentífrica que se congela, para nosotros existe y la beatificamos siempre y cuando no amanezca, pero, sin querer y sabiendo lo que la necro-cama soporta, el día aflora todavía encerrado en cientos de formas inestables: un grillo disfónico, una luz ni amarilla, ni naranja, ni roja, ni azul ni blanca; un bus sin frenos, un susurro de viento que afloja su coral de colores con estatua promedio; hace frío y es la mejor causa para negar la causalidad; yacemos tendidos bajo el techo de la habitación, que no siempre suele ser techo; fue, por ejemplo, hace algunos días, alfombra atravesada y, hace otros, mano de dios enfermo, y, hace otros, máquina de escribir volcánica, pero, ahora, nos tienta la posibilidad de aseverar su condición de techo puro, gritarle: ¡techo!, ¡techo!, ¡techo! ¡Atestiguaste velludos gritos!, ¡filtraste tus ojos para borrar el viaje hacia el subsuelo!, ¡gracias por ser onda sorda!, ¡gracias por ser techo!

La humedad es un plástico después del calor al que se la ha sometido; un algo transparente vestido de olores disecados que se entiesan con los segundos que pasan; ese concreto es el magma divino de la cuasi-profanación sin gloria; se revive cuando se sabe que se lo había avistado hace tiempo, que siempre estuvo esperando a mostrarse y a ser un hilo conductor entre los colores del alma y el cuerpo; son, dentro del fantasma donde viven, las condensaciones apartadas del dualismo o las implicaciones metafísicas. Una sonrisa cruza por el rostro cuando se sabe que ya no se cura nada, cuando ya se ha hecho y es imposible remediarlo (sólo otra cura sana y dañá). Cobra más contra-decadencia cuando veo a la mujer tendida en una oscilación de espasmos al lado de mi brazo izquierdo; se está en esa hibridación del sueño, cuando se deja existir en otro cuarto, con otras memorias y otras raíces; sin embargo, hoy no seremos vegetales vueltos hacia el sol, huimos de las raíces para encriptarnos en el paseo del amanecer que brota en segundos; es una forma de adherirnos a los lados de arriba y abajo, consentir en las creaciones ya antiguas de la bendición y la maldición; en medio nos encontramos sin piel y con algo de las dos; todos los objetos destinados a descubrirse allí, se involucran en una serie inconstante de presencias en su impuro acto de estar y fabricar la tela delgada denominada *espacio* que, de todas maneras, nos ha llegado de forma múltiple a cada uno de los poros.

Me detengo a respirar sus líquidos mientras duerme, huele a un calcio marítimo empañado de esencias secas, como las del polvo acariciado por la tarde; huele, también, a tonada enferma, a frialdad desbaratada de polimorfos cosquillas, a sombrilla senil; huele a mis tardes solas: a color amarillo de sabores grises, *huele a tiempo sin tiempo*, por lo que creo

estar envenenado mientras parece que accedo a la plataforma incontable de lo que avanza en el reloj. ¡Basta de contemplaciones!, los huecos oxidados de la casa, que contiene a la habitación, son la excusa necesaria para plantear mis anémonas marinas, el fragmento de grada disecada es un anticuario que me otorga chispa de parecerme a los hechos sin iconoclastia; esta casa, semiósfera indigna de mis patrañas sin bruma, siempre me ha conocido como el normal y perfecto idiota de colorcitos menos que sórdidos, siempre me ha visto como un bicho cotidiano de esperanzas muecas; he habitado siendo un placebo de mis curas, que se hidratan con la sobreedificada imagen de los versos inexpugnables de las mujeres sin alma.

Miro a la dama y pienso en todas las huellas que se castran en mi caminar superfluo, todas desperdigadas por el techo de la casa, por el baño inerte, por sus manos maquínicas, incrustadas sin un grito en las dilataciones de cuellos paseantes; mis huellas ya están en su cuerpo y son todo menos fecundación, son y hacen todo menos ser alguien, escapan a la definición de coseidad, son menos y más que eso; mis huellas, de trapo viscoso, han marchado sobre una vulva de templo en pecas, que colindan con el eco de humedad muerta y con el sacrílego hecho de amanecer ahogado por la santidad, la beatitud olorosa a mujer doliente, fina señorita con dientes en sus piernas. Un solo dedo —que deja huella— sobre una sola espalda hará de mis párpados la delicia mugrienta que me concede huecos sin equilibrio, me electriza en las hierbas anacrónicas para el frente tácito de los pájaros sin pico: besadores del sueño, carnadas aéreas, libres cortejos que poco importan, pero fabrican, en nuestra pintura ingenua, la predisposición del mundo hacia la torre sin gradas y los cielos sin nubes.

Mis huellas en sus huecos, abominable espanto que besa las neuronas que nos sobran; mis dedos en su espalda, génesis inversa de hormigas de nalgas huecas, espíritus como las sombras, sin dominio vital, conscientes de que los designios vienen de más allá que el mero acontecimiento de vivir; devienen ya caídos por una parca insistencia, la curadora de todo, que nos ha enlazado en esta noche y en esta instancia, lugar que es todo menos quietud, arremetido por sus pies para que fuesen turbina y viento, y voz u onda. Ella me mira sin ojos y concreto que sueña con los párpados cerrados; entonces, derramamos las flores anales que las luces nocturnas trajeron, todo lo hacemos sin movimiento alguno, apenas acariciados por lo que se conoce como cambio; su cabello es vasija inmensa de una colonia de vales mecánicos, danza quieto con el beso sin defensa que llega de mis uñas; es, además, el pelo, la plaza inexacta de mis estridencias.

Y quiero, ya, afinarme para mostrarle un sonido trópico que, con el agua, se desafina y se mancha de acotaciones semilunares para, en la insistencia del día, rebotar y alardear mi condición de noctíluca insomne. Tendidos sobre la generosidad de la pequeña mañana, las cortinas relatan cantando el mugido de unas sombras, que fueron nuestras; no las extrañamos porque nos sabemos códigos inexpertos, refundidos en la plana ondulación de las letras que nos imitan, muy aplastados, como un talón de injerto floral. Los movimientos de la superficie nos deshabitan y van quedándose en nosotros las pulsaciones de arena ácida; un alma plastificada recorre su cuerpo muerto, la mía; su espíritu borroso se despereza en el límite de mi espalda. ¡Qué mañana, para tragársela de a pedazos rojos y sangrantes, qué escupitajo más allá de la boca y el aire, qué saliva de eclipse infeccioso para acrecentar sus retinas ideales!... Mientras más dormimos, más se acerca a nosotros el rescate de piedras aladas, que lleva a profundidades estelares; nos dejaremos llevar; la

miro y acepta su evanescencia prehistórica, conducida por la timidez de nuestros actos, que fueron de noche; todo pudo imaginarse menos su precoz fallecimiento.

Ahora daré la mano, démosle las manos y las piernas y los códices y las vértebras; ella lo sabe todo; viajaremos de la mano con esta tercera visitante. No hay argumentos ni empobrecimientos; nos ha llegado la riqueza; digámosle sí a la curadora de todo, a la que sana y perturba, a la que nos va a dejar nacer en la penumbra lumínica del deseo y el milagro; despedámonos del concepto con esta aciaga enfermera.



Figura 2. Ilustrador: ©Jose P. Tello.

EN UNA SALA

a Camila V.

Los dos descubríamos cómo la tarde lluviosa se iba empalagando con nuestras angustias. En la sala todos parecían no darse cuenta de ello, pero continuaban con sus cotidianas lecturas del mismo libro o del periódico municipal. Improvisé en silencio un chiste sobre el señor que se encontraba al frente de la única y gigante ventana ubicada al lado de las obras de arquitectura. Le dije a Ema, que ya se aburría con el libro infantil de nuestras manos, que el señor trataba de encontrar *un espejo* en todos los textos que tomaba, pero, como no podía, se conformaba con mirar imágenes de hombres más jóvenes y apuestos en los relatos que tenían aventuras cortas. Ema no me entendió, y con razón, pero quiso sonreír en el mismo instante en que bostezaba. Mientras le decía que continuemos con la lectura, observé rápidamente cómo el vigilante amenazaba con expulsar a unos ancianos por hablar demasiado. A ciencia cierta, también me aburría ese libro que trataba sobre un insecto jazzista, pero seguía oyendo las suaves palabras de Ema para evitar su reproche.

Al fondo de toda esta paciencia, llamada Biblioteca, me era posible advertir que existía una presencia exagerada del color negro en todas partes. Cada anciano, al menos, llevaba una prenda negra, un pañuelo, un saco o un pantalón; Ema tenía sus guantes más oscuros que el día y las sillas eran del mismo matiz que el de las repisas donde, enfermos, reposaban los libros ya coloridos. El negro no solo parecía teñir cada recoveco empolvado de la sala, sino, también, parecía que poseyera las cosas y las dejara con ese aire malsano de repetitiva nostalgia, que uno cree lleva ese tinte. Pensaba especialmente en esto, mientras Ema leía con dificultad las rimas enredadas del insecto. De pronto, oímos un grito que vino del centro de la sala de lectura; era un anciano que se quejaba largamente con la mano izquierda en el pecho. Como a Ema y a mí nos aburría ese momento, corrimos con cara de preocupación hacia la figura del hombre que, para entonces, tomaba un vaso de agua rodeado de otros adultos y del bibliotecario.

— ¿Qué le sucede caballero?, —preguntó, vestido de gris, el encargado de esa parte en la Biblioteca—, ¿necesita que lo llevemos al médico?

— No es tan grave, —dijo el viejo—, solo que recuerdo que, a esta hora, debía realizar un viaje, pero he olvidado con quién y a dónde. Mi corazón está acelerado y no creo poder detenerlo; por ahora no debo salir de este lugar.

Ema se preocupó un poco, pues el hombre la veía con los ojos muy abiertos y batía sus manos en direcciones opuestas. Olía a verdadero viejo, como si se hubiera contagiado de algunas enfermedades de claustro; la boca no tenía todos sus dientes y, en un silencio que captó la atención del grupo, dejó ver la deshabitada quijada, que nos produjo más asco y rechazo. Me dirigí hacia el libro que leíamos y lo llevé a su respectiva sección; pensando

en evitar la sorpresa de una posible muerte, tomé de la mano a Ema y caminamos despacio hacia la puerta principal. A punto de salir, la lluvia empezó a caer copiosa y desde la puerta eran visibles las gentes que corrían en vano por salvarse del agua. Nos quedamos arropados y abrazados cerca de afuera, pero escampados por una teja negra que sonaba fuertísimo. Pensé que éramos dichosos o malditos al preferir la cercanía de la muerte a la de una lluvia, pero, al fin, sólo trataba de adelantarme, con una posibilidad, al futuro borroso del hombre olvidadizo. Ema no tuvo preocupaciones; al contrario, disfrutó un poco del frío y se entretuvo viendo unas figuras en el chapoteo de las gotas en los charcos.

Quiso Ema sentarse, después de diez minutos, y entramos de nuevo a la sala, donde las cosas habían empeorado. El viejo sin recuerdos tenía una especie de desmayo, que lo hacía lucir como un muerto vivo; tapé los ojos de mi hermana y la levanté como abrazándola para que no sintiera la hondura de su escalofrío. A pesar de ser yo quien temía, la senté de espaldas al cuadro y la arrimé contra mi pecho; en adelante, *observé* callado la conversación del grupo. El bibliotecario, que parecía liderar la calma, trataba de sosegar a los lectores al decirles que las lluvias ya iban a pasar, pero que, por el momento, nadie debía salir de la Biblioteca, y que dos, de las tres ambulancias disponibles en la ciudad, habían sufrido accidentes a causa de las inundaciones; por lo tanto, era imprescindible la tranquilidad y, más aún, si contaban con la compañía de alguien que no respondía por sí mismo.

Ema se había dormido: con el demasiado calor de adentro, era imposible no tener sueño. La conserje se acercó despacio y temblorosa y me ofreció una pequeña cobija, que vi que sacó de un baño; con ella pude recostarla en uno de los escritorios de lectura, que habían arrumado en una de las esquinas, que parecen *curvas* en las bibliotecas. La dejé, mientras me hacía con el resto del grupo para no parecer apático; pensé, ¿no sé por qué?, que podía pasar días o meses encerrado en ese lugar y, por lo tanto, la convivencia debía trascender desde un aspecto ligero, sin amistades o confianzas, pero sin exceder una lejanía que expresara pánico a lo comunal. Además, se encontraba Ema y, por ella, debía exigirme otro tipo de acciones, pero sólo era una idea en mi mente; tal vez en unos minutos todo acabaría y nos marcharíamos sin que conocieran nuestros nombres, sin incluso habernos ofrecido un saludo o un cigarro.

Para evitar cualquier tipo de riesgo, el bibliotecario pidió que nos contáramos y que cada uno se quedara con un número. Dije el mío, el 26, y también el que correspondía a Ema, 27. ¿Quién pensaría que una Biblioteca, en una tarde de lunes, se viera invadida por tantas personas? En la sala se encontraban: conserjes, administrativos de la red de Bibliotecas, Vigilantes (a quienes se les exigió su permanencia allí), artistas de las salas de exposición, encargados de las secciones internas, el director, el bibliotecario y gran número de lectores, que era el más desesperado; no había ninguna niña o niño, a excepción de Ema. Contamos sesenta y siete personas y un perro, que llegó después de la asignación de números y, por tanto, se lo apodó de un momento a otro *Cero*.

Un hombre joven, que llevaba en sus manos una obra de Maupassant, se acercó a la ventana y dejó que un halo de su aliento se mostrara en el vidrio; creí leer la palabra *ciego*, pero, luego, la borró con su antebrazo. La conserje había preparado café y nos llamó, en una forma muy prudente, para que lo tomáramos; nadie lo rechazó. Hablamos sobre las condiciones de la Biblioteca para soportar ese tipo de lluvias y sobre casos similares a este

encierro en otros tiempos. El director, que acababa de cerrar su oficina en el piso de arriba, nos refirió una historia de hacía treinta años, cuando, después de un corte de energía eléctrica, se la había cerrado para impedir robos; en ella, quedaron únicamente los lectores del momento; aunque después de finalizar el encierro se requisaron todos los bolsos y carteras, se vio afectada por la misteriosa desaparición de gran número de ejemplares.

— No fue un robo, —nos dijo—; los libros se ocultaron y de vez en cuando se dejan ver de aquellos que los quieren leer o, tal vez, se encuentran dentro, en un lugar donde el acceso se interrumpe por condiciones físicas; también pudieron iniciar un viaje, —añadió con una burla, sin reírse. Nos pareció que lo había inventado de improviso para que lo escucharan, pero seguimos hablando sobre el asunto al menos una media hora más, mientras el bibliotecario se afanaba por humedecer la frente del viejo desmayado que, ya más tarde, supimos se llamaba Benjamín Meneses, jubilado de la empresa Bavaria, tras el cierre de las instalaciones en la ciudad.

Alguien me preguntó sobre mis asuntos y pensé que lo hacía porque podía sacar provecho de eso en esta situación; por tanto, sólo hablé como si fuera un estudiante que vivía a merced de tutorías y un pequeño trabajo como mesero; al fin, la gente hablaba entre sí, pero sin prestar demasiado interés a lo que cada uno decía. Los rostros, abrigados por la tensión y el apiñamiento de gente concentrada en la totalidad de la sala, se miraban en busca de iniciar una charla que los obligara a dejar de lado la angustia que dificultaba la respiración entre tantos hombres, despiertos ahora, que no lucían como muertos absorbidos por una silla y el silencio. Fue inevitable la conformación de grupos y las miradas malsanas a sus espaldas; empezaba a hacer frío y una de las lectoras pensó que sería buena idea conectar un radio antiguo, para oír las noticias desde un instrumento digno de una Biblioteca; todos asentimos sin protestas y nos acomodamos juntos, como si nos sintiéramos arropados por las presencias, como si nos aglutináramos en la espera familiar de un ausente o como niños alrededor de un fuego que se aviva mientras se habla. Nadie retratará ese instante. Casi abrazados, oímos como toda la ciudad había sufrido serias consecuencias por la lluvia; cinco muertos y veinte heridos se contaban hasta el momento entre las víctimas y los afectados, y los bomberos seguían su labor de socorro en distintos sitios de la ciudad; ya no había ambulancias y parecía que el miedo llegaba hasta la cabina de radio, donde se supone que no suele habitar, pero donde se dice existe más.

Decidí ponerme de pie a hojear algunos libros mientras duraba la poca luz de la tarde. La energía eléctrica se fue justo cuando la negrura se hacía más fuerte y cuando más necesitábamos una noticia. Sentíamos cómo la lluvia había calmado, pero se mantenía presente por el paso indiscernible del invierno. Ya todos encarnaban una pequeña desgracia, inutilizados por el hecho de no haber tenido tiempo ni espacio para caminar en otra dirección y a otra hora; el aburrimiento, que daba señas de una infecta claustrofobia, nos acompañaba cada vez más presente y nos hacía responder con movimientos laterales del rostro o con afirmaciones bucales, sin pronunciar palabra. La amplia ventana nos permitía ver un campo extenso, donde lucían unas tres casas viejas y árboles enormes que parecía que hubieran plantado para que les proyectaran sombra, lo que se veía a lo lejos y, por lo demás, el verde se destacaba como contraste inequívoco con el cielo mustio de esa tarde. De vez en cuando sentíamos el mugido de una vaca, pero se apagaba con el estruendoso sonido de un rayo o el marcapasos insistente de las gotas en el techo. Casi que deseábamos tener la ventana, pues ha sido cosa de siglos el temor a la casi pura

oscuridad, así que nos apegamos a lo que restaba de esa luz y nos alojamos en silencio en el compás progresivo que empezaba a tomar el nombre de *noche*.

Cuando llegó la oscuridad total, el olvidadizo suspiró hondo y durmió, lo que contagió a unos cuantos de los jóvenes que lo cuidaban; fue la última vez que *lo sentí*. Tal vez, el miedo al encierro se presentaba por el pavor de nuestros rostros desnudos, pero, ahora que llevábamos como máscara la noche, la conversación en todo el grupo continuó de una manera coordinada y nuevas voces intervenían como para desatrasar su mudez. Le dije al Bibliotecario que el lugar empezaba a contaminarse del frío nocturno y que debíamos buscar un abrigo capaz de evitar la quema de páginas; en seguida, arreglamos la variedad de sofás que se encontraban en toda la instalación y llevamos a la sala periódicos de ediciones repetidas.

Pudimos evitar el frío durante dos horas, hasta cuando, fue algo brusco, sentimos el sonido estridente de automóviles y gentes que empezaban a regresar a sus casas. Todos de pie, con las manos frías, afanaron sus intenciones hacia la puerta, dejaron caer el abrigo improvisado y evitaron las palabras tontas; se movieron a un tiempo, armónico pero indiscreto, como si simularan una esperanza en cada paso. Algunos titubeamos sobre la seguridad; sin embargo, era relevante el encuentro con seres queridos y así poder sufrir al menos en compañía de un allegado. Empezamos a salir despacio, para no tropezar; hice la fila, tranquilo, a la espera de un cigarro, y medía el tiempo de salida de las personas. Entonces, oímos las sirenas de bomberos y policías; su sonido infernal rogaba que no se saliera de lugares seguros; sin embargo, ya era demasiado tarde: salieron todos corriendo en medio de la tempestad de gritos de la urbe. La lluvia gruesa era un laberinto de gotas que caía como presa del tiempo y los golpes de pasos en los charcos se sucedían en una mezcla tumultuosa de humedad y materia. La puerta la desprendieron de su lugar; el director huyó sin querer que nada se evitara; los trabajadores de la Biblioteca, junto a los lectores, corrieron en todas direcciones y el bibliotecario, preocupado por los libros, sostenía su cabeza invadido por el pánico. *Cero* le aullaba a un lugar de la sala y, sin que le importaran la lluvia y el escándalo, se mantenía alerta ante una pared que rodeaba los estantes de libros. Ya nadie había.

El poder de la lluvia crecía con la noche, la calma de hacía un rato parecía un engaño; inquieto por el disturbio, quise salir con violencia de la Biblioteca —ya nadie lo impedía—. No había nadie en la sala, a excepción de *Cero*, que seguía aullando, y el bibliotecario, que me miraba en su silencio. No podía llegar así a la casa; pero nadie quedaba, nadie que me ayudara a buscar a Ema entre las repisas, tras de las esquinas que parecen curvas en las Bibliotecas.

Advertencia: A veces, los relatos —al igual que las personas— suelen apropiarse de características ajenas para lograr una fecundidad foránea, que los hace ver o sentir con más edad; llenos de una glotonería sabihonda, se pasean y alardean de letras con poderío o madurez; o, en su defecto, duermen acurrucados bajo los puentes en esperan de una ventura amorfa. Encontré, en uno de mis paseos, este relato, que parece que se dirigiera imperativamente a su lector; cuenta una historia que, en su provecho, sabrá si atiende o no, pero, además, sugiere singulares máximas que, de igual forma, en el acontecer de su vida, sabrá si seguir o no. Disfrute de este relato, que siempre quiso lo escribieran; es posible que, en cierto día, sentencie o lo sentencien.

SENTENCIA(S)

El eco, voz de los dioses mórbidos. Una pestaña de nuestro ocaso es el meollo que inicia el Olimpo. Camine al compás de los enfermos; el infinito tiene las patologías de un anciano. Nuestros días se deshacen por la gracia teológica; una cruz son dos balas. El rastro engullido en la carne, por el cristo muerto, avizora el genocidio de nuestro espíritu. Mi espíritu de ácida cascada prefiere a los dioses que orinan en el césped y no al que traga en la mesa. Con este desespero por el mundo opte por darle un paseo; prepare lo necesario y se pone en marcha hacia las orejas o hacia su corazón. Muchos querrán detener sus pies, acérquese a ellos y dígales que su trabajo será el de sostenerlo en el caos. Cuando la marcha inicie, no olvide *el agua*, pues en ella están todas las respuestas que busca, incluso las de la pregunta por el fuego. Que sus maletas lo abandonen, en lo posible lleve todo lo que sea suyo, pero que se incomode con su voluntad de *ser*. Si quiere despedirse, hágalo primero de sus padres, disfrute del rostro de desgracia que tendrán. Antes de viajar sin dios, recuérdale a su madre, que usted fue el de ella. El camino lleva prototipos indistintos, preocúpese por no encontrar ninguno que se parezca. Guarde la primera roca del viaje, seguro la necesitará para olvidar su mente. Escoja, entonces, muy bien su compañía; son mejores los piojos a los perros costumbristas. Cuando en el camino se vea asechado por la cólera, invoque al agua para que pueda ahogarse en el centro de la hoguera. Si aparece por sus frontales un instrumento musical, ¡deséchelo si piensa no bailar con él la angustia de sus flatulencias! No desespere, la vida, durante el trayecto, se encarga de quitarle lo que nunca ha tenido. ¡Sonríale a los niños!, sólo ellos son dignos de su mugrienta boca. Bese con pasión todas las bocas, que en ellas se encuentra la avispa de la desgracia. Inerte es su conciencia, utilice mejor los falos que brotan de la espalda, en sus proyecciones nacen los sueños de la carne. Las piernas no son aliadas, pueden ellas cambiarlo por *la amputación*. Que los ojos que lo guían no sólo consigan mirar, avíseme cuando sean crines de una yegua. No siempre son buenas las caídas, puede correr con la suerte de flotar para siempre en un río. Si en medio de toda la tormenta ve a lo lejos un paraguas, de nada vale la *tormenta*. Suele suceder que a mitad de la vida, se considere apresuradamente *loco*; sólo hasta entonces dese por vencido y use el fusil en sí mismo, pues la mitad del mundo se cree loco apresuradamente. Puede que todo lo abandone, incluso el misterio de la soledad, pero siempre estarán acompañándolo las ganas inmensas de tragar, en cualquiera de sus formas, un bocado de existencia. Jamás digas jamás; esta palabra ya se ha arraigado, es mejor decir: *No doy más*. El abandono del camino es recurrente; pero recuerde que en esa

pausa puede encontrar a una mujer y, en ese caso, *retome el camino*. Si ella ha dicho que los viajes se *iluminan* con su presencia, bésela para probarlo; su boca (no la de ella) debe saber a incienso, a *koan* o a bombilla inerte. Tenga cuidado de afirmar el azar; nuestras bocas son pequeñas para su mandíbula. Logre, como pueda, acudir al concepto (no importa si no tiene nombre), él hace posible la extra-dimensión de su aparecer. Es posible que, al caminar, sienta sed; entonces, beba la leche que riegan las nubes. Omita los problemas con el clima; el frío no es otra cosa que su cuerpo muerto. El camino y la vida son para los amigos, la eternidad y la muerte para los inmortales. Seguro, en una de las andanzas vendrá el compañero, el fiel humano que abriga la soledad; correspóndale con su reflejo; pero, ¿acaso no sabe que los mismos reflejos matan? Muchos afirman la amistad cuando dura en los trayectos oscuros; seguro no recuerdan la destrucción del hombre, el mejor amigo del hombre. Acuda, sin embargo, a sus andanzas con amigos; ellos tienen el secreto de sus suicidios. En esos juegos de los viajes amistosos, se redescubre la naturaleza ontológica de la destrucción, se es corpodidacta de la ceguera fraternal. Diviértase con los *acontecimientos del amigo*, serán el argumento de su flagelación en el futuro. No evada el alcohol cerca de su mejor aliado, esta es la llave del océano de verdades. Si decide con un hombre tomar camino al infinito, recuerde que esto puede durar un segundo. Ya en el camino, sólo aparente no vigilar a su compañero; no sueñe con él; *sueñe en él*, si es posible. Confíe en los colegas que le tienden la mano; piense, al tomarla, que cada dedo es una horca. Al llegar al punto en que los caminos se bifurcan, abandone la intuición; abandone, también, el mapa, duerma y confíe su destino a la pesadilla. Al escoger ya una ruta, no haga muecas a la otra; en el horizonte de la posibilidad, sus nalgas serán las tuyas (de ella). Viaje concentrado en las cosas *sin valor*: las heces de una mosca o las batas de las flores; cuando envejezca, alguien más se concentrará en usted. Avance, avance, avance lo que más pueda, y duerma el doble de lo que avanzó (evacuación cronotópica). Los vaticinios suelen aparecer en los momentos menos esperados; no se preocupe si los desaprovecha; otros sabrán leerlos. Las aves suelen cantar secretos para develar; apéguese a una y los encontrará bajo sus patas. En el apocalipsis, no todo se dijo en palabras; de vez en cuando las promesas de los días se revelaban en hediondecas. Si le llega una premonición sobre el camino y la ha sabido leer, guárdela en su memoria y no la comparta; suele pasar que se roban los destinos. Ya de la mano con su amigo y los secretos, marche con ímpetu y en silencio; las mejores historias pasan bajo el manto de lo no oído.

El horizonte que ven sus ojos no es otra cosa que el final; piense el viaje como sus pies en la tierra que aborda *ahora*; viajero es al leer esta frase; si piensa andar, no deje de andarse a sí mismo. Sabe que su propósito es recuperar la voz que ha salido de la tierra, y que en usted se oculta mucho más allá de las montañas; *el canto que relata la libertad* lo espera apresado tal vez en sus propias manos. Busque sin descanso esa agónica melodía de su desgracia, que es *la libertad*; a ella le han condenado de por vida; al hallarla, comprenderá las enredadas voces de sus ancestros y un humano emergerá de usted, sus manos danzarán al compás del sonido de sus nuevas esposas: *la comprensión y el sentido*. Empuje a su amigo a la búsqueda de tal virtud, no se contagie de su pereza; ya podrá dormir cuando entone la libertad carnalmente. Veo, sin embargo, que tiene fe en ser *libre*, así que levántese y busque ese canto; las raíces de los árboles lo esperan para reírse. Sabe muy bien que el *secreto a cantar* se encuentra dentro de todos los enigmas sin descubrir; entonces ingenie un plan para burlarse de los dioses que lo impusieron. La mesa de quienes

ocultan los misterios siempre se viste de blanco: ¡manchemos con orines este vergonzoso color!; el matiz de la cuna de triunfo será el de la enfermedad. Aquel *relato*, se le oculta por la gracia y desgracia de un símbolo (magnífico también); encarne esa imagen y desfigúrese de sí mismo, habite las multiplicidades de esa efigie, y sedúzcala para asentir el *secreto*. La noche puede ser el mejor lugar para planear el acceso a sus profundidades, trátela con cuidado y olvide encender las linternas. Deje que los animales del camino lo aventajen; verá en sus traseros una insigne escritura manoseada por los dioses, léala y renuévela en sus devenires. Comparta, si él no ha visto, los mensajes ocultos con su amigo; no piense en el futuro; sólo su partición de la palabra (espíritu-cuerpo), en el impalpable *ahora*, creará el misterio de la existencia. Busque su *sentencia en la libertad*, pues entonces se atará al infortunio lamentable del hombre vestido de memoria. Ya no son los dioses los que guardan el enigma, es el espectro del recuerdo, la hinchazón de progreso y tecnicismo; tññase de una oscuridad distinta y penetre en la armazón de las políticas metalizadas (ellos mutilan la singularidad de los panteones). Logró entrar al centro del dilema, está su amigo al lado, el vaticinio lo posee, los *relatos para cantarse* ya están cerca; sólo cierre los ojos y duerma nuevamente. *La libertad*, no olvide que ese fue su primer empeño, la búsqueda de la libertad en el medio de las palabras a cantar; antes de acceder a ellas, recuerde lo hermosamente preso que es. Este es el momento, viajó tanto para llegar a este segundo, la respuesta ya está por revelarse; en cuanto pueda, huya, no hay nada más digno de un ser humano que abandonar todo aquello por lo que ha luchado. Asegúrese muy bien de que tiene en sus manos los secretos exactos; es posible que en su mezcla, nazca una dama y no una abeja tuerta. Ya ha interrumpido la lluvia de la tecnocracia, su viaje tenía este sentido, aprovéchelo y olvídese de quien fue. Cuando tenga las *palabras que liberan*, piense en quienes no las tienen, tal vez le llegue un asco y las deseche. ¿Está ansioso?, ¿ya quiere cantar que es *libre*?, tenga paciencia, como lo tuvieron sus huellas para que las dibujaran; saben ellas que el viento las borra ágil. Imposte su diafragma y cante las palabras emancipadas, no hay placer más grande que el de *enajenarse* con el canto. Cante con su aliado el relato secreto que, a través de unas claves, consiguió; sin embargo, su espíritu y el suyo (de él) no son libres con la esencia: los ha poseído el espíritu de la esclavitud. Sin ese amargo caudal de la travesía, una gota de vacío se posa en sus deseos, hágale frente y tómelo como un dios: *humano* significa vacío de existencia. Se siente ahora atado al lenguaje, es posible que ningún símbolo en el universo lo libere, así que tráguese sus palabras y erúctelas en un versículo antihumano. Ha llegado el momento de darse cuenta de que el secreto al que consideró un tesoro era solamente un anuncio del fin del camino (de esta senda); el verdadero tesoro siempre fue el camino. Aunque amó el viaje, sabe bien que las piernas se contaminan de pereza, van firmando poco a poco sus cuentas cerradas con la vida. Su amigo está desconsolado, de nuevo su destino es el de él, compártale su muerte para que no sea su pasado. ¿Qué hará ahora cuando sabe que su destino no tiene destino?, ¿respetará al gato?, ¿comerá moras?, vuélvase delicia de la tarde y sonríale a los ciegos. Vea a su compañero y piense en él; trate, si es su amigo, de que hasta las pesadillas vayan hombro a hombro. El fin del camino se parece al principio; siempre tendrá dudas sobre si empieza o termina. Los tesoros maltrechos son una paga insostenible para cualquier tipo de hombres; unos quedan con la necesidad de resucitar y otros con el deber de morir. Bendiga la soga que acariciará su cuello, porque es ella como la vulva de su madre que da luz y da muerte. Sus

manos han caminado con usted por la galaxia, dejes el honor de fabricar el nudo de su fallecimiento.

— Un momento, —dice una lectora—; es decir que ¿el tesoro los inundó de desdicha?; pero, ¿por qué, si era un canto de libertad?

Tranquilícese; si el relato no es de su mayor comprensión, abra un poco más los ojos y disfrute de lo que no puede ver.

— ¿Cómo así?, —insiste la lectora—, ¿se está burlando de mí?

¡Claro que no! Sólo que debe esperar a que el relato termine, para que su opinión de *existencia* se comprenda (¿o incomprensión?).

Si en el momento de sus innumerables suicidios, hay alguien que desee interrumpir, ódielo hasta su fin; nadie debe mezclar su muerte con sus asuntos incomprensidos. La temporada que hemos tenido durante la vida seguramente nos ha hecho espíritus menos libres; aguardemos con alegría, entonces, a la fangosa muerte; con ella viene la música de la tierra. Accederá a la muerte por su voluntad gracias a una batalla perdida; ese es el heroísmo de todos los tiempos. Higienice sus ojos antes de marchar, nunca sabe si el calor del inframundo empañará sus retinas. Por ningún motivo deje que su amigo se desanime de probar la muerte; agradézcale su compañía con la delicia de ese trago amargo. En el instante en que todos vayan hacia usted, para frustrar su intento, afane el paso y guarde esa fotografía en su cabeza; no hay nada más gracioso que una horda ilusa. Aunque sus pies tiemblen para saltar, no dude en hacerlo, tenga en cuenta que colgará de todos sus recuerdos; son ellos los que lo asesinan. La verdadera hora de morir no es la suya, sino la de su conocimiento; siempre mátele para que nazca, cúrelo para que enferme, embriáguelo para que cante; en las evanescencias de sí mismo se encuentra su paradójico fortalecimiento. Su amigo que muere junto con usted, no es otra cosa que su aprendiz y su maestro; este ejercicio de aprendizaje mutuo los convierte en el prolegómeno henchido de un nuevo saber: olvide ser espejo de quien le enseña; sólo en la muerte es posible ese reflejo. Sin embargo, se muere para refundirse en el océano de la diferencia; al menos un lunar en su espalda debe cambiarlo todo. Ya sabiéndose muerto, no vaya en busca de sus viejos amigos; deben haberlo olvidado en los placeres que el infierno trae. Reflexione con la roca que encontró al principio del viaje y, aunque es imposible desligarse de todas las pestilencias, vacíe su estómago y su mente. Triste quedará su corazón al final de una historia; elabore con esa nostalgia un descolorido atuendo y láncelo al abismo; sabrá, entonces, que existe, pero sólo en sus profundidades. Tal vez observe más allá de su muerte que todo ha sido en vano, incluso el insulto a los dioses, pues ahora usted es uno de ellos. No entristezca por la pobre visión que tiene de su familia agobiada; mejor, mándeles su saludo con un leve escalofrío. Si sabe que alguien espera su regreso, entonces envíe un mensaje con una mosca; si deja que vuele, el animal tendrá tiempo de decirlo, pero si inmediatamente la mata, entonces ese alguien dejará de esperarlo.

Cuando los relatos terminan y parece que no produjeran sentido, el mejor consejo es el silencio; con un murmullo le dirá que fue en vano todo el ruido. El camino de los hombres que buscan la libertad por lo general termina en la *muerte*: ¿acaso es ella nuestra libertaria? El amigo del hombre que protagoniza una fábula es también un protagonista de su

ensueño: ¿será su muerte también una ilusión? Si era una roca del camino, trate de ser la última (es decir, ninguna; no hay fin de caminos); la diversión existe en tanto observe las suelas colgadas de los zapatos de los hombres. Cuando crea que algo se acerca al final, prepare su cuerpo para la estampida de lo oscuro; una sensación infernal siempre se apodera de *lo que termina*. Todo tiene un final; a excepción del final en sí, él siempre existe en su comienzo.

Divinamente fecunda, palabra de los cines y las historias con principio: *Fin*.



Figura 3. Ilustrador: ©Jose P. Tello.

RETORNO DE THOMAS FALLIDO

Tuve un sueño muy raro. Soñé que estaba en un jardín y que ustedes no me reconocieron y me dejaron solo. Las seguí hasta la casa y me encontré con otro Pao Yu durmiendo en mi cama.

Tsao Hsue-Kin. Sueño infinito de Pao Yu.

El tráfico no era muy bueno por esos días; la ciudad atestada de lluvia en su conformidad de objeto quieto y redundante. Las caras, los vientos, los hombres grandes y felices llenos de una mescolanza de sonrisas mustias, eran personajes susceptibles para un trailer de cine metafísico. Mientras Thomas mercaba y abrazaba con dificultad un *algodón de azúcar* en el centro citadino, Juliana gozaba desde un sosiego etéreo la complejidad de toda su ley. Ahora, él llegaría con el extravío en las manos y le iba a hablar de un espasmo cerebral impregnado de misterio y fuga, como los sujetos que se llenaban de insensatez y hielo. Ella recibiría su caprichoso obsequio y se lo llevaría a la boca, para ofrecer sarcásticamente una pizca de nube rosa a Thomas, quien inmediatamente la rechazaría por sus enfermedades y por la aparición de una nueva alergia degenerativa con colorantes artificiales y frío. Juliana se conforma con cualquier cosa que no sea de su misma casa, razón por la cual Thomas escinde su presencia y, como el lanzamiento de ausencias intempestivas, se arroja al mundo a conseguir la vanidad escueta de cualquier precipicio. Afuera puede ver otros arrojados que literalmente se le apegan; se le va componiendo en sus adentros la tonada de una disímil emergencia, para salir de ese entorno apretujado y escénico. Thomas no es nadie para juzgar al mundo, pero sí tal vez las sensaciones que esquivan el presente, esas que perciben amargos futuros o tediosos pasados hechos de concreto para soplar.

— *Correr, subir y acostarse, una actividad rencorosa de meditaciones oblicuas. La pérdida de nuestros órganos al enfermar es un evento de pobreza extrema, de estornudo viciado, de acción inerte. La espacialidad, al igual que la temporalidad, es un cortejo de vanidades encerrada; todo fluye en él sin escape, como un túnel circular donde la luz siempre es la del frente, es decir la de atrás. Entonces, las enfermedades caminan dando vueltas y vueltas por un pedazo de tiempo espacial, que no oye ruegos o necesidades infantiles: todo ha sido pretexto para lo insano.*

¿Qué es una coraza sin nombre, de la que salen notas musicales? ¿Quién es la plena voluntad de asonancias cantadas en el amargo frescor que produce la mujer que amamos? Las respuestas Thomas las ritualizaba en la extravagante dicotomía de su amante Juliana y el canto amigdalítico que tanto su vida como su muerte le habían brindado. Era un vago músico de esas calles que se sueñan como campos, de esas noches que se dilatan como guerra, una armonía perdida en el caminar de sus largas enfermedades gripales, única vida multiforme, tan disoluta como sus pérfidos sueños. Estaba enfermo y, por ahora, nada

hacía para complacer la excentricidad de Juliana, lo que significaba una degeneración de todo tipo de actitudes, que iban desde un beso en la mejilla hasta la preparación de cafés amargos y expresos en la inestabilidad del misterio vespertino. Por lo tanto, se debía hacer silencio y esperar a que la mordedura del sueño diera en el punto exacto de la herida mortal, pues la tranquilidad de Thomas iniciaba al dormir, en el intento de encontrar un sueño que lo sanara, que lo estallara y se le revelara como noctiluca cósmica.

¡No me dejes! ¡No me espantes con la cadencia traslúcida de tus auroras!

Thomas se había levantado a la 1:30 pm, y Juliana, en uno de esos arranques exotéricos, se había levantado de la misma cama mucho antes, a eso de las 10:30 am aproximadamente. Había fumado dos cigarrillos oculta en una esquina de la habitación, pensando en algunas palabras de su viejo padre. Vio durante casi cinco minutos a Thomas y luego asumió como suyo un papel reciclable que se encontraba en el suelo. Tomó un Kilométrico y escribió:

“Thomas: mi amor, ni divino ni único, te sugiero que antes de coronar a una princesa como reina, encuentres primero la corona del rey. Sin deseos ni ánimos de regresar, quien no te quiere, Juliana.”

Abandonó misteriosamente el esferográfico y preparó con sutileza algunas ropas. Después, con un beso en la frente, se fue despidiendo con una gracia tosca de alguien que ya la empantanaba de tristeza. Pensó en el eterno retorno. ¿Volvería alguna vez al lado de Thomas y sus nostalgias?

— Solo si la desgracia es circular —se respondió mentalmente.

Antes de despertar, Thomas había soñado con una música acrónica que le era difícil comprender. Sus dedos oscilaban entre la intranquilidad de parecer estornudos torpes al lado de un instrumento y la monstruosidad de insectos cantarines en el borde de sus muertes. Toda música que venía como una caja infeliz en el sueño, le era concretamente inaccesible; cada canto generaba una adulación inmensa a los antojos inconcebibles de Thomas; ninguna nota lograba afinarse en su garganta y alcanzar al menos la mitad de un tiempo con un tono exacto. Se lamentaba tanto de haber perdido algo amado en un campo onírico; por lo general, creía en la imagen de los sueños, pero esta superficialidad que se mostraba en él regulaba todo su cuerpo hacia el estado paradójico de la muerte que habita mientras se duerme. Sin el eco parapléjico de la música en sus carnes, Thomas prefería morir. Al despertar, su mirada se fijó en el lejano nochero que tenía una nota en papel reciclable. La lectura de la desagradable noticia comprometió la participación lacrimal. Algo de resaca insoportable en la fonda de su cabeza afectaba los mínimos recuerdos; los prolongados cantos pata/lógicos ya no serían los de antes. El abandono es algo necesario cuando las presencias de los amantes ya se asimilan a las de los fantasmas, o a las de los gatos gordos aventajados por el sueño.

Supuso que, en los días siguientes, la angustia acaecería en él como una desvergonzada mancha en el parabrisas de un auto, inoportuna, fastidiosa, que invisibilizaba lo que viene al frente. Cuántas cosas había alrededor de esta presencia que lo abandonaba: maseteros deformes, frutas maduras, todos en gira en torno al destino de la omisión. Tal vez podía

conseguir nuevas amistades, organizar de nuevo su vida musical, ingresar indiferente al mundo armónico de una melancolía distraída; todo podía ahora llevarse con más tiempo, pero nada de las nuevas eventualidades remplazaría la cercana existencia de Juliana, en la que se implantaba el exceso de sus creaciones artísticas, la figura infame de una mujer como el fondo heterodoxo de sus cantos; ligeramente, para abandonar de momento el hecho de percibirse solo, Thomas empuñaba su guitarra para abordar una canción. De forma sorpresiva y estúpida, como en el sueño, sus manos no recordaron nota alguna y su voz desafinó, al igual que un llanto. El escape de Juliana implicaba el extravío de la música.

Lamento de Thomas en la catapulta inencontrable

Salir a la calle y encontrarse con la algarabía del mundo feliz, y yo, infeliz, yo de preso en una catapulta inencontrable. Ahora parezco una hormiga despistada en medio de un bosque fétido. Todo es distinto a mí, pues todo canta y todo es Juliana. Ella era un pedazo de gota negra que me salvaba las esquinas perdidas, una retribución de lo no pagado; ella era el tiempo de la escoria ingrata. Juliana retrograda de mis ideítas sueltas. Juliana Belial. Nunca más en este ser carcomido por su ausencia.

Y desde aquí puedo ver mi personalidad cachicada en tiritas de esencia fluorescente; tu lejanía, Juliana, se me pega en el cuerpo cada tiempo un poco más. Ya no depende mi existencia de lo que haces, ahora depende de lo que no haces. Siempre ignorante de tus acciones, en espera de la fluidez de una certeza inexistente que me ata al compromiso de pensar, en cómo dejar de hacerlo, en cómo dejar de pensarla, de imaginarla ajena y sin dueño. Y como áurea entera, se me aparece en el caminar de mis poros abiertos, con pérfida sed una cigarra-limonada, blanca, puramente blanca en esta violencia de bus naranja. Ráscame una gota de paso acongojado que pasa por las calles; muy antimusical, me paseo con ganas de tocar tu instrumento, Juliana. Todas las notas de tu vestidura inagotable forman la cadencia de escalas menores, pero los pasos siguen frustrados en cada pepa negra, blanca, en cada silencio infinito de crescendos caídos. Son ustedes dos inencontrables, Juliana-musical, evaporadas están en la ingratitud de mis días complejos. Mejor deben perderse, dejarme que busque en un núcleo de soluciones incompletas en la habitación estrépita que inventamos durante tanto tiempo. Era solo una fotografía y la presencia audible de voces congénitas; yo no existía, yo era la oposición de la efervescencia musical que cada segundo se volvía narcótico sucio. Eso fue siempre lo que me gustó, ser un sujeto desprovisto de habilidades propias; me sentía nada singular en el secreto de lo que no iba a *ser*, de lo que no iba a hacer.

Pero ¿dónde está? ¿Dónde encuentro ahora esa forma que nunca existió en mí? ¿Por dónde busco las dos cosas más importantes de mi existencia? ¿Dónde camina Juliana? ¿Dónde canta y toca la voz que ya no escucho? Música perdida, Juliana perdida, me han dejado con el eco en la garganta, con las palabras en la boca, con el esperma insatisfecho en la mañana.

Encuentro Perdidos

Thomas camina por lo que parece ser una calle citadina, a las tres de la tarde; camina sin rumbo fijo, anda y vierte su incapacidad sonora en lágrimas y lágrimas, como si todo le doliera y nadie lo sintiera; pasea solo en la necedad de una ciudad que lo dilata. No halla enfoques o puntos donde desmoronarse; no acierta con el sitio, no da en el blanco; luce pálido y reseco, cuenta con cinco mil pesos de papel verde viejo. Él también se acaba, se desvanece al florecer en la raza de los anormales; es un hombre con sed de todo, menos de sí, él que se siente la desgracia hecha carne. Y como si la ciudad pareciera que colaborara con su aspecto, sus pasos lo llevan hacia la calle comercial; un centro de desquicio óptico, donde el bullicio es sangre, vida honda que se embellece con el ruido, las ventas y la calamidad del otro. Anarquía del lenguaje, resumido en gritos y saludos con mano y brazo; esto es todo lo que no quiere Thomas, ser agitación automovilística, auspicio del codear y los malos olores; además, ventas que estallan los oídos con la negligencia de las palabras, pregoneros que ejercen su profesión para la venta de sí mismos, se ofrecen en cada voz lanzada y le disparan al transeúnte opciones de compra múltiple. ¿Por qué llegó hasta allí?

La ciudad es un río en dirección a todas las corrientes; se vende todo, hay todo, de todo: máquinas de planchar, de afeitar, de coser, de brillar; utensilios de cocina a todo precio y de toda imagen, cuchillos, cucharas, servilletas, limpiones, grifos. Este es un pasaje donde todo se puede encontrar: gafas, buzos, escafandras, pastillas, teclados, computadores, tecnología iniciada como la máquina de escribir; también tipos de papeles, aguas, libros, persianas, baños, preservativos, aretes, pantalones, bolsos, armas, todo. Se encuentra lo que el hombre quiere, a condición de que borre la imperiosa *garantía* y la *devolución* (la calidad no se da el lujo de tener todas las cualidades). Y es un tumulto de letras comprimidas, nada traducibles; en el estado cataléptico que padece Thomas, aparecen y hacen de su desgracia un ejercicio de mutilación; le dan energía para animar a la muerte, pero resiste como si presintiera la vida, como si la respirara en la decepción. Al fin de cuentas, ¿qué es la vida, sino el afirmar todo? Incluso el más enorme sufrimiento; incluso el afirmar al hombre que molesta con el micrófono frente a Thomas.

Un *pregonero*, que eleva la narración de objetos a vender, aparece como espectro en la caminata citadina; limpia el micrófono a cada minuto, lo que no impide que siempre esté impregnado de saliva y que los transeúntes se miren ofuscados, asqueados y sacudidos por su presencia; sin embargo, Thomas lo mira y lo sabe único en el paisaje que lo envuelve:

— *Sabe mezclarse*, —se dice, y consiente dubitativo ante la presencia locuaz del pregón:

— Siga, hay lo que quiera, lo que desee; ¿qué busca?: aquí lo encuentra, aquí lo halla; siga: hay balones para los niños, balones para los adultos, pestañinas; siga, preciosa, encuentro su talla, está en blanco y en verde, y en azul y en rojo, y en otros colores; pero, siga, ¡no le de miedo!; no muerdo, no quemo; hay extintores, por si pasa; ¿tiene hambre?: también, en la cafetería, hay deliciosos bocados; coma, aliméntese, no se muera, hay todo; ¿qué busca?: aquí lo encuentra: hay guitarras, flautas, charangos, bongos, congas, bajos, baterías, vitelas, requintos, armónicas, quenas, zampoñas; señores, señoras, amigos,

amigas, lo que quieran, sigan: hay tinto, empanadas, pan, ruanas, medias, camisillas, pantalones, gorros, pañueletas, cigarrillos, música, películas; hágale, entre, aquí lo encuentra: hay cerveza, aguardiente, ron, vino; espere, me pisa; eso, siga, ¿sí ve?, nos entendemos; buenas, buenas, ¿qué busca?

Pero el día quería mucho más que pregones y hombres molestos; la tarde era para Thomas como una hoja abierta que, aunque estuviese refundida en el abatimiento, no necesitaba de gritos y superchería. Las ideas de las cosas que se podían comprar llegaban y hacían explosión en su cabeza, se amontonaban y le exigían un mínimo de atención distorsionada, así que caminó con cierta agilidad hasta cuando esquivó el bullicio, pero, antes del segundo paso en el andén, estaba frente suyo la figura del micrófono luminoso:

— ¿Qué busca?, —le dijo el hombre; Thomas vio sus manos, asustado, y con un disparate momentáneo, le respondió:

— No busco, me busco a mí mismo (y luego se dijo: *¡a ver si este quiere seguir vendiendo!*).

— ¿Se refiere a alguna figura de usted, que desea comprar?

— Exactamente; pero, seguro, no tiene nada que se parezca a este hombre que tiene al frente; así que: ¡muchas gracias y hasta pronto!

— Un momento, —repuso el pregonero, y continuó—: pensé que nadie iba a solicitar eso algún día; de verdad que la gente viene en busca de utensilios ligeramente usables en su pronta cotidianidad; pero usted, ha sido el primero que viene en busca de sí mismo. Déjeme, primero, felicitarlo por eso, —prosiguió—, y, segundo, gracias por permitir que mis palabras cambiaran unos instantes; usted sabrá que no puedo dirigirme así a cualquier persona; ellos, como le digo, buscan la rapidez, la comodidad común y cosas del hogar; no debo hablar complicado para una señorita de hogar o un joven deportista; pero usted ha venido a alegrar mi día; siga, por aquí, por favor; le voy a indicar lo que tengo para complacerlo.

Con un gesto de confusión, Thomas ve como el hombre entra a la bodega del almacén, con una tranquilidad absoluta; al principio siente alguna inquietud; piensa que el pregonero, a lo mejor, quiere burlarse de su desgracia; sin embargo, lo ve que avanza con seguridad hacia el fondo; de inmediato sabe que el día no podía ir peor: ¿qué había que perder con un empleado que pregona? Seguro, no le iba a quitar los órganos, después de dormir su cuerpo; entonces, abandonó el letargo y siguió al hombre hasta las profundidades oscuras, pero cálidas, de la bodega.

Mientras lo conducía por largos pasajes, a través de locaciones con olor a plástico, las orejas de Thomas enrojecían, como si un montón de gente estuviera hablando sobre él. Se preguntaba: ¿qué irá a ocurrirme: será un robo?; ¿apenas un engaño? Y el pasaje continuaba, largo, pausado, con olores cada vez más densos, más conocidos.

— ¡Y... llegamos!, —le anunció el pregonero, orgulloso e indicándole una inmensa despensa, con armarios gigantes—. Puede escoger el que usted quiera; aquí está usted

hace 20 años, cuando apenas tenía un año; este es usted cuando cambiaba a adolescente, usted con su primera novia, usted triste, usted desilusionado, usted deprimido, usted con risa, usted muerto de la risa; aquí lo tenemos de color rojo, aquí verde y aquí blanco, cuando palidece; ¿cuál desea?; pero, sigamos; mire, aquí está usted con el gesto que hace en sus cumpleaños, usted llorando; no los hemos organizado por cualidad o cantidad, ni tampoco por fecha de cumpleaños o pasatiempos, pero le aseguro que vamos a encontrar el que busca.

Invadido por la palidez, Thomas temblaba de calor, al observar la espectral fotografía de sí mismo, difuminada en cientos de apariencias; anonadado por la multitud de rostros que lo imitaban, Thomas se convencía poco a poco de que eso iba mucho más allá de la esquizofrenia; quizás se trataba de un posible e inevitable desorden disociativo de la identidad; abría sus ojos para percatarse de la realidad, pero le rebotaba casi mágicamente en cientos de personalidades y subjetividades; verse colgado de un gancho, como un juguete gigante, establecía la peor de las pesadillas vividas en esos días, pero caminaba y observaba con atención todos los hombres colgados que reproducían los gestos de su rostro.

— Esto no es real, ¿verdad?, —le preguntaba Thomas a su guía, con lágrimas en los ojos.

— ¿Cuál realidad? No existe la realidad, —rezongaba el pregonero—, todo es esto, disiparse en tantos usted; usted nunca podrá ser usted mismo, ¿no se ha dado cuenta? No va a ser el mismo de la mañana que el de la tarde, ¿o sí?

— Pero, ante lo que tengo al frente, la pregunta que se me ocurre es: ¿cómo me he desintegrado en ellos y les he dado cuerpo?, —le dijo Thomas, con los dedos en la boca.

— No pregunte y vea cuál es el que me va a comprar; sólo le he indicado algunos de los que tenemos en existencia; puede recorrer libremente sus distintas formas de ser y existir; eso sí, al final tiene que llevarse uno al menos; espero que después de que lo he traído hasta aquí, no me vaya a hacer perder el tiempo.

Con el paso de unos minutos, Thomas dejó las ganas de hallar una explicación lógica y empezó a disfrutar el panorama que tenía ante sí y empezó a pensar en la elección que debía hacer. ¿Con quién, de tantos, quería llegar a su casa?, y algo más preocupante: ¿cómo lo voy a llevar?, ¿cómo va a comportarse? Quizás una vez realizada la compra, se aclararan todas estas inquietudes; sin embargo, era difícil hacerse a la idea de comprarse, en cualquiera de sus formas. En el recorrido, se encontró con Thomas felices por una mascota, por buenas calificaciones, porque había conseguido nuevas amistades; también había Thomas alcoholizados, hambrientos, con sed y dolor de estómago; cuando ya llevaba un tiempo considerable dando vueltas y vueltas, sin haber tomado decisión alguna, el hombre del micrófono le dijo:

— Caballero, empiezo a pensar que usted me está tomando del pelo; si no se decide ya mismo por uno de estos *usted*, entonces es mejor que salgamos de la bodega.

— No, no; tan solo un momento más; es que aún no me lo creo; no sé ni cómo llevaré esa carga, la carga de lo que soy. ¡Eh!, por favor, deme un segundo más; ¿sabe?, me busco

como Thomas completo, con Juliana a mi lado e invadido por la música, ¿puede conseguirme alguno así?

— Lo hubiera dicho antes; eso hace parte de los ejemplares que llegaron de usted hace un año. Sígame, por favor, —y lo llevó por las entrañas del negocio, hasta muy adentro; mientras caminaban, Thomas se arriesgó a preguntar:

— Y... ¿sucede así con todas las personas del mundo?; ¿ustedes guardan prototipos de todos los individuos en el mundo?

— ¿Está usted loco?, —repuso el hombre—. Jamás alcanzarían tantas personas en esta bodega; además, eso implicaría una empresa utópica, que desbordaría los límites de esta tierra; si eso se hubiera intentado, entonces debería crearse otro planeta, sólo con este tipo de bodegas; ¿se lo imagina?

— Entonces, —continuó Thomas, con muchas dudas—, ¿a quienes seleccionan, o sólo he sido yo? —Y cuando lo dijo, un escalofrío, más que físico, espiritual lo atravesó. El hombre sonrió levemente, con sus ojos calmados fijos en el rostro de Thomas; un eco se sucedía mientras Thomas lo veía con terror, y los hombres colgados empezaron a bambolearse, como si una leve brisa se hubiera filtrado por la puerta principal; leve, pero lo suficientemente fuerte como para mover unos 65 Kg.

— Es mejor que no oiga esa respuesta, —le dijo el hombre—; a veces no debemos saber todas las cosas para comprender nuestra existencia; confórmese con entender que esto le ha sucedido para que su vida mejorara.

Thomas sintió una plena desconfianza en ese momento, pero habían llegado, sin darse cuenta, al frente del Thomas que había pedido; su rostro mostraba una dicha pacífica, nada de triunfos eternos; una felicidad explícita en el rostro dormido del individuo, lo pintaba como un ave renovada, como una gota transparente surgida de un charco oscuro. El hombre subió en una escalera para bajarlo y lo acostó en una mesa, al lado de una puerta que daba hacia la calle; le puso una cobija y acarició suavemente la cabeza y la espalda.

— Solo debe esperar a que se despierte, —le dijo, con tono seguro—. Este Thomas, dichoso por ser músico y por estar con Juliana, tiene un valor de veinte mil pesos y no incluye garantía; no hay devoluciones, pues son versiones económicas y ejemplares únicos.

— ¿Veinte mil pesos? Nunca pensé que llegara a valer tan poco; o, mejor, nunca me había preguntado por mi costo.

Thomas pagó y esperó con inquietud e impaciencia el despertar de sí mismo, encarnado en otro.

Del polílogo al monólogo

La casa está fría; es una respiración constante y múltiple de ausencias. Toda sola y a la espera de un paso, exacto movimiento que deviene acto a las seis y media de la tarde. Thomas ha llegado, cansado con su sí mismo perfecto, pero él no lo sabe, él sólo existe

al ser uno al frente del otro, par de esencias reflejadas por una distancia milimétricamente infinita. Enciende la luz y toman un café; se esperan en cada paso como si presintieran pisadas; la respiración se corta y se anima en un impulso ensordecedor de la piel. ¿Cuántas cosas se nos pueden ocurrir a los dos? Perfectos imperfectos alrededor de las concomitantes referencias que el uno elimina del otro. Él, con todo lo que no es, pero con lo que ha sido en un mar de caladas beatificaciones en sonetos verdes y besos rojos. Thomas, con todo lo que puede ser, riéndose en un millar de frías lágrimas que desaparecen ahogadas.

El café estuvo amargo; se veían en correspondencia reflejada. Uno vacío, el otro lleno, se repetían a lo largo de la noche, mientras duraba la conmoción del encuentro. La conversación lucía en tales representaciones oníricas, donde todo pareciera estar a favor, pero, al mismo tiempo, en contra; ninguno de los dos hablaba demasiado rápido, pues prefería evitar una discusión, un enojo o una vertiente. Thomas se preguntaba por qué se había comprado, ¿para qué se había comprado si él se interesaba por cantar y amar? No admitía que esos placeres los vivieran otros, incluso en sí mismo; su subjetividad se veía más exacta en cada tramo, pero, a la vez, podía lucir al frente suyo y simpatizar por el apartamento o por el sabor del café; por tanto, una atmósfera de celos empezaba a difundirse en la pequeña sala. El Thomas comprado, por su parte, existía únicamente en el asombro por la impertinencia de ese Thomas *real* que, al llevarlo a su casa, en sus adentros conocía muy bien el alfabeto de su *ser original*, y, al instalarse en él una especie de tecnología del espíritu, comprendía muy bien sus condiciones y sus riesgos: un humano que nace a destiempo debido a su particularidad de *ser*; nacido para ser envidiado, pues, seguro, quien deja que surja es hogar actual de una ausencia, de un hueco que el Thomas comprado llena enfática y desbordantemente, pues, en su fundamento, es *un ser ya acontecido*.

El instante era (es) paradójico, pensaban ambos; él lo tenía todo y él también no tenía nada, pero residían en silencio a una mínima distancia; separados por una mesa central, y sin palabra alguna, contemplaban en sus imágenes cerebrales el principio de no contradicción aristotélico. No podían fecundar la reunión, pues circunstancialmente se negaban; si Juliana llegara, en cualquier momento, seguro moriría de la impresión o, tal vez, el abandono se sucedería para ambas partes y, entonces, nada más pasaría. Continuaron en el caos de la mirada durante algún tiempo más y, luego, Thomas se durmió. Golpearon a la puerta y, entonces, el hombre de la bodega entró con un saludo cortés al Thomas comprado, quien empezaba a levantar con esfuerzo al dormido; lo trasladaron y subieron a un auto, que con rapidez llevó el cuerpo hasta la bodega del almacén; lo asearon y ubicaron con el rótulo de *Thomas sin nada*.

Por su parte, Thomas comprado se relajó, al sentirse acompañado de una densidad musical soportable, pero algo exuberante. Acarició y tocó su instrumento, al saberlo ciudadano, y lo dejó encima de la cama, en su habitación; caminó hacia la sala y oyó el sonido de la puerta; el nombre ya empezaba a rebotar; sus manos temblaron un poco, ante el recuerdo, que ya se iba borrando, de que había sido un escogido, entre tantos Thomas como había en la bodega; cuando se esfumó la consciencia de que era un reflejo de algo que había acontecido, a lo que se le había asignado un precio, apareció *nuevo*, en un presente casi exacto, que lo conducía a la premonición de ese nombre que sonaba. Era ella, la que

vacilaba mientras buscaba la llave; esa carne, incluida en la nominación de ese evento, intentaba traspasar los muros de la morada de Thomas, quien, al esperarla al frente del rectángulo de la portezuela, abría sus poros impaciente ante el tiempo renovado.

— ¡Y... Juliana ha llegado!, —dice ella, antes de saludarlo y decirle que le encantaría *un algodón de azúcar*.

AGUJERO OVAL

Poco a poco fue resurgiendo del miedo que le causaban las imágenes vistas desde el fondo del agujero. Siempre había pasado por allí con aires de sujeto serio, u hombre ebrio, pero jamás había reparado en la presencia de ese hueco infértil. ¿Qué haría ahora, si el lugar había sido el escenario perfecto para que nadie fuera, e incluso nadie oyera los gritos y las voces de alcohólicos feridos? Era un problema de verdadera preocupación; sus amigos no pasarían por allí sino hasta la semana siguiente y, hasta entonces, sus tripas desfallecerían del hambre, ellas que habían dejado de recibir alimento desde hacía ya diez horas. ¿Cómo había podido ser tan bobo para caer en semejante orificio, hecho de una claridad más que visible y de un diámetro más que palpable con las puntas de los dedos, para calcular medianamente el perímetro del círculo? No hacía más que lamentarse en las rodillas de sus piernas dobladas, que yacían frías y oscuras en el fondo del hueco recto. Había ido hasta allí para comprobar que los demás no probaran por adelantado las botellas que, con tantas quimeras, habían mercado y robado de diferentes licoreras ciudadinas. “Siempre hay un espacio para la desconfianza, cuando se trata de alcohol”, se decía entre los pasos lentos que daba como tratando de afanarlo y limitarlo a esa navegación de la noche que lo llevaría al hogar. Calculó algo así como veinte pasos hasta su automóvil — estacionado al frente de la puerta de uno de los tres edificios abandonados—. Pensó, también, que, a pesar de la cercanía de las edificaciones, el segundo era el más seguro para evitar sorpresas con policías, niños, ladrones y esposas curiosas; además, la absoluta oscuridad ayudaba a dar un toque de gracia secreta y algo de misterio, siempre al borde de la seducción y los instantes ocultos.

Pensaba esto, y más, cuando, antes de llegar a su quinto paso imaginario, sintió un vaciamiento milimétrico, un cosquilleo relampagueante en el lado superior de su vientre y un golpe fatídico, pero no ruidoso en la parte externa de su pierna derecha; comprendió, casi de inmediato y después de un posible despertar que, de forma inexplicable, había caído en un agujero oscuro y silencioso. Era posible observar que no existía mayor profundidad desde la superficie, pero que, al parecer, no era suficiente su estatura de 1,70 para remediar el daño. Pensó en llamar, pero su teléfono móvil yacía encendido en el automóvil al lado de frituras y camisas sucias; evidentemente, sabía que no podía esperar una semana completa, pero también sabía que el intento de pedir ayuda mostraría su deficiencia para medir actos frustrados y perdidos; entonces, intentó con sus ropas hacer una soga que pudiera atarse por casualidad a algo, a una superficie adecuada para apoyarse y escalar entre las sombras; sin embargo, cada intento se quedaba en breves gruñidos e insultos petulantes.

Toda posibilidad parecía que se desvanecía en el paso de la noche, cada gota de suspiro que lanzaba era una difuminación espacial que lo ataba más al hueco donde empezaba a sentirse un todavía liviano olor a mortecina; vio por un momento el cielo, ahora tan lejano e inverso al subsuelo desolado en que habitaba, lucía como una bola clara, que remplazaba a la luna en las noches normales y alumbraba con su capa negra azulada el interior de esa vacío inexpugnable. De niño, había soñado con abandonarse en una habitación, lejos del bullicio y la desesperanza que traen los buses urbanos; había pensado que tal vez, en esa

ilación de todas las piezas volátiles para construir una soledad, se encontraba el secreto de la existencia feliz, allí se ocultaba la ingravidez de un movimiento tal que lo convirtiese en hombre; buscaría, entonces, mujeres que lo introdujesen con amistades solitarias, mujeres solitarias que lo vincularan y lo acompañaran; iría siempre con la esperanza de encontrar esa habitación multiforme, pero a la vez unívoca, hueca y deforme, que le diera la oportunidad para enriquecer su joven espíritu y lanzarlo a los secretos de la sencilla existencia y, al lograrlo, correría hacia su madre y le mostraría la existencia de la existencia, más sutil de lo que parece, pero el trabajo, los errores, la familia y el alcohol, habían dejado en su historia un olvido que procuraba la embriaguez en los momentos libres; sus amistades descubrieron las edificaciones abandonadas hacía ya un año y disponían de ellas a cualquier hora, pero, aunque pareciese mentira y aunque la compañía de amigos conocía bien el terreno, jamás él se fijó en la remota presencia de su actual aposento.

Tuvo la oportunidad de maldecir el alcohol y dirigir unas cuántas oraciones al dios cristiano que, como una vestimenta infantil, se había ido perdiendo con el tiempo sin saber dónde. Quiso mirar su rostro por última vez, para reconocer su gestualidad dispareja, para quererse, odiarse y recriminarse por cada paso mal dado. Fue inútil, nunca antes había sentido tanto desespero, con unas sensaciones que rozaban la claustrofobia, pero la evadían, pues técnicamente allí no existía encierro, sino una profundidad que no dejaba sentirse; también intentó palparla para reconocerla y constató que había suelo, pero no paredes y, por lo tanto, tampoco esquinas. Por miedo, no quiso apartarse del orificio superior causante de la caída y se repetía a cada instante los oficios que le esperaban al regresar, un poco sumergido en el terror de ciertas sombras que, tal vez, una hoja de papel o un elemento viejo causaban en la superficie.

Pero, ¿qué posible movimiento podría realizar para elevarse mágicamente al terreno normal? ¿Qué instalación imprevista aparecería en ese instante para anclar su cuerpo? Toda una serie de interrogantes más rozaba sus miembros fríos, que se mostraban parapléjicos e inservibles. De pronto, una gama de sonidos muy agudos atravesó por lo que parecía ser la vía más próxima; la oyó y trató de reconocer si tal ruido viajaba hacia el norte o hacia el sur, o si transitaba lento o, en el mejor de los casos, si tal vez consideraba la opción de una espera. No importaba si eran ladrones interesados en objetos de vías desérticas; en este punto, les daría su auto con tal de salir y respirar su mismo aire en la línea de la oscuridad vertical, donde parecía que eran, según su cuenta, casi las dos de la mañana — todavía noche—, pero el ruido pasó con urgencia inhóspita; pudo oírlo ya de lejos como transmutaba en ondulaciones sónicas, que tomaban la forma de una música manchada, atravesada por violines y trompetas intrépidos, todos desconfigurados en el atrevimiento de una velocidad diferida, que manipulaba a su antojo los reflejos, las sombras y los gestos.

Recordó el estadero familiar, cuando esperaba en el hogar lleno de frío y monotonía inevitable, casi suspendida en esa habitualidad negra del aburrimiento y la depresión. Si todo marchara bien —pensaba— se encontraría arropado junto a su esposa, presentiría el siguiente día laboral y esperaría el crepúsculo de la semana para frecuentar el sitio donde se encontraba ahora. Creyó que solo invertía las cosas y que ahora el orden se suplantaría; vendría, entonces, el trabajo y luego su esposa y sólo, tal vez, de nuevo el orificio. Era un buen tiempo para sacar de su bolsillo un cigarro, que había dejado allí hacía unas cuantas horas, mientras se disponía a hacer el viaje y, en tanto buscaba algo de fuego en el abrigo,

sintió que una sensación de lejana clarividencia atravesaba por sus venas, toda la sensibilidad amalgamada en su estadía de flor de loto sobre un suelo invisible que hacía que siguiera en el espacio de lo existente. Atinó a formular una afirmación en voz alta: *No estoy solo*. Hacía ya unos momentos lo presentía, pero no se había atrevido a afirmarlo; el temor a la compañía en ese lugar parecía una mísera ficción sicótica, un invento para remediar su estampida solitaria, pero, evidentemente, desde su caída, la soledad había sido lo más imposible. El cigarrillo, a pesar de la ausencia de viento, se negaba a prender y seguía inalterable, como si existiese un filtro omnipresente que bloqueara la entrada de aire o el roce finísimo de la llama en el tabaco. Disgustado, arrojó las cosas que andaban en sus manos hacia el indefinible suelo, renovó fuerzas para evocarse nuevamente como hombre y salió desde sus adentros un grito lleno de fuerza cruda y amorfa; de inmediato, se quedó escuchando el pronunciado eco que sus sonidos formarían, pero ya por su posición —adentro— o por su reducida energía, los sonidos salían al exterior de una forma seca y anulaban la figura reflejo del eco.

Un estornudo le anunció que estaba enfermo; sin embargo, la sensación de este catarro era lo más alejado de una enfermedad gripal, había sucedido tal vez por un pase de polvo o una simple reacción de su cuerpo, todo menos la sensación molesta de un resfriado. Concluyó, entonces, que el lugar debía tener una temperatura cálida que le mantenía restringido el paso a climas fríos; sintió alivio y sospecha al mismo tiempo, pues pensó en esos antiguos refugios bélicos donde las personas pasaban meses aguardando el fin de la guerra; morían también sólo en la espera. ¿Qué sería de él si se encontraba sujeto a la cálida habitación de la muerte? Sugestión de inquieto mal pensado, agresión relámpago de voces en *off*, ni un eco se atravesaba, ni un silbido de viento allá arriba, ni una gota de aire en el fondo; todas las aniquilaciones del tiempo y el espacio parecía que lo rodearan; si encontrara a alguien similar a su humanidad, le hubiera apostado que el pedazo de cielo visible era el mismo que había visto desde su caída. Nada cambiaba. Solo su inquietud crecía, cada silencio alargado infiltraba la inseguridad y el espejo de su cuerpo negro notaba seriamente la falta de vida; sin embargo, la soledad seguía siendo imposible.

*
* *

Al cabo de un aparente tiempo despertó; seguía en la misma posición y se lamentó por dormir en esas circunstancias; el cielo seguía con el característico negro azulado y su habitación deshecha no moldeaba en absoluto; se preguntó cuánto tiempo pudo haber dormido y cuántas cosas pudieron haberlo salvado en ese lapso; vio cómo el resplandor de unas luces altas daba en el aire; habían encendido su auto. No era tiempo de reproches y ya estaba harto de su condición inerte; saltó, como pudo, hacia el filo del agujero gritando; unos pasos que merodeaban en la superficie se escucharon. Ahora no supo si debía callar o gritar, pero guardó silencio para atestiguar, desde una posible calma, la venida de lo que fuera; parecía alguien tranquilo por la paz con que hacía cada movimiento. Entonces, dudó y sintió familiares dos de cada tres pisadas; no vaciló en renunciar a su mudez y lanzó un quejido, ya con lágrimas para que *lo levantaran*. Por unos segundos, tuvo en mente las historias de huaqueros, suspendidas en ese límite de lo real que los obligaba a vivir la insondable duda de un ser extraño auxiliador —todo puede ser en el hábitat inefable de unas cuantas horas oscuras—. Con desprecio y *con horror de sí*,

sentía cómo los pasos se acercaban hacia la ventana de su techo, atrasando poco a poco la delicia de que lo encontraran; sus piernas entretejían saltos imaginarios y empuñaba en su mente, con toda su fuerza, la mano amiga (la mano *ajena*).

En el profundo eco de la súplica, emitió todos los eventos que no lo suspendieran en ese tiempo sin fin y observó cómo, de pronto, entre las imágenes que le llegaban a la boca del orificio, apareció su mismo rostro, su impensable cuerpo, que hacía de sus gestos la dicotomía perfecta, pues se miraban profundamente, uno arriba y otro abajo: uno de los dos, impensado de alguna forma, creado en el segundo de la caída, o tal vez en el espacio reducido del aburrimiento y la pereza. ¿Quién era ese que era él mismo que (lo) se miraba desde arriba? Y, más aún, ¿quién era ese sujeto que podía remedar toda su vida, enclaustrado en un orificio insospechado, sorpresivamente encontrado a esas horas? Los espejos suelen situarse en los lugares menos comunes, pero este era más que un reflejo borroso, era una encarnada forma de sus visiones y gestos, un prototipo ecuánime que, en el auspicio de la fobia, lo analogaba inquisitorialmente. Hay en el ser de lo humano una extraña forma de saberse y quererse único, de sentirse infinitamente solo, de abarcar la polidimensión en un solo cuerpo, en *uno*.

Mientras una lágrima desesperada soplabla humedad en la mejilla del caído, *el otro* aceleraba su paso hacia el automóvil y pensaba en olvidar todo rastro de imitación suya.



Figura 4. Ilustrador: ©Jose P. Tello.

ÉL SOÑABA EN SU HABITACIÓN

Sentía cómo a su cuerpo, hecho migajas, lo lanzaban al viento. Toda la putrefacción de la muerte se había evitado en un descuido suyo. El cielo parecía caerse encima y lo veía como su destino. Inevitable era un fallecimiento de esa manera. Como ya era menos que una migaja, se preocupó por una desintegración tal que le impidiera verse como un cuerpo, aunque expirado. Entonces, con toda su fuerza, trató de ser un compacto; rodeó en todo instante la aniquilación. Pudo, al menos, fundarse como una piedra, una bola deformada era lo que había logrado conseguir. No le importaba. Al contrario, vio cómo el mundo seguía desmoronándose; con una sonrisa, disfrutaba de los colores y el bullicio terrestre. Nunca antes había contemplado un Armagedón y ahora se veía en el medio con semejante dicha. Tuvo tiempo de observar las transformaciones de los animales; ninguno se salvaba de un cambio rotundo: el pez cambió en gato, el perro en liebre, el hombre en rata. Trató de rodar por un camino con otras piedras, pero se fue quedando mientras respiraba unas esencias que venían como una tonelada de chocolate. Y disfrutó eternamente de ella. De repente, observó que ya no era ni roca, ni migajas compactas; revolcado en medio de una cabellera de mujer joven, un obseso gusano constituía su ser. La joven, no trataba de deshacerse de su repulsiva presencia; al contrario, gozaba una enormidad de la pereza resbaladiza del anélido. Él se enteró de este disfrute mutuo y forjó con su boca un anillo para liar sentires. Ella lo recibió agradecida y se giró para dormir bajo un árbol con forma de león y olor a eucalipto. Disfrutó esa belleza al menos unos cuantos minutos y, luego, fue mariposa y renacuajo y cuervo azul y medusa celeste. Así se quedó mientras electrocutaba a algunos odiados y siguió hasta cuando se enamoró; lo hizo de la de la página 358 de un libro que tuvo cuando iba a ser viejo. Entonces, cambió a lápiz para firmarla todo el tiempo y se quedó en medio de ese libro por cuarenta y un años, hasta cuando tuvo un hijo llamado Abel, que se suicidó al pincharse con una aguja en la punta de su dedo. El destino seguía cambiando, pero no se detenía el fin de los tiempos, pues este *fin*, dicen, es, aunque determinado, ambiguo y tedioso. Por su parte, al volverse lápiz ya gastado, a punto de ser ya basura de tajalápiz, rogó a las intervenciones moleculares o solares, o a quien correspondiese, que lo llevaran hasta su tumba para, desde allí, cantar los himnos de la no gloria al perro de los que nunca fueron vecinos, pero no lo llevaron y su vida parecía que terminaría al borde de la paginita que ya carecía de espacios en blanco. Fue pobre el destino de Él que, ya al morir, a algunos se les ocurrió juzgarlo y lo llevaron a un juicio, donde lo acusaban de violar pelos y firmar leyes. Se defendió todo lo que pudo, pero nadie le creyó. Lo condenaron a pena de muerte con infinito dolor y le extrajeron lentamente el poco de mina que le sobraba. Nadie podría explicar los gritos que dio en aquella torre donde lo mataron. Muchos de sus grandes amigos lo visitaron en el calvario y le refirieron los relatos que más había leído y las canciones de las que más había gustado. Lloraron muchos, incluida la página y los miles de bostezos de quienes velan los cuerpos. Sus restos, que parecían migajas de pan, decidieron llevarlos desde la torre hasta el lago, lavarlos y llevarlos hasta cierta colina para que fueran hasta el viento. En la cima de una montaña, justo antes del lanzamiento, ningún temblor azotó el mundo. Nadie tocó a la puerta.

ULAM, O LA DANZA AMORFA DE UN DIÁLOGO

CUADRITO 1

Campo (ciudad) abierto(a).

Sinato visita a Ulam, quien vive en un bosque donde antes fue una ciudad y mucho antes un bosque. Hay todo regado, huele a industria, a plantas, a cerveza seca y a músicas conjugadas (de hoja y de lata). Caminan en tono casi amistoso. Hace mucho que no se ven y desean hablar al compás de la tarde con pocos rayos de sol. Ulam bebe agua de un grifo que sale por entre los escombros y Sinato se sirve un whisky que acostumbra a llevar en su elegante saco.

U. A tu salud, hombre de infortunios.

S. A su salud.

U. ¡Me atraganto con el ente!

S. ¿Cómo dice?

U. ¡Que me atraganto con el ente!

S. ¿Se refiere a una entidad?

U. Me refiero al dialectismo nupcial de una tarde postrada.

S. ¿Qué dice? No lo comprendo...

U. Que esta agua anda con un peso histórico.

S. (*Ya impaciente*). Por favor, hábleme más claro.

U. Este poco de agua me sabe a las ganas de romper las palabras que tuve hace algunos días; recuerdo que me senté bajo un árbol a concebir ideas maltrechas y, de pronto, se me ocurrió la maravillosa acción de alzar mis manos hacia el suelo y besar los restos de las palabras que se me iban cayendo.

S. ¿De verdad? Pareciese que ese y los anteriores enunciados fueran una plena metáfora improvisada, de hecho mal formulada, y que su forma atípica de ver las cosas no es nada más que el intento por sobrepasarse con las pocas obras que lee todos los días. ¿No cree que puede decirme todo de una forma más ligera, concreta o, si se quiere, comunicable?

U. Pero si te hiciera caso, las vaquitas que concibo en la punta de las uñas sólo se mostrarían en el velo mustio de una gota de sangre mal acumulada, de neuronas cavernarias, de avispas mortuorias o de bellos armamentos de color sapo púrpura. Ya sabes que no me gusta contradecir lo que digo, así que, por favor, acepta lo poco que conozco.

S. Creo que no ha entendido.

U. ¡Entiendo! Perfectamente, sé de los percances a los que me obligas.

S. Mire, oiga.

U. Oigo, miro...

S. Le digo que no estoy entendiendo nada de lo que dice; si acaso alcanzo a figurarme una nubecita de ideas con lo que me va diciendo, pero no logro canalizar las imágenes literarias que pretende proyectar, si es que lo pretende (*sarcástico*).

U. ¡Ah!, ¿por qué no lo dijiste antes? Podríamos llamar al señor origen del viento, que todas las noches se despierta con hilos de hierro griposo, que muerde los sesos musculares en intermitencia longeva que no se olvida. Yo lo respeto. Cierta vez le pregunté por su hija y me respondió que es hermosa como mis piernas trogloditas; supe, entonces, que era tiempo de estropear mis ideas: rebusqué demasiado.

S. Bueno, me doy cuenta que no me oye; no llevamos ni diez minutos hablando de verdad y jamás alcanzaríamos un pequeño grado de comprensión entre los dos. He venido para comentarle una idea con la que solo usted puede ayudarme.

U. ¿Has dicho comprensión? Hacia eso iba mi gran obra perdida. Algún día quiso encontrar la comprensión de las amígdalas de los cerdos matinales, pero nunca la halló, o nunca la hallamos, pues el vecino sin dedos nos ayudaba a transcribir nuestro cometido. Tal vez podría ser que imprecisiones de vestigios nada terrestres se encontraban allí. Posiblemente lo que buscaba se encontraba donde perfectamente no puede encontrarse. ¿Dónde estará ese lugar? Siempre me he maravillado de esa exquisitez por encontrar algo donde nunca puede encontrarse, ni se encuentra.

S. Ha vuelto a confundirse o no sé si a confundirme, pero, al menos, me ha dado de qué hablar. Considero que si encuentra algo en algún lugar es porque esa cosa, o ese algo, estuvo allí; es decir, se encontraba allí. No veo por qué pudiera encontrar algo en un lugar donde no se encuentra. Como ahora mismo, me encuentro aquí por una razón explícita.

U. Pero ahora te has salido del tema, porque tu idea es la de comprendernos, ¿no es cierto? Entonces, deberíamos hablar de la mañana en que teñiste tu vestido de noche y todo se puso como de tarde. Así, las luces sombrías, que venían de una lentitud desconocida, parecían que entraran por tu ropaje invertido hasta desposeerte de ti mismo. Me reí tanto que me dijeron loco, pero sabía que el loco eras tú.

S. ¡Ah! Claro que usted era el loco. Nada de lo que ha dicho lo recuerdo; sólo dormí por un instante y, al despertar, la gente se reía de su risa, pero alababan mis pantalones tan bien confeccionados.

U. ¡Ja, ja!, no recordaré más (*con una sonrisa de lástima*). Trataré, entonces, de ponerme este zapato lunar que me regaló mi ex-in-pro-novia. Mientras tanto, espérame en el borde de ese hueco plástico que mi tío Muscular puso como adorno.

S. Creo que mi visita ha sido inoportuna. No me siento nada cómodo por la forma como se dirige a mí; a decir verdad, siempre he guardado cierta distancia respecto a su *palabra*,

pero creo que los años y esta vejez —que no son lo mismo— me han quitado la paciencia; me han quitado las ganas de anunciarle mi afán. No soporto verlo cómo merodea por tales enunciados mal contruidos, detesto a los intelectualoides y más a quienes creen que desgarran el lenguaje con una sola palmada. Usted no tiene manos.

U. Tengo una sed de tu pasado que me está enfermando; deberías calmármela y provocar mi itinerario de cafés sin azúcar en la punta izquierda de una lagaña pajaril. Un atuendo va de la mano con mi pecho, es la vestimenta de lo decolorado y la tengo guardada para el primer párrafo que logres construir sobre tu futuro sin apreciarte senda pisada.

S. De verdad que deseo comprenderlo, o al menos agarrar algo. Tal vez, me está hablando en clave y hace rato que he caído en una de sus trampas; sin embargo, se lo diré: me ha dado algo de lástima verlo así y sólo por eso me quedo, pues deseo ver esa “vestimenta decolorada” (*dibuja las comillas con las manos, pero le sonrío cordial*) que dice tiene para mí.

U. ¡Qué viva la cama del emperador ratón! ¡Yo soy la reina disfrazada de varón!

Sinato sonrío de nuevo con una gracia sincera. Ulam se ata su calzado blanco y negro, mientras Sinato espera sin ver lo que hace su compañero. Parece que el día se oscurece y Sinato vive demasiado lejos como para apostarle a un regreso rápido y sin percances, de modo que empieza a entrar en una crisis de nervios, que Ulam ya sospecha y, sin decir nada, arranca unas cuantas hojas del conocido eucalipto, ahora injertado naturalmente con ramajes de cables de luz y lo empieza a masticar para que la tranquilidad marche por su boca y cada letra le salga sin congestiones. Sinato no sabe qué hacer, pues lo ha poseído el espanto del frío vespertino. Después de terminar de mascar la hoja y de atarse sus zapatos, Ulam invita a Sinato a que pasen a su casa Invista.

CUADRITO 2

Al verse con el problema nocturno y de las bestias que habitan sin habitar el bosque, Sinato sigue a Ulam hacia la casa Invista sin decir nada. En su mente se dice que soportará todo tipo de enunciados con tal de no perder su vida tan fácil en el epicentro de la noche. Hay, en esta parte del mundo, bonitos sonidos; eso sí, cuentan con raros olores, pero suenan bien, o al menos es en lo único en que aparentemente coinciden Sinato y Ulam.

Casa invista. Sala.

U. Pasa, puedes sentarte en el lugar que desees; en la mesa que desees, en los muebles que desees. Sólo sigue. Ya te sirvo mis deliciosos cafés invistos, traídos de una costilla teológica, alterados por una bendición hiriente y mejillas prometedoras, pero si quieres puedes quedarte de pie, para que mis termitas sostengan tu cuerpo mientras piensas lo que tengas que pensar, ya que te gusta tanto el pensamiento. Sin embargo, te ofrezco mis servicios de sujeto cafetero, de caja parlante inesperada. ¡Hombre ciego soy, todo lo que veo no existe!

S. Comprendo; ¿puedo preguntar por qué llama casa invista a su casa? Yo no veo en ella nada que sea invisible, o algo que no sea palpable. Todo se me presenta, incluso demasiado visible.

U. (*Desde la cocina, mientras arregla unos sartenes y platos.*) Cuando una gota de agua cayó en mi frente la otra noche, pude mirarla antes de su estrepitoso choque en la piel. Demasiado transparente para poder mirarla, demasiado agua para saber que era gota, o lágrima, o peripecia seminal del mundo. Supe, entonces, sobre mi cara desmedida, prometedora de un vicio sin vista. Mi espíritu aparece más en mi cara que en su esencia. Las ondas de estos muebles, para sentarse, invierten el papel que cumple el fabuloso polvo. Siéntate, insisto. Los secretos que crees están en mí, están en ti, al frente tuyo. Soy más tuyo que mío. Lo invisto es más visto que lo que tácitamente se ve.

S. (*Con cara de no comprender, pero con una aparente y total amabilidad.*) ¡Ah!, entiendo. Fin del tema. Voy a sentarme en este mueble azul y trataré de respirar los aromas que exhala su famoso café, pues, ¿me lo está preparando, verdad? La otra noche, mientras preparaba uno, recordé la figura de mi abuelo con el tinto en la mano derecha, a la altura del corazón. Pensé que siempre debería alzar el jarro, la taza, o *mug* a esa distancia; entregar una bocanada con la fuerza de un latido. Me sentí triste.

U. (*Sorprendido, saca la cabeza.*) Tu abuelo trajo, la otra vez, veinte teléfonos viejos, listos para que los reciclara mi aspiradora madre.

S. ¿Qué? ¿Mi abuelo Ramik?

U. No. El que vino fue mi abuelo Ramik; el tuyo, pero más mío en ese entonces.

S. De verdad, ¡ya no puedo continuar! Aparte de que me trata como un imbécil, se burla de la muerte de mi Abuelo. Afirma ahora que es su abuelo y no el mío; eso es imposible. Gracias al cielo, o no sé a qué entidad, o ciencia, usted y yo sólo tenemos relaciones casuales, nada filiales. (*Rabioso.*)

U. Aparatosas son las tardes que convergen en la impostación de una fruta comida. Yo he comido varias, todas del pecado, pero si algo no he de ser es ser un burlador; un burlesco tal vez, pero jamás un burlador. En cierta ocasión, las muletillas de mis orejas me reclamaban sobre mi participación en el mundo, sobre mi valoración sobre él y por él. Nunca he tenido las suficientes agallas en los codos para responder a esa escalofriante ruta hipócrita. No sé sobre el mundo, ni el mundo sabe sobre mí, pero sé sobre tu abuelo, mío, que llegó para resguardarse de una ácida neblina que le cosquilleaba en el hueso. Me ofreció los teléfonos que aún comunicaban a un precio baratísimo y le di hospedaje en esta casa invista, mas no le compré nada, pues aún no decido reciclar lo incomunicado: pieza clave de la buena comunicación.

S. ¡Vaya! Me muestra un rostro diferente ahora.

U. Ahora y Siempre (*cuela el café*).

S. Me refiero a que puedo leerlo, pero mi abuelo jamás pudo haber resucitado. ¡Murió cuando éramos niños! ¿Acaso no lo recuerdas?

U. No recuerdo nada de lo que trato de ser.

S. Usted está mal; si los taxis llegaran hasta aquí, no dudaría en abordar uno; incluso, pienso ahora que jamás debí venir. Hay mejores cosas que hacer los domingos que venir al encuentro con un mediocre que no respeta a los muertos. *(Al borde del llanto.)*

U. No seas un juez de músicas. No hay ley.

S. No se puede dialogar con un cobarde verboso. Hace tiempo que no encontraba a alguien como usted. Me recuerda a un viejo profesor de mi Facultad, que hacía de sus palabras un escudo y un alarde. ¡Qué Cobarde! Venga a este piso, que es real. Venga a la Superficie.

U. No me hables de superficies, pues mis objetos residen muy al otro extremo de mis palabras. No deseo el desborde de ese límite estrecho; de ser así, mis lloradas devendrían cascada eterna y tus ofensas literarias me arderían en la roncha, como si lo dicho fuera lo tocado.

S. Eso quiero, ¡que le duela!, que sienta mis palabras como el filo de un casco de botella.

U. ¡Ay! ¡No digas más! Ya me has cortado las amígdalas.

S. Mucho mejor, así no podrá lanzarme sus salivas.

Los dos se han quedado en una pausa que roza lo estúpido y lo escalofriante. A Ulam no le importa cuánto tiempo exista el silencio, podría durar su vida en ese recinto; pero a Sinato le empiezan a temblar las piernas y el sudor de la incomodidad empieza a bajar por los párpados y la piel de la cara. Ya la noche es la mesa fría del mundo y no hay más ruidos que los de animales antiguos y presentes, moradores actuales de la neo-naturaleza. Sin importar el estado de Sinato, Ulam pasa a la sala con dos tazas de café. Le sirve la más grande a su invitado y continúa el silencio.

U. ¿Continuará así?

S. ¿Qué?

U. Este frío insondable.

S. No lo sé, es casi temporada para el frío. Muchas de las especies se preocupan por no sentirlo; yo considero que los humanos deberíamos acercarnos al frío para comprender nuestras debilidades. La herida, la muerte, el sueño, son mucho más cercanos al frío que al calor. Sólo al dominarlo, o comprenderlo, podríamos averiguar qué tan fuertes somos. ¿Qué piensa usted? *(Casi curioso.)*

U. No pienso en la muerte como una debilidad o, en tal caso, lo es menos que la vida. Así como a veces una sombra es más real que nuestro cuerpo, el frío es el eco de nuestro calor y los dos son tan imprescindibles entre sí que no me imagino un abrigo sin la incondicional gota de una lágrima helada.

S. Al fin, le comprendo uno de sus enunciados y, aunque no lo comparto, tomaré este sorbete de café en honor a este primer punto de encuentro en la noche.

U. Toda la noche nos hemos encontrado, la *diferencia* es el lazo.

S. En la más honda diferencia es posible encontrar un pequeño rasgo de misteriosa similitud. . .

U. Como en el frío y el calor. ¿Lo ves?

S. Lo veo, más caliente que frío... ¡Ja, ja! (lo disfruta, sin pensar).

U. ¿Qué te parece si, después del café, caminamos un poco por el jardín de chatarra dulce?... No me digas que le huirás al frío.

S. (Con frío y dubitativo.) ¡Claro que no! Bebamos y caminemos.

CUADRITO 3

Jardín de chatarra dulce

Acabada la cafeína, se disponen a pasear por el jardín que, a decir verdad, es una extensa planicie; si por casualidad alguien se cayera y abriera la boca, encontraría un particular sabor a dulce nada desagradable. El cielo se encuentra frente a frente con el suelo plano del jardín; pareciera estar hecho solo para las pisadas nocturnas. Pocas estrellas sin brillar. Ulam hace este recorrido, con estas palabras, mientras aborda su breve conversación.

U. Martirizar los caminos: la pleitesía innumerable de resurrección y costra enramada donde, en el frondoso cuerpo de la ira, el dominó espantoso de un sujeto parlante es un hombre caminante de carne pre-educativa. Mis recovecos empolvados desean afinar el extravío de la sangre que transita cual gota de aceite negro. Toda ruta, en la actualización de mi acto, lleva el empañe apoteósico de una pisada mía; la he venerado con otros como el inevitable desplome de un fuego enfermo, sin gracia y sin logia. No hay mayor gracia en las palabras que la de una existencia imperceptible, en cuanto transita un hálito de su rastro inacabado, dígito fantasma que no escribe ni inscribe, sino *des-escribe*. No hay universales que andar; se pisa es el harapo de la universalidad, tejido versátil inacabado en sí mismo. Tropezantes, más que caminantes; además, cojos, en la frontera que se autodenomina *maíz astronáutico*, siempre al filo de las operaciones en génesis prosaico, imperio amarillo del nacimiento circular. El sol, ese amigo que se olvida del hombre gris (esencia canela), lo enclaustra en la desesperación de la sombra sagrada. Esta casa es esa sombra, un tropiezo, un salto mal efectuado. Quiero ser un andador fronterizo, canguro circunspecto sin agallas para el salto; nacido gigante, pero con un espíritu instantáneo. El camino lidia con esa vacuidad de botella andante, por eso se ha de tropezar, más que se ha de caminar; se tropieza y el camino... ya no *es*.

La noche sopla un viento que ya no trae frío, sino alberga un miedo por los bosques y sus criaturas. Sinato habla y pareciera que recordara, como primera vez, una singularidad de lo que no ha sido, pero son solo malos momentos de sus pausados presentes que ya fueron. Entonces, Ulam se alegra al saber que su amigo puede ser una pitonisa novísima y le insiste en el jardín para que caminen mientras hablan; sin embargo, el relato camina y termina siendo víctima de la precocidad por el refugio. De vuelta a la casa invista, Sinato anduvo y dijo:

S. Ya mucho tiempo había pasado sin vernos; el viernes tuve la escalofriante sensación de que quería visitarlo. Tal vez a estos 56 años, me acerco a tener un respeto quejumbroso por la vida y recordar a los personajes con los que pasaron cosas buenas o malas. No quisiera saber qué tan anciano me siento, ni tampoco las estrechas cosas a las que se somete a los ancianos. De verdad, me ha causado gran molestia no entenderle, pues he pensado misteriosamente en usted como si fuese un oído gigante que escucha y gime cuando lo hace; y casi quise rehusarme a estrechar más palabras a su lado. Mi despedida ya venía a ser palabra, hasta cuando caminamos por aquí y me enteré de que los caminos se fragmentan y su existencia no es más que una ilusión que la vida nos imputa. Sólo hasta hace poco he decidido contarle el motivo principal de mi visita. Sé de sus exquisitas aventuras con los insectos mecánicos que migran hacia un lugar donde no existir; sé, también, sobre sus grotescos gritos a demonios que rogaban inmacularse; era usted el que les pedía que lo pensarán más de dos veces. Sé de sus viajes a la tierra de los frustrados y las amistades que cultivó a punta de palabras y dos versos repetidos que, con su instrumento, les cantaba. He venido con esta información, aprovechando nuestra antigua amistad y con la certeza de que usted no flaqueará ante mi petición. Deseo, por favor, Ulam, sea usted el encargado de *dar muerte* a Sinato.

Llegan a la puerta de la casa y Ulam no pronuncia palabra alguna. Se sientan en la pequeña sala y los animales de la noche suenan a lo lejos, con sus chirriantes y extra-dimensionales salmodias. Sin pensar, Ulam era testigo de la delegación de una insospechada responsabilidad. Creía que sólo en la experiencia de la muerte nadie podía remplazar a nadie. El darle muerte a Sinato no implicaba quitar vida o quitar muerte, aunque dada —la muerte— fuera una libertad de puros recovecos, siempre la de él, muerte intranferible, inllevable, de una aparente dación, pero de una pura pertenencia.

U. Sabrás muy bien que es mucha tu responsabilidad para señalarme esa tarea. De todas formas, mis dedos gritan ante la sed de blandir tu ya apagado cuerpo en el agua de vida latente que habla de inexistentes mortecinas.

S. Si quiere decir que me ayudará, entonces le pediré que, por favor, aligere el paso. Ya he tenido mucho de usted por hoy y mucho del mundo en mi vida.

U. No te apresures a los saltos de la migración. Todo este encuentro ha sido únicamente para hablar de la evasión.

S. Coincido completamente en eso y ha sido usted el que me ha convencido del gesto de muerte que pretendo abordar. Apresure sus pasos, por favor; pretendo despedirme sin muchas palabras.

U. (*Pensativo.*) Mi riesgo de corte en el hilo fresco de tu vida me pondrá en la inevitable experiencia de tocar o rozar muerte; entonces, encontraré el rasgo de la diferencia y el énfasis de la migración fronteriza; tal vez halle en ese corte inmediato de tu existencia la presunción de una abertura que me desbarate como el pasar de una lengua alquímica, rayo sin vestido que moja desapariciones. ¿Para eso vinimos? ¿Viniste a despedirte, pero por mi boca? Te vas de aquí con el empuje que deseas te dé. ¿Quién puede imaginar un mejor anfitrión que yo? No seré dador de muertes, pero sí donador infame de despedidas. Está decidido. ¿Cómo deseas morir?

S. Su diálogo me ha fastidiado, me ha alegrado, me ha confundido, pero me ha dado qué pensar; por favor, sorpréndame; supongo que la experiencia de la muerte tiene algo de eso.

Caminan hacia una de las esquinas de la casa, donde hay una banca, un árbol de sombra y un farol amarillo. Algunas de las viejas arañas se han encargado de ornar el lugar; sin embargo, la banca está limpia y repintada. Ulam prepara un yogurt, receta aprendida de su tío, quien le decía que podía matar a una manada de caballos, pero ni siquiera provocar una mueca en el rostro de una abeja. Lo hace con la misma voluntad con la que se pinta un cuadro o se escribe una letra. Él creará una muerte ajena.

CUADRITO 4

Sinato yace recostado sobre la banca; Ulam llega con el vaso de yogurt mágicamente condimentado. La luna está en creciente y las estrellas siguen en su papel de lenguas diminutas que atestiguan. El bombillo del farol parece que tuviera una encriptada repulsión a las muertes y, desde abajo, se mira cómo se le dificulta cerrar el enorme ojo que es.

Sinato toma el brebaje y aún tienen tiempo para dar (sin) fin al diálogo.

S. Le di demasiadas vueltas al tema y me molesté con usted.

U. Los grandes hombres dan rodeos. ¿Qué es el tesoro sino su búsqueda? Detesto la sencillez para llegar al punto; prefiero los caminos apartados de su destino, con enredaderas y bichos musicales.

S. Se compadece de mí, ¿verdad? Hábleme; son pocos minutos los que me quedan a su lado.

U. Tienes razón; tal vez en un momento te conviertas en gallinazo y te devores a ti mismo, o en una hoja con dientes que me devore...

S. Usted y sus ocurrencias. Le agradezco esta mueca *fati*. Se convierte ahora en algo así como mi madre.

U. No. Eres tú el que se transforma en arcano hirviente y mordedor lunático. Ya quisiera superar ese límite inmediato, pero infinito, que ahora trazas.

S. Ya vendrá el tiempo para su compañía.

U. Aunque mortuorias y reconfortantes, las velaciones y compañías aparecen siempre como el postre del difunto. Se han olvidado ahora. Velaré tu *esencia* —si es que algo de eso tiene— y espero que el recuerdo de una vela teñida sin luz te acompañe. Descansa, en el extremo de esta cortadura llamada *fin* y agota el goteo insaciable de las memorias que deben ser ya semilla indiferente de tu seca singularidad. No le hagas caso a los vaticinios que vengan en su errancia por las calles recocidas que verás en el destino. Engalánate, más bien, con los ojos torcidos de las bestias y los cosquilleos aurales, benditos por lo infames

y por lo infames santificados; que tu deseo sea el propósito de esta cocida improvisada de párpados, de esta teoprofanación de nuestros dones.

S. Ya veo como se tiñen los recuerdos de una nada singular, con flecos de una insolación de dos o tres colores máximo. Y siento un dolor en las manos, insoportable. ¿Ya debo decir *adiós*?

U. Sí, pues más tarde, aunque despiertes, serás otro. Di *adiós*. Sin retornos.

S. *Adiós* Ulam.

U. A tu salud, hombre de infortunios.

La noche se queda con el sonido amortiguado de unas luciérnagas invidentes. El bombillo está envuelto en una máscara de luz que le permite ser ojos sin ver y ser vista sin ojo. La banca es casi el centro de la escena y los bordes se ven ornados por micro-junglas grises con plantas de hojas permanentemente abiertas. Una pequeña roca, abajo del farol, parece que deseara moverse para escapar del enfoque escuálido de los hombres que hablaban.

La próxima palabra viene con el rugido de la adivinación presente. Ese escollo, para agarrarse siendo, vendrá sumido en el derrumbe fundido por lo increíble; agotado germen del presente que se esfuma en la inmediatez técnica de un ocaso ilimitado. Entonces, la palabra es el camino que golpea y atiende al sosiego decadente del fantasma herido, apaleado, reflejo monológico de una máquina juglaresca que, en el paso del tiempo sin memoria, se descose las arterias y las envilece como un río absoluto.

Ahora, dos seres reposan entretenidos con el salto etéreo sobre la margen existenciaría. La muerte, inevitablemente propia, es un sorbo que se deglute en la atravesada soledad de cuerpos acolitados; en esa amable preparación, la banca es el féretro inmortal de una amistad sin andrajos.

Dicho esto, borrado queda el diálogo. Ha sido, es y será siempre imposible.

LAS COSAS DE ANE

Al despertar de un sueño en el que se camina, se tiene la rara impresión de que se está cansado; sin embargo, sabemos nuestros pies descalzos y dormidos. Es esta –dicen– una sensación muy similar a la muerte, pues son los zapatos lo primero en salir, en cuanto un accidente aparece, en cuanto un muerto nace. Lea esta historia y le traerá sabiduría y, si no pasa, al menos lo volverá más viejo.

Desde niña, ella siempre recogió todo. Su familia pensó en patologías psicológicas al principio, pero, con el tiempo, se dio cuenta de que ningún especialista en problemas mentales podía sanarla. Casi la totalidad de médicos de la ciudad la había asistido, pero nadie dio con el porqué de las acciones. La veían enfrentarse a su angustia, cuando contemplaba implosivamente la figura de algo botado en el suelo; no resistía siquiera el problema del tiempo, pues se lanzaba como una tempestad hacia la figura inquietante de lo caído. El problema no radicaba únicamente en levantar el objeto, sino, también, en que cada cosa alzada la almacenaba en casa después de su limpieza e higienización. De manera radical, ella levantaba todo, sin importar las condiciones de lo desplomado en el suelo: monedas, papeles, cáscaras frutales, basuras y estupideces que el mundo arroja diariamente.

Esta situación, se tornó un poco incómoda cuando la niña cumplió sus quince años, pues la casa se encontraba infinitamente repleta de los abordajes cotidianos que circundaban la recogida. Así que sus padres, con el afán de mantener el cariño ensimismado de su hija, accedieron a la compra de un lote que, en su decoro y arreglo, podía figurar como el almacén improvisado de una singularidad juvenil. Y, de hecho, fue así, cuando, con los años, Ane amplificó sus deseos de recoger y acumular: un desborde de elementos insanos se amontonaba en todos los grandes y pequeños lugares de su espacio; su mundo ya no se concebía sin la maravillosa posibilidad del alzar y guardar. Los días, el dolor de espalda, y las manos envueltas en callos y cortes, se habían filtrado como fantasmas a los que ya no podía apartar; un eco apretado de cosas sin uso se respiraba sin serenidad en la inmensa bodega, que ahora lucía tan madura y con aspecto de anticuario contemporáneo. Sin querer, y sin saberlo, Ane era una cuasi-artista, ante la que muchos sentían recelo, pues consideraban esta práctica un poco extranjera a su tiempo, malsana, o carente de valor político y cultural; pero tales comentarios no eran lo suficientemente importantes, pues sólo un hombre conoce los avatares de su propio oficio, las penas y las alegrías de su martillo cuando clava. Para Ane, el mundo no podía ser mejor, si comprendía que en cada pequeño *paso* que ella diera encontraría una nueva estancia para alzar. Allí estaban los desiertos en la espera, con arena, el mar con algas y la ciudad con calles; una mosca muerta era presa de esta devastación de lo caído, ¿podría alzarse tal vez la vida? Levantar en un repentino instante el momento en que se he lanzado al vivible presente o al indefinible futuro: la posibilidad infinita de alzar la sombra no parecía estar lejos para Ane, pero, aunque quisiera, ese había sido un propósito causante de lágrimas.

— *Lamentablemente,* —se decía—, *sólo se puede levantar lo materialmente palpable.*

Y como todo azar, llegó un día a su casa el golpe a la puerta de un sujeto alto, de una juventud notoria en la claridad de los ojos. En un vaciamiento momentáneo, esparcidos por el motivo de la visita – engendrada en entregar una carta –, ella vio una metáfora humana reproducida en las manos del hombre: un cartero puede ser un recogedor de palabras también y, en ese mundo ilimitado de sujetos, él aparece para volverla un texto más de colección. Ella, ahora, puede ser el objeto a levantar: ¡qué imposible separación la que se implicaba en atarlos! No fueron sólo cartas las que llegaron con el tiempo, sino regalos, que ahora se tomaban desde el cariño y la cercanía. Ane, en la sujeción del mundo a colegir, empezó a amar sin sutilezas visibles. Ella, en su calidad de inmigrante transeúnte, dejó de levantar las cosas para su propiedad y, en una cotidianidad más que común, las apilaba como regalo para Frank – el cartero –, quien, sorprendido por singularidad tan extraña, bendecía al mundo por ese encuentro con la mujer de colectas y almacenamientos. Ahora, su sencilla casa se llenaba de decorados recogidos de la ciudad.

Frank, era un buen hombre, que había vivido durante 30 años en el mundo con aparente normalidad; las cosas no se le salían de las manos y su puesto como cartero lo hacía sentir una gran nostalgia por lo que pudo haber sido: tal vez un médico, o un capitán de barco. La vida le transcurría sin mayores preocupaciones, pues su casa solo él la habitaba y una sola boca que alimentar no suele dar tantos problemas. En su habitación, guardaba con complacencia la fotografía de su madre, muerta hacía tres años. Recordaba que, a la hora de observarla ya fría y tiesa, lista para introducirla en el ataúd, Frank decidió abrirle los ojos, para ser testigo, con nostalgia – según decían los viejos –, de la existencia de su alma, pero se encontró con una sombra dentro de las pupilas, que se le grabó horriblemente en la memoria. Se decía que, si algún día encontraba a la muerte, ella tendría esa mirada.

Al principio, Frank jugueteaba en su mente con los cientos de cosas que Ane le había obsequiado; soñaba con ella en un paraíso multiplicado, donde ya no existían creadores o castigadores, todo estaba para contemplarse y exaltarse, como una delicia donada por el mundo que el mismo mundo aborta. Las piedras constituían el *estar* impreciso de las cosas, la basura – la mayoría de lo encontrado – relampagueaba con su ondulante eco de sinsentidos que, en la ventura coloreada, aparecían para sugerir nuevas sensaciones; la dimensión de lo *reusado* se presentaba ante ellos como una nueva categoría de vida: *el reciclaje metafísico de sus existencias*.

Con la costumbre adquirida por el cartero, ahora ambos se agachaban en búsqueda de lo caído, recogían únicamente sus devenires y los devenires del mundo sobrante, pues, con el tiempo, razonaron respecto a que su motivo se encontraba desligado de cualquier proyecto que intentase salvar el planeta. Alzaban las cosas, las mugres y los días, porque sus intereses así lo dictaban; nada de superchería benevolente.

— Nuestra patética costumbre de guardar los residuos, —decía Ane—, no tiene nada de humanista; es más, muestra nuestra monstruosidad al acopiar los recuerdos de otros, pues es una carga que sólo una bestia puede soportar.

Y los sitios de almacenamiento se fueron acoplando con una urgencia desorbitada; ya casi no existía lugar para objeto alguno y todo se ensuciaba más que nunca. Entonces, decidieron reposar durante un mes para dar orden al mundo embalsamado. Al cabo de ese tiempo, se reorganizaron las cosas sin necesidad de estrato o calificación; aludían, sin quererlo, a un cosmos pretencioso de caos, y caminaban orgullosos por su *(re)creación*

del mundo. Y aunque era imposible abordar la totalidad del lote de Ane, se dieron sus modos para que, al menos, *aparentemente* las cosas lucieran limpias. En las noches, los lugares parecían cargarse con las anotaciones que el tiempo había sellado; cada cuerpo, ocupante de un espacio, rememoraba la vana ilusión de sentirse vivo por su propósito, pero olvidaba, durante el lapso oscuro, que prefería su destrucción antes que sobrevivir por la mera disciplina infundada de alguna maniática. Y, sin embargo, todo el espacio despertaba listo para la espera de un nuevo olvido, toda la bodega se abría paso hacia la ausencia que llegaba deshecha de aprecio, pues, al fin, ¿qué son todas las almas del mundo, sino simples olvidos de otros y otros que se secaron como ropa puesta al sol? Todo aquello, en cuanto rodea al hombre, se sujeta al olvido y al desecho.

Tales fueron los eventos que en un principio sucedieron, pero, más tarde, una montaña de objetos indistintos se acumulaba en el peinador de Frank, mostraba el ligero desorden que a raíz de los obsequios se formaba. Cuando la vida se acumula de vidas, existe un umbral limitante, que es el desborde de muerte; no todos nacen para morir a cada segundo, al menos no Frank, que ya empezaba a ver, con un silencioso empalago, la obesidad de sus días henchidos de abandonos, unguidos de vital mortecina, la misma que cubría a los cientos de presentes. Sin embargo, amaba el cuestionamiento de Ane; respetaba, desde una sacralidad antigua, las costumbres a las que se había entregado, y amaba también el deseo cínico que se proyectaba en él mientras la observaba. Paradójicamente, quería su estancia cercana y visible, pero lejana y oculta, como un insecto volador en medio del mar.

¿Qué hacía con esta mujer que lo llenaba ridículamente de cosas de otros? *Cosas del otro* que, en su conjunción, anclaban la presencia inaudita de Ane. Ella era la imagen de todas las cosas, de los antiguos poseedores de las cosas, de los objetos indeseados; ella, entonces, era la indeseada, era la carátula del vértigo que siente una moneda que resbala de la mano extraviada de un hombre, era esa mano distraída; ella era el rostro del robo y de la pérdida. *Su identidad se encontraba en la mezcla imprecisa de las cosas sin nombre.* ¿Qué hacer con una mujer que es todas las cosas que levanta? ¿Qué hacer con todo ese paquete incontable de objetos tras el que se oculta? Frank podía tal vez huir y olvidar lo olvidado; al fin, cuando una gota moja, es más fácil soportar la segunda. Pero no, era una solución muy simple para una mujer que era tanto; debía sentarse a reflexionar y dar una respuesta a la altura de Ane; apartar el amor lo suficiente para evitar la gran distancia y la pronta cercanía.

Frank se despide con afecto de las cosas recogidas, se sienta en la salita de su casa e inicia el juego del pensamiento para idear una posible solución. Piensa, en horas de la noche, mientras el sueño poco a poco lo va nublando y lo deja vencido; el sueño es un consejo amable, cuando se tiene en las manos la clave dispuesta para su traducción. En él aparecen formas que migran y se nutren del camino de la vagancia; paran en las estaciones que convienen a sus pies borrosos y, a veces, florecen las formas que menos se esperan, encarnadas en la imagen incestuosa de nuestros fieles. *La muerte* apareció, en este caso, aprovechada y conveniente, en la muerta figura de su madre.

— Tengo una solución que te agradará, —dijo la muerta/e—. Haz que recoja algo que sea casi imposible y dile que te lo traiga; dile que lo guarde en cualquier saco o cajón y que te

lo obsequie. Así, se irá de ti por algunos días, pero volverá para regalarte lo poco que haya encontrado o, tal vez, lo que no encontró.

— ¿Qué puede ser eso imposible de alzar? —preguntó Frank—. Ella ha demostrado que todo es susceptible de recogerse.

— *Pasos*; dile que recoja pasos.

En la mañana, Ane llega a la casa de Frank con algunos obsequios, entre ellos un gato, una esponja y algunas migajas de pan. No ha entrado aún en la casa cuando el hombre la sorprende con su indistinta petición.

— Quise recoger una sombra un día, —le contesta Ane—, y me fue imposible. No me pidas que recoja una insensatez.

Frank, que aparenta seriedad y mucha frialdad, piensa que es ella la insana y le lanza una mirada que la obliga a salir del lugar, mientras le repite que debe traerle al menos diez pasos de otras almas.

Desconsolada, Ane sale de nuevo al campo de sus constantes viajes, la ciudad, y les pregunta a los transeúntes, que son los mismos fantasmas, la forma de recoger un paso, la forma de agarrar con las manos la pisada desprevenida de la gente, pero el viento y las calles grises no sustentan respuestas. Es, además, antes que una prueba de cariño o una lucha por un posible amor, la pregunta por su vida misma; nadie le había pedido que recogieran algo tan impreciso y furtivo como su propia lucha por un deseo inquieto.

*

* *

Aparece frente a Ane, ahora con rostro amable, la mirada de la madre muerta de Frank. En sus adentros está la Parca.

— No hay problema con recoger pasos, —habla la muerta/e—; el único problema es la compañía; si quieres puedo ser la tuya y conmigo recogerás los pasos que desees. Sólo hay una única condición, recogeremos los pasos de aquel que este próximo a morir.

El recorrido es lento; cuando se conoce que ya no se debe el sentido a nadie y que las deudas que a otros supuestamente se debe, sólo surgen debido al llamado de las profundidades del mundo; en ellas se encuentran mezclados todos los opuestos, incluidos una mano y un pie que, juntos, marchan como animal hacia la jocosa muerte. Se muestra lento el destino y los azares ya no perturban, sino son maestros; el viento es agua y dioses las pulgas del mundo. Marchar, para ser testigos de la huella, abre las lentitudes del universo entero; un paso en este planeta es un satélite en el otro. Abandonar el compás del tiempo para pasar sobre el borde de nuestros pies, marchar con el absurdo, en la parodia de los supuestos espíritus libres. A todos encarcela la custodia de la muerte. Y, ahora, ¿quién es esta mujer que se compromete con el limbo para recuperar las sendas que se dieron? Esta mujer que marcha enmarañada por aquellas cosas que el *otro* no ha terminado: una visita sin hacer, una deuda sin pagar, la caricia a un nieto, la cocina y la luz prendida. Recoger los pasos del mundo sin interés alguno: una donación infinita.

Las pisadas que anidamos diariamente se vuelven semilla y raíz en donde quedan; a ellas volveremos para desenterrarlas, volveremos, pero, siempre, de la mano de la muerte.

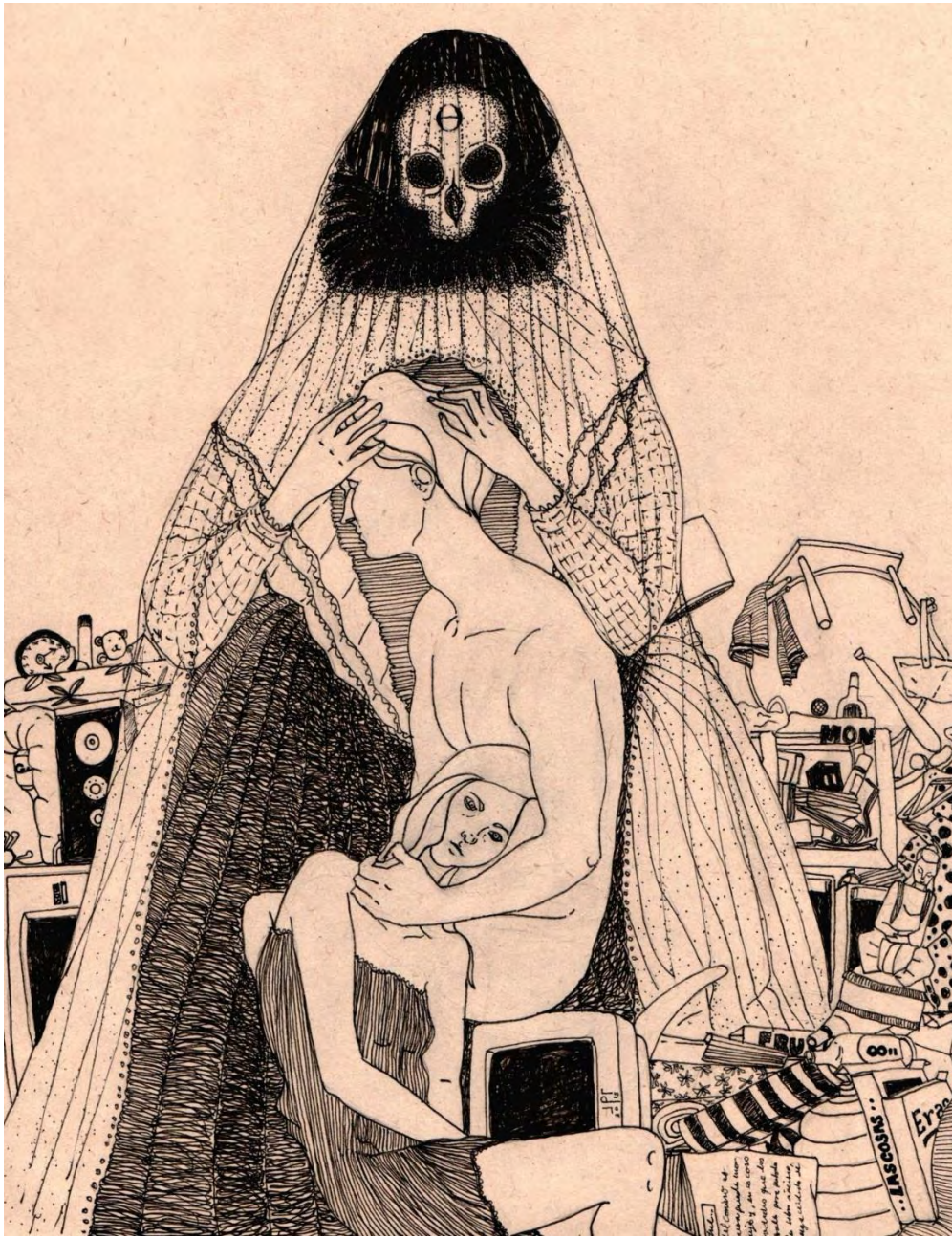


Figura 5. Ilustrador: © Jose P. Tello.

OJALÁ PASE ALGO QUE ME BORRE DE PRONTO

El deseo de desaparecer, porque las cosas desaparecen, emponzoñó tan atrocemente mi sed de ser que, en medio de los resplandores del tiempo, el aliento se apagaba y el ocaso de la naturaleza me envolvía con multitud de sombras.

E. M. Cioran, Breviario de los vencidos.

Todavía puedo mirarme, siendo un niño, en la ventana *ya ruina* del cuarto de mis Padres. Veía desde adentro todo el barrio con sonrisas ajenas, las caras envejecidas por el vano diario de los perros y la cocina. Siempre hubo, en ese barrio, más mujeres que hombres y parecía que sombrearan pretensiosamente el bullicio de sus bocas en los códigos intermitentes de las mañanas frías. Observaba de puntillas, arrimado contra la cama, cómo los autos aparecían y desaparecían tan fácilmente de la soledad de mi imagen; de igual forma solían ser las personalidades heridas de mis juguetes, se dibujaban tan fácilmente como el segundo en el que empezaba el juego y, más tarde, ya eran evocación disipada y sin corriente. Yo siempre envidié la habitación de mis padres, tal vez el aire notorio de seriedad y de esencias adultas me atraía más que las otras cosas e, inadvertido por ese detalle, me evadía a ese lugar con leves sombras y un espejo grande. En la esquina de ese cuarto, había un Jesús de niño (no me atrevo a llamarlo niño Jesús, por la ligereza con que los demás lo hacen), sus manos milimétricas eran tan exactas a las de una persona, que era el detalle menos gustoso para mí de ese lugar; por tanto, y en especial, huía como un perro asustado cuando llegaba a observar los ojos del niño; además, su vestimenta no era del rosa habitual, sino lo adornaba el azul pastel, hervido con trozos amargos de una oscuridad café en su cabello; hacía asustar a los más pequeños con esa imagen. En fin, la temática nunca ha sido esa habitación; sólo prolongo mis escuetos esfuerzos para calumniar al posible lector de esta historia. Tal vez el tema siempre he sido yo y sólo, en un avance de mi perspectiva, puede ser también esa *casa* y su desaparición.

Viví allí desde mis nueve años; lo recuerdo por una pequeña celebración y una enfermedad que me paralizó algunos días el rostro. Aún se respiraba ese olor a nueva y, entonces, supe mi cuarto en el segundo piso, casi diagonal al de mis padres. Los colores ya no son presentes en mi cabeza, pero tengo en la memoria a mi Padre pintando las paredes, los periódicos en el suelo y mi madre con jugo o café. Mi habitación era angosta pero abrigada; yo me encargaba de darle algo de frialdad o, por lo menos, eso decían mis primos, que, mientras dormía, todo calor era sensible y, al despertar, el frío les llegaba como una daga en la espalda; entonces, en sus visitas, salían de la habitación si querían que jugase con ellos. Considero ese uno de los primeros indicios de mi historia, pero, por ahora, terminaré de narrar la destrucción de la casa.

Fue, creo, a los dos años; la crisis económica que crecía en una dilatación enorme hizo que mi papá comentara en la cena la facilidad de vender el lote, mas no los muros y, ante

un concilio entre los dos –mis padres–, fue indiscutible la venta inmediata de nuestro territorio. Días después, ya mudados a un edificio del centro de la ciudad, mi mamá llegó al colegio a solicitar un permiso; me llevó a la destrucción de la casa; nunca tuve una sensación tan titánica como la de esa vez. Aunque hacía parte de un barrio, las otras casas parecía que no se inmutaban por la caída de esta; el polvo iba hacia todas partes, los vidrios, los alambres, un pequeño árbol. Lloramos juntos; siento ahora que, después de un nacimiento o renacimiento, la mejor tempestad es la de la destrucción.

Vivo ahora en una habitación detrás de una pequeña casa, muy cerca al parque central. Poco a poco, y aburrimento tras aburrimento, mi cabeza había llegado al límite de pensamientos discrepantes; solía tener arranques de estupidez y no comía por días. Supe por alguien que dormía demasiado y despertaba inconsciente, a altas horas de la noche, para abrir y cerrar los ojos rápidamente, algo menos que un pestañeo. Sentí miedo de mí y me obligué a concientizar mi sueño, a volverlo humano y cotidiano; lo intenté varias veces, pero las mismas fallé y, en un sondeo de sueño rápido, encontré lo que buscaba. Una imagen de mi rostro se desvanecía en el fondo de un espejo; al tratar de recuperarla, tropezaba con que yo no tenía forma alguna y, por tanto, no podía hacer el intento de *ser* otra vez. Desperté aturdido con salivas en el cuello; había demasiado calor, sin embargo bastaron segundos para que me encontrara helado en el piso. El sueño me revelaba un propósito y no era precisamente el de resucitar a mis padres, o el de tomar valor ante la vida y ni siquiera el de morir. Mi propósito era desaparecer. Desvanecerme.

Durante años había soportado el golpe implosivo de la pérdida de mis padres, un sueño pasado que devenía en retroalimentadas caídas, ya dispuestas a no disolverse; las encontraba en un sinnúmero de gestos ecuanimes que me limitaban al palacio del humano. Había quedado con esa fría choza, llena de recuerdos familiares que no fueron míos, pues esa rama, donde hago parte de un árbol genealógico, se convertía en un desprendimiento impar motivado por mi invisibilidad o mi inexistencia. A veces, me causaba risa encontrarme sin valor, con tantos objetos de valor, alimentado por colegas de mis viejos padres, quienes recibían su pensión a costa de mis señales de vida ante los estamentos judiciales; sin embargo, mi cuerpo se tachaba por estar enfermo: el estrés poseía la carne y mis agentes sexuales se derretían de calor por fuertes gripas; el dolor de estómago trascendía la existencia, la letrina emanaba un olor sagrado de aseo mal hecho y de restos antiguos de baño fino. Cada gota de oxígeno ingresaba con su famosa susceptibilidad de llevar con ella todas las enfermedades del mundo; yo la respiraba airosamente, al saberla desde un comienzo una termita virulenta que me mataría. Sucedió eso hasta el sueño de mi desvanecimiento.

Mi condición hacía que mis dedos vacilaran con la comida, al rechazarme a mí mismo; todo el misterio que construye a un ser humano parecía irse develando con mi enfermedad sincera, pero diría que todo ese complot de desmanes era solamente el montón de estruendos que sobre mi rebotaban. También había hecho enfermar a unas cuantas mujeres, entre ellas Ané Fran, quien, encarecida por el estado de mi salud, empezó a acercarse un tiempo considerable hasta enamorarse de mí; luego, sus visitas se convirtieron en búsqueda de un placer sentimental del que guardo algunos buenos recuerdos; con el tiempo supimos que estaba embarazada y que era inadmisibles tanto el nacimiento como el aborto del niño, lo primero por juventud y libertad, y lo segundo por enfermedad y moral. Se alejó en el tiempo de la gestación y, a los dos meses del

nacimiento, retornó padeciendo de anemia, con el niño en los brazos. El bebé tenía algún tipo de cáncer que ahora no recuerdo; supe que murió a los pocos días, su madre a los dos meses. Me siento tristemente responsable también de las enfermedades de Menola Muran, que decía se enfermó de tiempo, pues acudió tantos años a esta choza-habitación que se le fueron habituando mis males y, poco a poco, hablaba como yo hablaba y pensaba como yo pensaba, es decir estúpideces sonámbulas. Al verla hablar, sentía un espejo con más vicios que los míos y la tristeza de sus ojos era ahora mi plaga. Esta situación debí detenerla antes de mi ocultamiento profundo... una muerte se hubiera evitado.

Pensé en el adentramiento de mis neuronas sin vida, que no iba a poder adiestrar el tiempo ni los espacios a un favor afirmativo de mi personal y evanescente existencia y, por tanto, no podría acceder a la dicha de la curación vivible o habitable dentro de los márgenes que en mi alrededor se imponían. El humano tiene esa seria vaguedad de querer sentirse perversamente odiado o amado, ese síndrome de implantar en los demás una pizca de plaga de sospecha existente, es la solidificación de la verdad humana que se fragmenta pero se sostiene, disipada y errante, anidada y abortada, un hecho espumoso que nos lleva a la hoguera y a la santidad; ese hecho que transforma lo inerte en un foco útil del *otro*, mediático pero prevenidamente vivible, es quien da cuenta a gritos, sobre el mar de *presencia*, que somos en la arena de las gentes. Y sin ese llamado de pronombre nominal, los hombres dejan de existir; tal vez yo podría hacerlo a mi manera.

De forma natural, jamás traté de evadir los caminos que hacia la muerte me conducían; al contrario, los busqué con más exactitud e ímpetu; utilicé fuertes tipos de envenenamiento que me llevaron días a la clínica y al sanatorio; sogas colgantes con mi cuello apretado, que exigían una prueba de mi alma en el centro de mi palabra; choques eléctricos, largos desafíos a puñal con mendigos, virus sexuales y demás; sin embargo, todos estos males rodeaban mi porvenir, como que lo supieran mucho menos que infructuoso; lo conocían inmaterial y sin interés. Le salté a un automóvil que viajaba a velocidad, pero mi cuerpo fue rechazado como un escupitajo de anciano. Sentí, entonces, como ya lo había pensado, la desaparición que tanto ansiaba se escurría de los límites que la vida con la muerte nos impone. Mi desvanecimiento de este lugar –como el sueño lo indicaba– sería posible si lograra entender el centro indiscernible de la vitalidad y la mortandad, acceder a la clave de una desaparición forzosa, mucho más grande que la de cualquier humano o cualquier espectro; borrar me como una pisada de lápiz, que existe en la mínima consolidación de esa idea, al fabricar una quimera del ánima, desintegrar cada partícula de verbo y de carne herida que me sobraba.

Si bien este proyecto llevaba una notoria inmadurez teórica o científica – incluso mística –, hacía de mis intereses el único propósito que, de modo paradójico, me ataba a la vida. Y si el lector comprende mi propósito hasta el momento, entenderá que había de contemplar, en el tiempo venidero, cientos de errores frustrados. Adiviné, por ejemplo, que, en las líneas de la mano, se halla una escritura informe distinta a la quiromancia y la quirología, sólo visible a los ojos del dueño; en ella hay una sola frase de 13 palabras que, al ser pronunciadas en voz alta, dividen nuestro cuerpo en varias porciones microscópicas, que dejan el cuerpo fragmentado; una especie de desaparición que, en sí, sólo destruye el cuerpo, lo desaloja de una centralidad, mas no promueve ese desvanecimiento que buscaba; sin embargo, examiné la escritura en mi mano; la encontré y verifiqué si eran esas las 13 palabras; las canté en una noche, en una mañana, en una tarde, también en

todas las lunas y en todos los días, pero mi cuerpo, fatigado por su estupidez infantil, continuaba en ese celestial estado de quietud y coagulación errónea. (Tal vez no eran las palabras, quizás no era yo el dueño de mis manos y ese otro que, de verdad, las poseía, necesitaba aferrarme a la vida aún más, pues él depende de mí (si existiera); tal vez ocultó la escritura, o yo me la oculté, para evitarme el horror de presentirme desaparecido). Comprendí, también, antiguos textos donde el desdoblamiento era una de las formas para adelantar la muerte sin estar en ella, venerarla desde la vida, pero encarnándola desde el alma. Entendí que, en ella, las bitácoras de tiempo serían desagradables para mi condición física y que toda esencia carnosa se limitaría a la desposesión únicamente de un espíritu, pero jamás, en esa posibilidad, el despojo completo de lo dual; en ese lapsus no se originaría la desaparición enferma que mis poros acechaban. Aparecieron libretas de textos donde se enfatizaba el poder del sueño; se podía desaparecer únicamente de nuestra percepción del mundo habitable; el cuerpo, por su parte, quedaba ahondado en la cama a su suerte, mientras nuestra fantasía podía recrear millones de desvanecimientos fortuitos. En tales hechos, la oscuridad de mi concepto tomaba algo de vida y el cuerpo onírico era mucho más que una onda llena de idea, mucho más que el mismo sueño; sin embargo, más tarde despertar y contemplar de nuevo el fastidio de la existencia.

Creo que traté con cientos de hombres que me prometían el alejamiento de mi inerte físico y su desplome en los dichosos elementos; muté en animales acuáticos, bendije a las aves, tuve arena y tierra en mis pieles para volverme ella mientras cantaba un código; observé las letras de los dioses inscritas en las rocas que no deben tocarse; profané un templo para codiciar el castigo, hablé y callé, casi morí; sin embargo, aún me comprendía una insistencia sólida, sentado como un molo de carne en el milenio de la penumbra. Había ilusionado un terreno con edificación llena de eventos imposibles. ¿Quién puede pretender el ser borrado para siempre?, ¿es posible? Mi afán y ceguera me habían llevado al extremo de la ignorancia; apenas podía transformarme en muerto y soñar con la costosa desintegración molecular de los científicos. No podía llegar a ese ánimo que ni siquiera yo comprendía: un desplome de mi *ser* que implique el borrón, o desaparición de mi existencia, sin llamarme muerto. ¿Cuánto implica la existencia? Un tiempo, un espacio, el ocio, una religión y un *ethos*. Ansiaba ese retorno a mi inexistencia, al dejar el mundo sin mí, pero habitar desde esa lejana atmósfera de la sombra; o, tal vez, desde el reflejo turbio de un espejo.

Todo acontecía normal entre mis pensamientos, álgidos en el debate que contribuiría a mi desaparición, pero nada pasaba, mas asechaban los excesos de códigos secretos que no conocía. El mundo me era imposible y yo imposible para el mundo, pues él había tenido su forma para agarrarme sin salida: en la casa, en esta pregunta, en mi deseo de ser un irreconocible efecto de lo que no es. El mundo siempre me había atrapado con el propósito de no dejarme ir; ya no había compañía que desease tanto como la de mis padres, o la de una nada sin forma aparecida en cualquier rincón de este terreno. Cualquier cosa recibía, menos este mundo que me hacía sentir una cosa más. Resisto el tiempo, pero no el espacio; aunque mi borradura también debía fragmentarme en segundos, más que en minutos, terminaba por soportar la quietud del reloj, pero no la quietud de la arena, o de los perros, o de las estrellas.

Ayer visitó esta ruina de habitación Menola Muran, trajo con ella el Jesús de niño, lo puso a un lado de mis pies, en el suelo. No rezó demasiado, pero sentí cada una de sus palabras como si fuera la última o, mejor, la primera. Hizo que me levantara a ver el territorio malsano que habito, mucho más desagradable que mi antigua casa. Observé hacia afuera por en medio de las cuasi ventanas y vi a una niña con su madre que miraba directamente hacia esta choza. Entonces, Menola abraza al Jesús de niño y me dice, desde la cama, que todo mejorará. Yo la miro con miedo y, con mucho frío, siento el estruendoso sonido de la demoledora sobre mi inútil cuarto.

Es verdad, después de un nacimiento o renacimiento, la mejor tempestad es la de la destrucción.

MERCURIO PEZ

Un animal prolongado, de hocico felino y brillantez escamosa, inicia su fuga con cierta elegancia desorbitada.

José Lezama Lima. *El guardián inicia el combate circular*

Un pez viaja

Los peces existen también en esa licuefacción de seres enclaustrados en la punta del desasosiego, los dibuja una gota enferma del árbol que pare destinos incestuosos, como el del buitre y el asno. Los espermas que en la fundamental muchedumbre giratoria son sigilo, aparecen y se reduplican, pareciendo la ventana a la osmosis abierta de los pastizales blancuzcos. En ese impar y caleidoscópico fotograma de los oídos que se disputan el mar, existe un fatal amontonamiento del espacio rojizo; las mantas de los búhos sin diestra se emocionan con la ventisca que viene de los edificios verdes, encaprichados con las lomas perdidas de la región inerte que se escapa a la noción de agenda lúcida, o terreno adverso. Por eso, el marítimo ejemplo de la luz empañada de caos se tiñe de poderosas tumbas, aferradas al pasar acertado del tren exergo.

Un beso de pez va saliendo como una gota de burbuja precocida en el aislamiento de la trayectoria que hay de pez a pez, o de pez a mar, o de pez a roca. Cuando llega, revienta como *chuma oxigenada*, oficio de la reclusión del hidrógeno en la paciencia menos que salival del beso náutico. Es delicioso saborear la imagen del pez que marcha hacia la destrucción de su fútil tacto, y ver el desprecio del agua ante el agua misma reconvertida en mueca estrecha. Sin embargo, el mar es el testigo inmediato del evento sin retorno que predispone el beso. Las algas cumplen su papel hidratante de generar vértigo sin marcha, individuales flotantes de sínkopas aéreas sin ocaso límite. Por el camino mostrado hacia las felices espadas, un gato acuático resbala el silbido angosto de felicidades ocres; su punta inmediata revela el cosquilleo anal, empeñado con la gloria arbórea que no se filtra ni se agita; es, entonces, el tiempo de los habitantes muertos, la santidad del fino espacio y la agonía fiel de un puerto sin boca.

La sugestión provocada en las aletas del pez viene como un dolor frontal en el imperio de lo sacro; lo reviene y lo invita a degenerar en secuela de sí mismo, ya en reflejo olvidado que estampa aleteos ciegos, campaniles endurecidos de color innegable, más veraz que el ojo del cetáceo llamado león. Así que, en cuanto el camino invisible del agua muta en vía etérea, el rostro del pez se viste de poros obtusos, pues lo camufla la dispersión total, que le vacía las versiones multitudinarias de asumir un trecho; eso resulta aliado del mismo viento, llamado *corriente histriónica* en el río y el mar. Ya no hay versos por salvar cuando el virtuosismo del nado se ha convertido en despojo absoluto por ganar presencia; es, entonces, la secuela directa de un alma bostezada que se filtra en el cadencioso goteo de los orines feriados del pez que camina sin brazos, pero con carne gris tatuada con los

nombres incontables de todas las bestias. El pez es el ojo estridente de un coro icónico que lleva a cuestas el universo. Se deja ver acaso, en el escondite parasitario de su esencia, como un agujero deslucido que se muere mientras crece. Nada el pez y dejando un rastro de dibujo abortado; y es su espíritu histérico, habitado por la paciencia elemental de una calumnia rota, imperecedera huella *lunar*, que se muere mientras vive y eyacula mientras canta. El ocaso azul y negro de la vestimenta oceánica surge de las convulsiones agitadas que lleva el animal con el limbo; las bestias reconocidas que se bifurcan en cuanto son mayores aparecen como un rasgo meritorio que decora innegablemente el piélago; son todos el abordaje hinchado de un código secreto; no hay quién lo descifre, sino la misma espera del tiempo en su aniquilación acuática, en la cúspide inorgánica del hueso: sin ideas.

Ensortijado el ondeo, presume un ir del animal sin la preocupación alegórica de la tierra; su hábitat es el cruce consigo mismo lleno del afán de un segundo en movimiento, la plaqueta híbrida bañada en el ácido de una suerte cortísima, que es la misma que la de la eternidad inaccesible. Suenan anecdóticas presencias mientras *nada* y los rayos que asedian el día surgen esporádicamente mientras atraviesan las branquias y las fosas; también ellos se piensan como hematoma abierto, que surge y saca a la vez una lengua amarilla, presta a manchar de luz breve las estancias descodificadas de la mar inquieta, o del espejismo de la mar inquieta. Todo *ser* es una disolución cuando está siendo tocado por las gotas. Este pez diseminado anda porque todo en él es ceguera y mudez; no importa el futuro espacial cuando se está sin palabras o ruido fértil; la especulación de las frutas sin verde llega como el ocaso de los dioses amargos. Al pez lo han pescado.

Ciudad Jadeante

Entonces revienta la migaja suburbana en la periferia de las narices alcantarilladas; se mezclan por el cociente que dejan los transeúntes para ser hijos de la urbe; ellos enseñan a ver el mundo como se ve desde los edificios. Un transeúnte, no sólo pasa, sino también se estanca y florece como mata seca, que es fruto de una baldosa gris, bañada en niebla infiel de septiembre. Pasan los pasos, conspirados por las intenciones mayéuticas y sobrantes de los prototipos que piensan, alardean sobre una tesis iconoclasta que se cumple en cuanto se progresa, y se muere posteada en la repisa ocular que tienen todos en la red. Las mujeres, caminando, pretenden una especie de condensación extra-lunar, que se fuga bajo sus piernas y encuentra, en ese compás remoto, una aniquilación de sus vidas presentes. Al balancearse por los andenes, los cuerpos parecen sortilegios enjuagados con internet bilioso, apagado y traumático, siendo una vigilia de veinticuatro horas solares, extra-solares, porno-solares. Todo sucede en ese paso por la iglesia de las doce, donde se posan las aves menos viejas, que se hacen las voladoras cinematográficas; sucede cuando ellas no pretenden nada, en una absoluta venganza con desquicio frenado sin predecir cada paso en desprestigio. Los charcos de la prestidigitación suelen columpiarse mientras las horas embisten un pedazo rojo de pieles irritadas.

Gemidos de absoluta indelicadeza se escuchan, las voces humanas han comenzado a mezclarse con las voces de animales suicidas. Pulgas se enfrentan a su maravillosa anestesia diaria del suelo, huyen de él pensando en qué significa el tiempo que las arrastrará a la devastación; por tanto, saltan, al migrar hacia la intemperie de los segundos

soplados; por eso saltan pues, de no hacerlo, la vejez filtra sus belicosas patas portadoras de los anillos de Saturno. La muerte de una pulga es la triste apertura del desencaje entre el afuera y el adentro; la sangre que, inaudita, sale de su exquisito vientre impugna la faz, el cuero, la piel, niega la existencia de lo externo: ahora la sangre del insecto, que era de otro y es suya, es toda del mundo. *La pulga es el mundo*. Se sabe que el suicidio es un acontecimiento cuando el ciudadano prueba y se deleita con la delicia de la sangre; entonces, el diminuto vampiro no ha muerto sin quererlo.

Pero las tardes son inevitables en una ciudad sin cólera, llegan solapadas e imprimen los viejos fuegos que eran testigos de otras ciudades grises; van sobrecogiendo a la urbe con un achante atemporal, arraigados en la idea infecunda de un pueblo inmenso; pero no, las almas en las ciudades son poros que sólo admiten respiraciones interrumpidas, pues las cabezas bailan el tema de la asfixia y son engranaje o silla impura de un ciego. Así, las ciudades son necesariamente asmáticas y el transeúnte camina para sentirse una gota de polvo estéril, una chispa de mugre viajera. Va ondulándose la tarde gris, como todas las tardes...

Nótese el desperdicio de aire cuando se botan ligeramente las palabras, note que hay en todo alrededor de la palabra una pequeña semiósfera, sinónima a la imagen de ciudad que cada habitante lleva; entonces, hablar y habitar la ciudad es redundar; por ejemplo, el enano de la calle quinta, que se parece a un *Gurami*, vive hablando de disociadas interpretaciones sobre el color.

— La plaza es rosa, —dice—, la calle es blanca, los huecos grandes y, por tanto, azules; el filo de las esquinas es gentilmente negro. Y mi casa es del color de las venas: amarillo resquicio.

Entonces, si se acerca un poco al vaho de sus palabras, percibirá el mórbido aliento de vocal cerrada y, sutilmente, entre parabólicas intermitencias de conexión, sus ojos tomarán el video en acrílico del *Gurami* y la ciudad se pintará angustiosamente con el error, lo abrochará de un brazo para que pasee por el destino del sacro desperdicio verbal. Los hombres y los monstruos hablan para desbordar la metrópoli; la pena del transeúnte es llevar en su boca el genocidio hermoso de la ventura que transita: *Un paseo airoso a través de los olores hermafroditas que la mutación de casas, humanos, edificios, autos y calles, ha convertido en una posibilidad más, no sólo de la vida, sino también de las singulares existencias, una cuasi-esquina, un cilindro, unos cuantos postes*. Por eso, el regreso a la beatitud capital es tan corto cuando la virginidad de un teléfono público aún existe, pues la industria refriega antigüedades y conquista el estereotipo parásito del poder; nada en la Urbe sucede sin industria, incluso las lágrimas gotean humos negros de excentricidades químicas. Los hombres caminan a vapor, inspirados por el turbio gas que los estrecha; el alma es vitalmente negra, nutrida de escasez humana. ¿En qué lugar se encuentra el pacto universal para la decadencia de un *ser*? Los *seres* son, gracias a ese centro, una burla epistémica; pero se sabe bien que la *idea* resume una vacuola inoperante del mundo.

La ciudad es el acuario de un pez enfermo.

Ciudad in Pez

El segundero titila más lento que siempre. El hombre cocina, desde su enclaustre, la maravilla oceánica de un salmón – el pez pescado –. Lo objeta desde su mesa y siente los empujes del tiempo, arrimado a las ondulaciones de su estómago hierático; en el afán de un rápido bocado que embute la tarde, los dientes revelan el brillo del animal que, a su vez, muestra la punta de un ojo descocado. Los dedos entran sabiendo una delicia profunda, que avista sin previsiones el sabor indeterminado de la piel planetaria, o de la carne estelar recién limpiada de mugre sónica. El pez ya ha gritado al sentir el hundimiento manual; su voz suicida es un rizoma invisible que se oye en cuanto se calla. Y los fragmentos de carne se llevan hasta la cueva denominada boca. El pez y la sal se empañan para descodificarse, como suelen hacer los párpados al exhalar un miramiento hurtado de ojo. Este hombre siente que los viajes del pez no fueron en vano; su destino consumado cuenta con la galopante masticada que cae y se mueve en los abreviados garajes de dientes semi-chuecos. Masticar, masticar, masticar la ingenuidad de no saberse hombre y de contemplar sus manos, agarrando la misma contemplación de la inocencia; todo él ubicado en cierta plaza de la mesa, donde se ignora la pulcritud molida que llevan los caminantes, el viaje azul del Pez Universo.

Poco a poco, los restos del mar se dejan ver únicamente en los huesos. Y en ellos se guardan casi milimétricamente los trozos del espíritu oceánico. Todo se ha engullido hacia el gigante estómago de humano enorme y los gritos aún se oyen en el interior del silencio; pero, en goteos de tiempo, el hombre se balancea y se aflige por un mareo más que celestial; palidece su rostro entre las manos que vomitan sangre y las cuencas oculares blancas, retorcidas por la asonante disgregación de la que ya es esclavo. Las cosas de la cocina lo observan, observan la muerte insospechada del hombre; pero ¿morir? ¿Acaso la enfermedad lo habita?, ¿un giro respiratorio, un choque de maldad? Morir, estruendoso eco de todas las vidas que fuimos. Los muebles de la sala – que está diagonal a la cocina – se extrañan y se preparan para ser recinto posadero de un fuerte olor; se preguntan entre ellos si la muerte es lo que sucede cuando se cambia de espuma o cuando lo golpean con una escoba, con todo el polvo encima. El hombre va muriendo mientras piensa en los colores y las impresiones que vio antes del mareo: una cebra despintada, las gradas, algo de dinero y el salmón. Las patéticas escamas, en el camino por la sangre, asumen un ciclo dorado que instala, en cada espuma de vida, la mudez y la ceguera del mar; va dejando de ser humano este hombre, para ser, junto a su bocado, el arcano industrial morador de un vaticinio espeso: un océano rancio de ciudad.

Su cuerpo no lo cosechan, sin embargo es solubilidad pura, una chorriante carne que se disuelve para la aproximación al destello indecible del *Pez: el vórtice ocular de las galaxias* es quien devora desde adentro al hombre. Y, al dejar la puerta abierta, el animal posee el instante desde la metempsicosis que llega cargada con vidas automáticas y enfermas del agua. Todo se cala de color patológico; la muerte es mucho más que un ahogo repentino de los dedos oníricos; se muere para observar la vida y, en ella, enfermar para observar la muerte. Despacio y sin consuelos, el hálito humano acepta su destino, se deja morir en el fondo del espíritu repleto de mandíbulas marinas. Entonces, con agobio, observa la mar contaminada de urbe; no es fortuita su caída: *el Pez ha viajado para vengarse.*



Figura 6. Ilustrador: © Jose P. Tello.

SEÑOR TALAJ

I

Sugirió *Ella* que se encontrasen en el hotel que estaba al *borde* de la ciudad. No en el de afuera, ni en el de la periferia. Hizo una maleta liviana de cosas tontas y una toalla. Aseguró el pobre apartamento y abordó el viejo auto; arrancó vacío de preocupaciones por el hogar y sus cosas; sin embargo, lleno de una ansiedad casi adolescente por, al menos, pellizcarle un reflejo.

Música de violines y trompetas en alto volumen. Condujo con el deseo aglutinante de un bocado de agua y no se restringió para hablar alto sobre todo aquello que había pensado en los últimos días sobre el mundo. La noche fondeaba un claro-oscuro que no permitía hacer afirmaciones sobre su estado, imposible describirla, imposible recrearla. Si alguien lo hubiese oído mientras transitaba la carretera, sabría que el sonido del hombre no superaba un eco pobre de un enfermo abandonado. La carretera y la noche se tragaban las provocaciones; todos los sonidos eran el mismo sonido: el de la angustia sin moción, el de un cuasi-infierno castrado. Avanzaba mucho más que entre la ciudad, pero iniciaban los escalofríos por verla y nada podía hacer sino apretar las piernas, atender el camino y conducir con el tarareo de la boca que sentía no le pertenecía. Pudo ver a lo lejos dos edificaciones juntas, al parecer abandonadas. ¡No iba a parar!, unos hombres grises podían atrasarlo. Detalló que un automóvil yacía estacionado al frente de una de ellas; con inquietud, aumentó la velocidad y ni un vestigio humano le salió al paso. Pensó que si algunas gentes vivieran en los edificios, se hubieran molestado por el grotesco ruido de su auto, que parecía haber sonado fuerte por única vez.

La carretera se fue acortando y la ciudad de nuevo fue apareciendo entre pocas luces; todo un rodeo más que necesario para llegar a la orilla indiscutible del encuentro. *Señor Talaj* era el nombre del hotel, que se debía a uno de sus antiguos propietarios, gran hombre y listo empresario; su familia heredó el lugar del hospedaje, optaron por revenderlo y cambiar su apellido después de la muerte natural de Talaj. Los propietarios actuales no eran la gran cosa, pero se preocupaban por la fama y la comodidad de los huéspedes. Nunca antes el hotel había tenido tan poco prestigio como el de ahora. Él lo sabía, porque la primera vez que lo vio fue en compañía de *Ella* y a *Ella* le causó gran extrañeza una construcción gigantesca oval de un hostel y preguntaron a las tiendas de la esquina que atrás suyo se levantaban. Muchas versiones oyeron y propusieron hospedarse durante días felices, pero ahora, *al borde* de una separación, se reunían en el epicentro de un exilio.

De fachada sucia, la entrada sugería un calor empolvado que pervertía todo ánimo de quedarse y las alfombras, fondeadas por un color vino tinto, hacían juego con tres viejos cuadros pintados por artistas locales. La elegante recepcionista tenía un cuerpo pequeño, que rozaba el enanismo, y un aliento fuerte a carne asada. Era de madrugada, pero todo el

hotel parecía despierto. Desde la sala central de recepción, podían verse, hacia arriba, las habitaciones en espiral que ascendían con su encadenamiento cerca de lo ovoide. Dejó un momento su cabeza vuelta hacia el cielo y fingió frío antes de preguntar:

— No hay habitaciones reservadas a su nombre, —le dijo la recepcionista—, pero sí hay una matrimonial con el nombre de su esposa... ¿Es su esposa?

— Claro que no; ¿me diría el número de la habitación?

— Por supuesto: habitación 304.

Tomó las llaves y subió las escaleras pensando en su ausencia; en el segundo piso, encontró a un alto fajín que agarró, sin saludar, la pequeña maleta.

— ¿Qué habitación busca?

— Buenas noches, o días... Me han dado la habitación 304... Piso 2.

— Piso 2, sí...

— ¿Por qué lado tomo?

— Lo lamento, señor, pero no es este el Piso 2.

— Se supone que vengo del primer piso, este es el segundo.

— No, el piso del que viene, es el último, o el penúltimo, tal vez. El piso segundo se encuentra después del primero.

— Y... ¿cuál es ese primer piso?

— Está arriba, el primero...

— No me encuentro muy bien informado sobre este tipo de novedades; ¿me acompañaría hasta ese piso?

— ¡Claro que no! Nuestra función es apropiarnos de cada nivel; a mí me corresponde este, lo conozco tan bien como a mis propios cabellos; tome su maleta y suba; allá arriba hay otro hombre como yo, que lo espera.

La maleta cayó insensiblemente. Un sonido seco salió de la alfombra de ese piso y el botones se fue murmurando de mala gana. Él lo observó un poco, hasta cuando se perdía malgeniado entre los pasadizos y las habitaciones; luego, tomó de nuevo la maleta y emprendió la subida por el edificio ovalado. En cada puerta hacia un nuevo piso, encontraba fajines distintísimos, vestidos con atuendos de colores amargos y expresiones cansadas. Subió, al menos, veintiún pisos, sin poder creerlo; el tamaño era enormemente pequeño desde afuera; ya arriba, con la duda de saber si la terraza era un primer piso, una fajina lo recibió; su rostro era amable y su cuerpo tenía una finitud casi imposible de encontrar en tales sitios; se acercó despacio, al son de una cojera muy evidente y, a través de un gesto en las cejas, le hizo un saludo cansado, que le daba la bienvenida al hombre que, por su parte, se adelantó hacia ella para solicitarle que, por favor, le ayudara a encontrar la habitación; necesitaba descansar un poco antes del encuentro y, además, sus piernas no soportaban subir un piso más. La mujer le pidió que la siguiera, pues el piso dos estaba un nivel más abajo y el sentido del hotel parecía que salía a la superficie.

— Aquí estamos; si algo se le ofrece, por favor llama a recepción; estamos para ayudarle.

— ¿Podría ayudarme a buscar la habitación?

— Con eso, usted podrá arreglárselas. Va a ser fácil, ya lo verá; debo correr hacia el piso que dejé. Hasta pronto.

Un ruido molesto surgía de los pasos cojos, mientras Él trataba de disimular al buscar la llave del 304. Pudo ver pasillos largos que iban en la dirección oval, pero que, a su vez, se cruzaban con intersticios para tomar figuras rectas y transpuestas; sin muchas ventanas hacia afuera, la luz era fatalmente artificial, con lámparas superiores que albergaban moscas muertas. No había fajines en ese piso, pero sí un espejo enorme que daba la impresión de vestir al visitante de uno. Deshabitado parecía todo, sin embargo tan despierto como un mediodía. Se acercó a la primera habitación y vio sobre la puerta el número 304; ingresó, con un suspiro, la llave y fue apegando sus pies al tapete empolvado de adentro. Vio una cama doble, centrada en un espacio más bien abierto, sin televisor y con una ventana esquinera que daba al pasillo. La ducha carecía de agua caliente. Encendió un cigarrillo y observó desde la ventana algunas puertas. A diferencia de otros hostales, cada una presentaba una fabricación distinta y los colores eran fatalmente mezclados. Salió, para observarlas. Al menos, en el segundo piso, había puertas metálicas, de madera, blancas, rosas y púrpuras. La suya era café y pensó que *Ella* había elegido la habitación correcta. Caminó despacio por los pasadizos entrecruzados que confundían y supo que podría perderse en un par de vueltas.

Más cansado que nunca, la recordó. Supo que en ese encuentro por venir estaba la redención o el fracaso, fin próximo o inicio difícil; haría lo que sus neuronas y espíritus pudiesen para retener no solo a la mujer, sino también las condiciones herméticas a las que *Ella* lo había expuesto: las comidas en la madrugada, el brandy nocturno, la espera y el aislamiento de sí, el hotel. Con *Ella*, su *ser* era una cerca que le impedía el ingreso a las facultades que nunca cultivaba; el abandono de una posible pertinencia por saberse existente. *Ella* era, a pesar de sus engaños, una *voluntad*. Pensaba en esa palabra, *voluntad*, cuando se dio cuenta que la habitación de enfrente llevaba el número 304.

— ¿Qué sucede? —se dijo—. Todas las habitaciones son la habitación 304.

II

Un primer hilo de viento parecía atravesarse en los caminos del hotel. Faltaba mucho para la luz de la mañana, que jamás entraría libre por la puerta. Sintió un fuerte ruido en el quizá último o penúltimo piso. Un hombre salía disgustado por la invasión de hormigas en su toalla, mientras se secaba. Los gritos parecía que se oyeran mucho más en los extremos que en la columna del edificio. No pensaba en lidiar de nuevo con personajes descuidados y aburridos; tal vez esa llave sólo coincidía con la habitación que hacía un momento había ocupado.

Se animó a probarla en las dos puertas del frente; su mano, en la primera forja, se deslizó rápido y el cuerpo entero ingresó a un cuarto relativamente nuevo. Pudo observar casi las huellas de los antiguos visitantes. ¿Darían cuenta ellos de este fenómeno repetido? ¿Sucederá así en todos los pisos? Ninguna luz sobre sus palabras y menos sobre las habitaciones desprovistas de aseo continuo. Visitó tres habitaciones atrás de la primera y

luego se fue hacia las de un posible costado derecho. En su mayoría, solo coincidían con las dimensiones aparentes de un pequeño espejo al frente de la cama; eran cuartos ovales, cuadrados, triangulares, esféricos, medianos, grandes y unos extremadamente pequeños. Todos, sin excepción, llevaban el número 304. Salió, agobiado, de una sexta visita y respiró sin profundidad cerca del ahogamiento. Ni un espíritu se atravesaba por el nivel tedioso. Deseó con desespero tomar agua y encontró el baño de ese nivel, carente de número alguno sobre su puerta. Bebió con sorbos pequeños, pero tragando con un afán desmedido; tosió y miró levemente el jabón marcado con el nombre *Talaj*. No supo responderse nada, mas, ya cansado, fue hacia la recepción en busca de un lugar exacto para el 304.

Esta vez los pisos no preocuparon; casi podía ver que bajaba apresurado los escalones, sin previsión de una caída. Gentes subían mientras Él bajaba y, misteriosamente, las sentía atadas a la espalda como un imán: Él corría hacia abajo, con el ritmo pesado de los pasos hacia arriba. No todos lucían desubicados; podía leer hospedados hacía días o meses allí; otros, al contrario, subían naturales, como si se tratara de una primera visita a cualquier hotel. No le importó y llegó a la recepción, que atendía ahora un anciano, hombre giboso con los ojos entrecerrados.

— Sólo debe tener cuidado y ser prudente cuando abra las puertas, —le dijo—; todo el mundo se hospeda y es imprudente, no les importa si abren habitaciones ajenas.

— ¿No comprende? ¡He visto demasiadas habitaciones con el número 304! ¡No sé cuál es la mía!

— Lo son todas. ¿Por qué escoger una sola? Pero si no la(s) desea, entonces, por favor, tome asiento y espere a su compañera, pues está a nombre de *Ella*, ¿verdad?

— Sí. ¿Qué horas tiene? Ya debería estar aquí.

— Se me ha perdido el reloj; lo siento.

Ahora no había que fingir que había frío en los muebles. Mucho humo gris salía de su boca. Pudo ver cómo entró alguien por la llave del 306 y observó su ascenso por los espirales; llegó al piso 2 y entró con seguridad a una de las habitaciones exploradas. Pensó que nadie podía colaborar con una certeza; al igual que afuera o, mejor, adentro de la ciudad, allí tampoco respiraba que alguno lo respetara. Las horas parecía que se sucedieran abominablemente lentas y en su cabeza sentía las pulsaciones de la sangre que, con los ojos cerrados, le sonaban a pasos de un viejo ciego. Durmió y soñó con *Ella* y su maleta olvidada en alguna habitación 304. No importaba ya; el hotel le era indiferente, pero debía esperar en una calma sincronizada, sin la aparente ocultación de angustias retóricas o desesperaciones furtivas.

Oyó que sonaban los platos en el comedor y sintió hambre. Pensó que las cocinas son mucho más amables que las salas; tal vez las esencias alivianaban las presiones y la falta de fe. Se acercó y alardeaba una precaución sin fondo —mucho más que intencionada—, insatisfecha y, por tanto, tosca. El cocinero, sentado en un banco redondo, llevaba una camisa sucia y ligera; los aparentes meseros descansaban en una única silla, grande como el tamaño de toda la cocina, que parecía al menos cuatro o cinco cocinas de las que Él había visto. Nadie se molestó por su llegada, mas se fijó en que no había una gota de comida en toda ella. Un gran aviso anunciaba: TRAER ALIMENTOS CON UNA HORA

Y MEDIA DE ANTICIPACIÓN. Supuso que no tendría derecho a algo, pero no dudó en preguntar, al menos, por pan y jugo. Uno de ellos, vestido con un delantal púrpura, le ofreció un agua teñida de verde. La rehusó y, sin querer, un sorbo ya resbalaba por su garganta seca; miró a todos con el peso de una aversión frustrada, incómodamente perpetua mientras se alejaba de allí; el sabor había sido tan horrible como la sensación de una incierta pesadilla. Vio las risas de los meseros engalanadas con saliva, que caía de sus rostros.

— Es lo que bebemos para despertarnos, —le dijo uno, ataviado con un corbatín empolvado—. No hay nada como esa combinación de las cosas horribles para develarnos un mundo de certezas. ¿Se da cuenta? Ya pasó. Usted nos aborrece, pero nos ha hecho reír con la cara que ha puesto. Agradézcenos, pues le hemos hecho un favor.

— Sólo deseaba algo de comida; ya creo que siento un leve mareo; además, no he visto rasgos amables desde que llegué. Mejor regreso a la sala.

— Bienvenido y que disfrute su estadía en *Talaj*.

Irónicamente, la bebida le trajo el sueño. Creyó que las dichosas certezas se encontraban enredadas en el fondo de una pereza muda, de virulentas verdades de peso onírico y falso. Paseó por el tal vez último o penúltimo piso y se encontró con unos niños que lo trataron con una familiaridad sofocante. Apenas pudo se zafó y corrió hacia un jardín trasero, que parecía atrapado en la sombra de la edificación, envuelto como un patio carcelario en el abismal frío del espacio espiral. *Afuera* una inscripción hablaba sobre el señor Talaj y el agradecimiento a la bondadosa mano que abría las puertas a los suyos y no suyos. Y, más adelante se leía:

Este es su hotel, Señor Talaj, aproveche las distracciones y ame al máximo los sinsabores. Ya vendré como usted, o usted como yo, y compartiremos la delicia de sabernos extraños.

No existían flores, mas sí sus vestigios; el olor de un abono mal tratado estaba en las aparentes esquinas del jardín. Si no existiera ese olor, tal vez podría llevarla ahí y convencerla para que iniciaran un tiempo nuevo, sin futuros; abrazarla en el vértigo de no saberla cercana y procurarle una seguridad abatida por el establecimiento de su libertad. Él podría vivir la eternidad en este hotel si *Ella* quisiera, con la estabilidad de un trabajo y comida segura; de sus deseos, a fin de que su espíritu procediera a la apertura de otros días al lado de esa enfermedad que Él poseía. Era raro observar pájaros en las pequeñas sillas. Creyó que únicamente venían a utilizarlas para depositar sus milimétricos excrementos. Otro cigarrillo para la desidia oportuna de la madrugada y trataría de llamarla; jamás se había atrasado tanto.

III

Ha llegado la hora, caballero; acompáñeme, yo lo guiaré adonde usted nunca quiso ir. Dirá que no desea hacerlo, que espera a los suyos; lo sé, usted ya lo ha dicho otras veces, pero sabrá que atendemos siempre sus peticiones, el cliente y el jefe siempre tienen la razón; por tanto, sígame, no quiero llevarlo a la fuerza, ni exagerar el volumen de mis palabras; sígame; va a estar contento, más feliz que hace mucho tiempo. *Ella* vendrá, se lo aseguro; no puede faltar. Tome esta llave y abra esa puerta: la habitación 2814. Encontraremos las

delicias del país que podía *ser* únicamente cuando lo olvidaban, el desborde de remembranza lo convirtió en una *cosa* embalsamada, quieta pero divina, domada pero sagrada; ingrese si quiere y disfrute del don exquisito de un nuevo beso sin bocas abiertas; de verdad, le digo, es un cuarto de tesoros. Esta habitación no tiene número, pero sí nombre: *Febrero*; averigüe cómo moran las cuatro estaciones sin mediar saltos temporales de la una a la otra, todas conjugadas, engendradas y pro-increadas, jamás hay bisiestos. A esta otra, en cambio, a la *habitación deshabitada*, nadie puede entrar, sería un horror el ir en contra de sus reglas; usted o yo, o quien ingrese, podría quedar como material desaparecido; la habitación desecha todo aquello que implique habitancia; desconocemos el motivo por el que ella aún existe como habitación que no habite. La cocina, los cocineros, ¡oh!, los cocineros, los meseros, no les haga caso, nunca quieren cocinar, nunca quieren servir. Si ingresamos a cualquiera de las habitaciones, podrá sentir la somnolienta impresión de un desprecio imposible de apartar. No cree sugerencias; mejor, adéntrese libre de tensión hasta la calamidad de un techo que lo aleja cada vez más de sí mismo. El hotel es un mundo de distancia. Es posible que *Ella* consiga llegar a este hotel, pero muy lejos de aquí. Entremos por la estrecha puerta de cada habitación y verá cómo son salidas las que encontramos.

¿Acaso no ha sentido el poder de la huida? Esta huyendo desde su llegada a Talaj, huye del mundo, de usted, pero menos de *Ella*. Fue *Ella* el vórtice para este encuentro aquí, desmesurado, imprevisto, cadencioso. Agotada siempre de viejos encuentros en hemisferios escarchados de la ciudad; voluminosa en el recuerdo, lo ha traído hasta aquí para la condena inmediata de su *ser siamés*, siempre pegado por y para usted mismo. Este es el último piso: fondo-oscuro de porvenir prohibido. Sirve de bodega y hospedaje para algunos trabajadores. Los más ancianos suelen leer historias y comics; algunos, se acostumbran tanto que ya no vuelven; no los buscamos para respetar sus decisiones y las medianamente oscuras identidades. Aquellos que pasan varios meses, pero vuelven, dudan sobre la vida o la muerte y hablan del hotel como si fuera el paraíso o el infierno. Tal vez, puede llevar alguno de esos emblemas, pero el *hotel* es, para mí, la consolidación de un escape rotundo y sin interés. Casi nadie desea venir y casi todos quieren irse, pero lo mejor es un hospedaje fresco y sin complicaciones. Cada piso, o nivel, presenta una dinámica única e inamovible, sujeta exclusivamente a *cantidades virtuales* que, en menores ocasiones, se hiper-multiplican. De ahí, la graciosa aproximación intempestiva de *Talaj*. De ahí su miedo, y de ahí su pérdida, y el mareo exquisito que leo en sus ojos.

IV

Acto seguido vi que el fajín me abandonó por una hemorragia en su nariz. Tampoco quería oírlo y subí las escaleras hacia el *hall* de uno de esos pisos, que no tenía ni numeraciones ni nombres. El estrés me saturaba al extremo del derrumbamiento y las señas del nuevo día entraban por sonidos lejanos de los animales que madrugan. Mi angustia por verla se había apaciguado con el montón de estos eventos varios y, aunque sólo pensara en su llegada para marcharnos, la paciencia temporal me venía como una costumbre mucho más que tolerante. Demasiado sueño, demasiado cansancio. ¿Cómo es que nos confiamos de este sitio? ¿Ya lo conocía *Ella*? ¿Con quién pudo haber venido? No hay nada peor que la soledad de un hombre con los hermanos celos. La llave abría más que una sola puerta.

Entré a un cuarto amoblado, con sábanas blancas y cortinas amarillas. Diría que era la habitación de mejor fachada hasta el momento. Una araña gorda y diminuta colgaba de una lámpara con luz blanca, molesta. Me acosté mirándola. Bajó con insistente lentitud por el hilo que ya se arrancaba con el leve viento. Entendí que *Talaj* pertenecía a la sutilísima caída de la araña; en esa aburrida espera, sucedía mi condena perezosa como habitante esgrimido del hotel.

No hubo llamadas, ni escritos el día anterior de llegar al hospedaje. Empezaba a ser feliz sin el intercambio de mis palabras y esa costumbre, que se va amando sin sospechar el tiempo, desaparecía con otras amistades y nuevos hombres. En ellos, pude encontrarme yo, al filo de una expresión inconsciente, en el detalle de un dedo al escribir notas o en un tic enfermo surgido en los temas endiosados y los énfasis universitarios. Seguro, *Ella* no respondería atenta a esas remotas apariciones mías, interconectadas con el ocioso y repulsivo dejo de los demás. Sin embargo, pensaba en que las llamadas que no fueron, el vacío dejado por nuestras palabras en la conexión telefónica o el sonido del tecleo pausado y correctivo de una computadora, también eran el gesto embalsamado y clonado de mis primeras fechas, hombre de cortas ocupaciones, que le llevaba días concebir. Me preocupaba mucho más ese misterio andrógino de la víspera, cuando al ya acercarse nuestra reunión, nunca se dijo nada; pudo aturdirse con sus contiguas amistades y arrepentirse totalmente de vernos, o caer en una depresión tal que le impidiera una llamada desesperada, fondeada en el imperio de una catarsis oral. No hubo llamadas, ni escritos el día anterior de llegar a *Talaj*. Nada me hubiera convencido de dejar ese hotel sin *Ella*, sino porque observo, desde los agujeros de un ventilador hacia afuera, la ubicación de un teléfono público en un poste de esquina circular. A la carrera, pasé unas escaleras e ignoraba si subían o bajaban. La recepción me llegó de frente y tres hombres tatuados en el rostro me detuvieron con arrogancia. ¿No podía salir hacia una llamada sin contestaciones? Templado, solicité me soltaran para efectuar una súplica de reunión, pues de aquello dependía el estatuto para abordar días venideros; incluso los días que iban siendo.

— Con delicia disfrutaría de las maravillas de su hotel, —les dije—, si estuviera *Ella* aquí.
— Pero es usted el que importa, —me contestó el más alto de los tres—. Lo esperábamos desde hacía tiempo y no puede abandonarnos por apegarse a la hipótesis de que alguien vendrá. Refúgiese en estas voces para su encuentro.

— No quiero refugiarme en nadie que no fuese *Ella*. Necesito un teléfono ¡No pueden encerrarme!

— Usted nos ha encerrado desde el principio —dijo el recepcionista—; comparta con nosotros su desplome *sui generis*.

— No he hecho nada que los afecte o que me afecte. Necesito un teléfono o pediré ayuda.

— Cállese, sabíamos de su extravío.

Las últimas palabras fueron de la mujer coja, que veía mis manos con una fijeza infantil, como si se tratara de un juego que debiera contemplar. Ni siquiera yo era objeto de mi propia confianza. Un fajín que no había visto se acercó con unas hojas en blanco y afirmó que eran viejos textos que yo podía conocer o, a lo mejor, ya conocía.

— Esta vacuidad es evidentemente suya. No hay tanto espacio desperdiciado como este y que fuera de otro —afirmó el fajín.

— Lo hemos esperado desde hace tiempo, —añadió la coja—; su presencia es inconfundible.

Con mi lengua hecha un témpano, empapé la saliva sobrante en un imposible trago lento y observé cómo una niña —la primera de mi jornada— caminaba hacia mí con la cabeza calva. Así, dijo:

— Mucho lo habíamos esperado, *Señor Talaj*.

V

— Buen día. Hice una reservación a nombre de Helena P.

— Buenos días. Bienvenida a Señor Talaj. Claro que sí, su habitación es la 304, Piso 3.

— Gracias. ¿Ha venido alguien antes?

— No. Frente al ascensor la esperan para ayudarle con su equipaje. Esperamos disfrute de su estadía en *Talaj*.